MVNDO HISPANICO



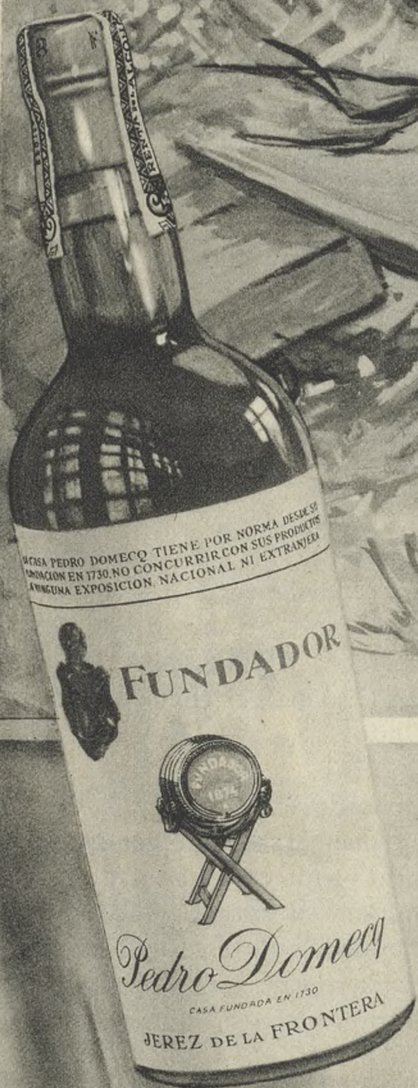
EL EJERCITO EN EL ESTADO MODERNO

LA II BIENAL: VICTORIA SOBRE LOS RESENTIDOS

RONDA Y PEDRO ROMERO

LA VENDIMIA EN JEREZ

N.º 80
15 PESETAS


CASA PEDRO DOMECQ TIENE POR NORMA DESDE SU
FUNDACION EN 1730, NO CONCURRIR CON SUS PRODUCTOS
A NINGUNA EXPOSICION NACIONAL NI EXTRANJERA
FUNDADOR
Pedro Domecq
CASA FUNDADA EN 1730
JEREZ DE LA FRONTERA

La Edición Semanal Aérea de A B C es un periódico español editado en Madrid para los españoles e hispanófilos de todo el mundo. Todos sus números se componen de treinta y dos páginas, impresas en huecograbado sobre papel biblia.

La Edición Semanal Aérea de A B C tiene corresponsales administrativos en casi todos los países de América

ARGENTINA
Buenos Aires: Sr. D. César Fossati. Méndes de Andes, 1.641.
Buenos Aires: Ediciones Antonio Fossati. Chile, 2.222.

BRASIL
Río de Janeiro: Fernando Lladó López. Rua Senador Vergueiro, 69. Apartado 101.
Sao Paulo: D. J. Figueruelo Toledo. Rua 24. Maio, 276. Sala 32.

COLOMBIA
Barranquilla: Librería Nacional Ltda., 20 de Julio-San Juan-Jesús. Apartado Nal. 704. Apartado Aéreo 327.

COSTA RICA
San José: Librería López. Avenida Central.

CUBA
La Habana: Sr. D. J. Suárez. Somoano y Compañía. Sociedad en Comandita. Oficios, 104. Departamento 601-602.

CHILE
Santiago de Chile: Distribuidora General de Publicaciones. Huérfano, 830. Santiago.

ESTADOS UNIDOS
Nueva York: Roig Spanish Books, 576, 6th Ave., New York II. N. Y.

FILIPINAS
Manila: Univers, P. O. Box 1.427.

GUATEMALA
Quezaltenango: Victoriano Gamarra. 50 Avda. norte N. 20.

HONDURAS
Tegucigalpa: Benito Larios S. Librería San Antonio. Avenida Jerez, entre 5.ª y 6.ª calle.

MEXICO
México (D. F.): Libros y Revistas Culturales, S. A. Calle de Donceles, núm. 27. (Apartado Postal núm. 651).

PANAMA
Colón: Librería Cervantes, de F. Santos Vega. Calle 9.ª, núm. 4.009.
Panamá: Agencia Internacional de Publicaciones. D. J. Menéndez. Apartado 2.052. Plaza de Arango, núm. 3.

PARAGUAY
Asunción: Don Antonio Pardo Ludeña. Teniente Fariña, 389.

PERU
Lima: Librería "Studium", S. A. Amargura, 954.

R. DOMINICANA
Ciudad Trujillo: Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Arzobispo Nouel, 86.

URUGUAY
Montevideo: Don Germán Fernández Fraga. Calle Durazno, 1.156. Teléfono 800818.

VENEZUELA
Caracas: Distribuciones Eume. Don José Agero. Edificio "Ambos Mundos". Oficina NR 412.

PRENSA ESPAÑOLA, S. A.
Serrano, 61 — Madrid

Informaciones de toda España, actualidad gráfica, deportes, toros, teatro, bibliografía, crítica de arte, "cine", humor, pasatiempos, reportajes, editoriales, financieras, etc., y la colaboración de las firmas españolas de más crédito y prestigio.

FILATELIA

Por JOSE MARIA FRANCES

Nuevos sellos de los territorios de España en Africa





El 23 de noviembre de cada año se celebra en España el Día del Sello Colonial, y en tal fecha, que es la que lleva el codicilo del testamento de Isabel la Católica, se ponen todos los años en circulación una serie de sellos para cada uno de sus territorios de Ifni, Guinea y Sáhara.

Iniciada tal norma hace unos pocos años, exactamente en 1949, la seriedad y belleza de estas emisiones han logrado para estos sellos una difusión extraordinaria y una aceptación de los mismos en todo el mundo verdaderamente considerable.

A pesar de que estos sellos llevan una sobretasa de tipo benéfico, su coste es reducidísimo, puesto que el valor total de los cuatro sellos es de una peseta, incluída en esta cantidad el importe de la sobretasa, que sólo es de 10 céntimos, en tanto que el valor de franqueo de tales sellos es de 90 céntimos.

Las series aparecidas en el pasado mes de noviembre reproducen peces en los sellos de Ifni y Sáhara e insectos en los de Guinea.



Los valores de estos sellos fueron para cada territorio los siguientes: 5 + 5 céntimos, 10 + 5 céntimos, 15 y 60 céntimos, y las cifras de tirada, de un millón de unidades de cada valor.

La elección de los dibujos que figuran en estos sellos se efectuó mediante concurso, al que libremente podían concurrir cuantos artistas lo desearan, estando premiado cada dibujo elegido con 5.000 pesetas y otorgándose también numerosos accésits de 500 pesetas cada uno.

El total de premios repartidos en este concurso excedió de las 20.000 pesetas.

La confección de estos sellos, como, en general, de todos los de España, Ifni, Guinea y Sáhara fué realizada por la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre de Madrid, que, con las formalidades de rigor, procede siempre a la destrucción de las planchas una vez efectuada la tirada total de los sellos.

Se han formulado por algunos coleccionistas la petición de que estos sellos que reproducen peces, fieras, aves, etc., etc., lleven la denominación de lo que representan. Pero ese deseo ofrece el inconveniente de que si se hace figurar el nombre científico, que suele ser larguísimo y enrevesado, tal nombre nada dice a la mayoría. Y si se anota el nombre vulgar, éste varía según los países e incluso a veces dentro de un mismo país. Estos sellos, aparecidos en noviembre, cuyos dibujos reproducimos, tienen valor de franqueo hasta su total agotamiento, y es seguro habrán de obtener una favorabilísima acogida en todo el mundo por la belleza de los dibujos y el acierto de la emisión.

RELACIONES FILATELICAS

Continuamos hoy la publicación de direcciones de Sociedades filatélicas de España y de países americanos, facilitando así la posible iniciación de relaciones de cambio entre unas y otras asociaciones.

Sociedades filatélicas de España: Círculo Filatélico y Numismático de Vendrell (Tarragona). Ha efectuado diversas exposiciones y publica un interesante boletín mensual titulado *Filatelo*, del que ya han aparecido 47 números.

Grupo Filatélico Leonés, avenida Padre Isla, número 61, León. El pasado 1 de enero esta Sociedad organizó una exposición filatélica con matasellos especial.

Grupo Filatélico, Sociedad Económica Malagueña, plaza José Antonio, Málaga. Ha organizado varias exposiciones filatélicas y edita también un boletín.



Aunque ya en su día señalamos en esta sección las ventajas de establecer relaciones de cambio a través de las sociedades filatélicas, en nuestro deseo de facilitar a todos los lectores de MVNDO HISPANICO la posibilidad de relacionarse con otros filatelistas, publicamos en esta sección, «Buzón filatélico», los nombres, señas y deseos de cambio que se nos remitan. Todo ello convenientemente extractado, como es inevitable.

La publicación de estos nombres no implica, ello es natural, recomendación ni garantía por nuestra parte.

Heráldica Hispanoamericana


GULES

AZUR

SABLE

SINOPLE

PURPURA

PLATA

ORO



Fray Pedro Valencia Herrera, religioso de la Orden de San Francisco, natural de Los Reyes, rindió pruebas de limpieza de sangre para su ingreso en el Santo Oficio en 1641. Era hijo de Leandro de Valencia, señor de Conde, proveedor general de las Reales Armadas del Mar del Sur, natural de Los Reyes, y de doña Francisca Herrera y Sanabria, natural de Alcalá de Henares. Abuelos paternos, don Alonso de Valencia, señor de Conde, natural de Santo Domingo, y doña Constanza Díez de Santiago, natural de Valcarrota; y los maternos, doctor Juan Gómez de Sanabria y doña María de Herrera. Su citado progenitor —«uno de los doce caballeros escogidos p[a] la fundación del Tribunal de la dha. ciudad»— perteneció igualmente al propio Tribunal, lo mismo que sus hermanos, uno de ellos, don Juan, caballero de Santiago, nacido en Lima, dándose otros actos positivos de calidad, exhumados en estas pruebas, aunque, por su índole, no nobiliaria, fuesen aportados a ellas para mero y explicable lucimiento del interesado. (Archivo Histórico Nacional, Inquisición, leg. 1341, núm. 14.)

José E. B. Acuña.—Buenos Aires (accidentalmente en Idiazábal, Guipúzcoa).—Quisiera información sobre quién fué primer marqués de Tenorio y si actualmente existe quien posea dicho título.

Esta dignidad fué conferida por Felipe IV, en 3 de octubre de 1642, a don Juan Fernández de Lima y Brito, primer marqués de los Arcos, para su hijo primogénito, don Baltasar de Sotomayor, primer conde de Crecente. Hoy ostenta el marquesado doña Blanca Collado y del Alcázar, Echagüe y del Nero, esposa de don León Lizarrituri Martínez.

Moreno Morrison (Roberto): «Guía Nobiliaria de España (1945-1947)», pág. 378; Madrid, 1947 (autorizada y comprobada por la Excma. Diputación de la Grandeza de España).

R. S. T.—Guadalajara.—Desearía detalles sobre la cuna de Alonso de Grado, conquistador de México.

Se le tiene por asturiano, porque «su nombre y apellidos juntos y propios de Asturias, la villa de este título y los sujetos naturales de ella que sirvieron en tiempo de los Reyes Católicos y Carlos V» abonan tal hipótesis.

Así opina el académico de la Historia don Carlos González de Posada en sus preciosas «Memorias históricas del principado de Asturias y obispado de Oviedo», I, pág. 153; Tarragona, 1794 (recordando que Solís llamaba a Grado «soldado de habilidad y talento»).

Gerardo H. Puente.—México. Me interesa vivamente alguna referencia a los Alto de Salinas, que pasaron a América.

Don Martín Alto de Salinas y Estella, vecino de Vitoria, señor de Isla de Arriarán, alcayde de la fortaleza de Alegría y diputado provincial de Alava, casó con doña María Enríquez de Navarra, una de cuyas hijas entroncó con la casa de Alba de Liste. Otra hija, doña Teresa, casó en América. Estos de Salinas eran gentileshombres del emperador Maximiliano, alcaydes de la citada fortaleza y meninos de la Reina Católica.

Real Academia de la Historia. Colección Salazar y Castro, «D-42», fol. 311. Este autor fué el más sobresaliente genealogista español, como quizá sepa el consultante.

T. del Río.—Madrid.—Desearía noticias de la familia Marrón, de Cellorigo.

En el último tercio del XVIII eran de la casa solariega de tal apellido don Vicente Marrón Gómez de Helgueta, colegial del de San Bartolomé de Salamanca, y su hermano, don Juan Norberto Marrón, teniente de navío de la Real Armada. Los de este linaje tenían un Patronato para mantener estudiantes de su familia, fundado por don Pedro Marrón, ascendiente colateral de los expresados caballeros. Cuentan éstos con un privilegio de nobleza, dado el 16-I-1463 por Enrique IV a su décimo abuelo, declarándose posteriormente ser nobles de sangre por cédula de los Reyes Católicos (1480) y por la Real Chancillería de Valladolid (1550).

Esta información y otros datos de interés puede hallarlos en la importante obra de don José de Roxas y Contreras, marqués de Albentos, «Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca», 2.ª parte, I, págs. 903-906; Madrid, 1768.

Salvador Euras.—Vendrell (Tarragona).—Desearía el árbol genealógico de la casa de los marqueses de Castelldosrius, o casa Oms.

Suponemos que los datos de su curiosidad son los que se relacionan con los diversos poseedores de dicho título. Este fué creado por el rey Carlos II, por real cédula de 6-IV-1696, a favor de don Manuel Oms de Santa Pau, antes Sentmenat, virrey y capitán general de Mallorca y del Perú, de Tierra Firme y de Chile, de insignes linajes. La Grandeza de España le fué conferida por el rey Felipe V, por real decreto de 9-VII-1701 y real despacho de 1-III-1703. Enlazó este prócer con doña Juana de Oms y de Cabrera. Le heredó su hijo primogénito, don Félix Manuel, casado con doña Dorotea de Reggio, sin sucesión. Sucedió en la dignidad su hermano, don Juan Manuel, III marqués, esposo de doña Mariana de Cartellá y de Oms, abuelos de don Francisco Javier Oms de Santa Pau, XXII barón de Santa Pau, muerto sin hijos de sus dos nupcias con doña María Teresa de Sagarriga y con doña María Teresa Trejo del Campo. Le heredó su primo, don Pedro Carlos de Sentmenat y de Riquer, en concepto de bisnieto de don José Antonio de Oms y de Sentmenat, hermano tercero de los II y III marqueses, hijos todos del concesionario; y falleció en 1876, sin sucesión de su enlace con doña Josefa de Sarriera y de Copons, marquesa de Moyá de la Torre. Le heredó su hermano, don Carlos Amadeo, VII marqués de Castelldosrius, XXIV barón de Santa Pau, matrimoniado con doña Manuela Sáenz y Socías, siendo progenitores éstos de don Ramón de Sentmenat y Sáenz, VIII marqués (nacido en Palma de Mallorca el 19-IX-1842), casado con doña Luisa de Sentmenat y de Gallart. De tal matrimonio, don Carlos de Sentmenat y de Sentmenat, IX marqués de Castelldosrius, grande de España, II marqués de Oris, XXV barón de Santa Pau, maestrante de Valencia, protector presidente del Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña. Este caballero casó en Barcelona (15-IV-1901) con doña Isabel Güell y López, hija de los primeros condes de Güell, de quienes nació el actual marqués, don Félix de Sentmenat y Güell. («Revista de Historia y de Genealogía Española», 2.ª época, tomo V, págs. 295-296; Madrid, 1931. Noticias, aunque anónimas, dadas en dicha autorizada publicación, ya desaparecida, por el extinto don Roberto Moreno Morrison, especializado en casas tituladas.)

L. C. Torga.—Buenos Aires.—Desearía saber el origen de mi apellido, oriundo del «concejo de Navas (Priandi), en Asturias».

En la Real Chancillería de Valladolid y su Sala de los Hijosdalgo existen sendos pleitos de hidalguía, a nombre de Alonso, Alvaro, Bernardo, Gómez, Marcos y Mendo de Torga, todos de Ibias, en el siglo XVI. Y otro, al de Juan de Torga—natural de Navia de Suarna—, también en esa centuria («Catálogo» de la referida Sala de los Hijosdalgo, por Alfredo Basanta de la Riva—anterior jefe de dicho Archivo—, tomo III, pág. 409; Valladolid, 1922). Cada uno de tales documentos aportará una genealogía, que le importa conocer para ver si tiene relación con el linaje del consultante. Puede encomendarse a la generosa amabilidad del jefe del citado Archivo solicitándole esos datos, y completar después el interesado su investigación, por el estudio genealógico adecuado, partiendo de sí mismo hasta llegar a la época de aquellas hidalguías, mediante las correspondientes partidas bautismales o documentos análogos. Este es el medio más pertinente—y veraz—para averiguar la condición de su apellido.

estafeta

MARIA ISABEL MONTOYA L. Sucre, 47-46. Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

LEON GUEIT. Collège Stanislas. 2, Boulevard de Cimiez. Nice (a-m). Francia.—Desea correspondencia con españoles.

F. D. SCHRAUWEN. Hogstedestraat, 31. Rotterdam (Holanda).—Desea correspondencia con señorita española.

CLARA INES RIVERA R. Apartado aéreo 292. Manizales (Colombia). — Desea correspondencia con joven español mayor de veintidós años.

ANGEL HERRERA SERRANO. Pasa, 4, Madrid (España).—De veinticuatro años, médico, desea correspondencia cultural con muchachas de veinte a veintisiete años de Costa Rica.

RAMON GONZALEZ Jr. Milanes, 60. Matanzas (Cuba).—Desea correspon-

veinticinco a treinta años dencia con alumno de de la Escuela de Periodismo de Madrid.

MIGUEL ANGEL GONZALEZ. Vergara, 41, Jaén (España). — Desea correspondencia con chicas españolas o de América española.

JUAN LOPEZ ACUÑA. Carmen, 2, Huelva (España).—Desea correspondencia con jóvenes de uno u otro sexo de habla española.

LUCERO JARAMILLO A. Calle 25, 9-49. Cali, Valle (Colombia).—Desea correspondencia con joven español.

JOSE RIZO ROMAN, Comandante Fernández, 33, primero; MARIANO SANCHEZ MATEO, Mariano Luiña, 30; PEDRO ANTONIO PEREZ GONZALEZ, La Hoya, estanco; ANTONIO LOPEZ ANTON, Baya Alta, 56; JOAQUIN VIDAL BERNAD, Alfonso XIII, 5. Todos ellos de Elche (Alicante, España).—Desean correspondencia.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de MVNDO HISPANICO. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. **Esta misma tarifa será aplicable a los comunicantes normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se le dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así,** acompañando el importe en sellos de correo españoles o bien remitiéndolo por giro postal. Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones MVNDO HISPANICO, reduciendo pesetas a dólares al cambio oficial.

EMILIO VIVAS Y VELOSO. Obispo Nieto, 56, primero. Zamora (España). Estudiante, de dieciocho años. — Desea correspondencia con señoritas italianas, inglesas o norteamericanas, de dieciséis a diecisiete años, para cambiar ideas, libros y revistas.

Mr. JOUGLA JEAN. Hermitage Country Club. Magog (Canadá). — Desea mantener correspondencia con joven española.

FRANCISCO HIDALGO. Bailén, 4. Valencia (España). — Desea correspondencia con muchachas de quince a diecisiete años en español, francés, inglés o alemán.

ARSENIO PERRUCA GIMENEZ.—San Juan, 21. Teruel (España). — Desea correspondencia con hispanoamericanos e italianos sobre filatelia, música y pintura.

BERNARD MILLET. 1, rue J. J. Collenot, Semur en Auxois (Côte d'Or), Francia. — Delegado francés oficial por España y América del Sur y Central del Movimiento Correspondencia Católica Internacional, puede proporcionar gratis direcciones de personas exclusivamente católicas francesas, belgas, alemanas e italianas, las cuales hablan castellano y son de todas clases sociales, sacerdotes y seglares.

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

NUMERO 80 :-: NOVIEMBRE, 1954 :-: AÑO VII :-: 15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración artística de J. Fco. Aguirre y D. del Solar

DIRECCION Y REDACCION: AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA) - TELEFONO 24-87-91 - MADRID

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) PIZARRO, 17, MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO Y OFFSET: HERACLIO FOURNIER, S. A. (VITORIA)

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares)

NUESTRA PORTADA



Si el tiempo de otoño tiene la misión de recordarnos siempre lo perecedero—flores que terminan, hojas que se caen, pájaros emigrantes—, buena ocasión para nuestra portada estas aves ancladas definitivamente en su último ademán de vuelo, que la cámara en color de Compte ha recogido.

FIDELIDAD A UNOS PRINCIPIOS

HABRA, probablemente, quien diga que la política internacional de España ha sufrido un cambio visible desde que fueron firmados en Madrid los acuerdos hispanonorteamericanos de 1953.

Habrá algunos también—con malicia, a cambio de buenas razones—dispuestos a disertar sobre presuntas «blanduras» y graves «desdoblamientos» en la política hispánica del Gobierno español, como consecuencia de dichos acuerdos internacionales.

Quienes garantizan tales excesos, sin embargo, son fácilmente identificables. Son los nacionalistas a ultranza, los demagogos empedernidos, la gentuza mendaz o mal informada. Románticos supervivientes, todos ellos, de un mundo absolutamente superado.

Los acuerdos celebrados por los Gobiernos de España y los Estados Unidos están ahí para que los lean y enjuicien lo mismo los hombres de buena fe que los pícaros irremediables.

¿Hay en ellos acaso una cláusula, un párrafo, un vocablo siquiera, que comprometan o disminuyan la política hispanista mantenida por el actual Gobierno español desde los momentos más difíciles de su historia hasta la hora presente?

El hecho de que España haya puesto en juego — justamente como las demás naciones del mundo occidental—sus recursos diplomáticos, peculiares y legítimos, para convenir con los Estados Unidos un tratado de mutua ayuda, amistad y defensa, no significa de modo alguno que España renuncie a seguir—con más vigor inclusive—su tarea de promover y fortalecer los vínculos culturales, políticos y económicos que la ligan con las naciones de Hispanoamérica.

Todo lo contrario. Si España se desenvolvió políticamente bajo el signo hispánico cuando contra ella se confabulaban grandes y mínimas potencias; si ella lo hizo en un instante peligroso para su seguridad elemental y bienestar, hoy, que ha vencido obstáculos innumerables e innumerables resistencias, hará lo mismo y hará más. Su destino como nación, su presente y su futuro dependen, sobre todo, de una fidelidad esencial a los principios hispánicos, a la doctrina hispánica, firmemente defendida por ella como norma de política nacional y como fórmula de convivencia para los países de habla española.

España ha firmado simplemente un tratado de amistad con una nación decidida a combatir contra el peligro soviético. Entre ella y los Estados Unidos existe, por tanto, una solidaridad nacida de urgencias militares y económicas concretas. Nacida también de una sola conciencia respecto al enemigo común. Y España no hará otra cosa que cumplir digna y noblemente con la palabra empeñada, suscrita en un documento que sirve por igual a las dos naciones contratantes.

La política internacional de España, el anticomunismo español—una de las pocas constantes internacionales de la última década—, sigue adelante sin contradecirse en absoluto.

Pero al margen de ese anticomunismo, heroicamente mantenido en los campos de batalla, como verdadero complemento de ese anticomunismo, como su base de sustentación, España mantendrá una política de acercamiento con sus países hermanos.

Frente a todo y frente a todos, si es el caso, esta nación luchará por integrar una comunidad de naciones hispánicas recia y digna, que sea en manos de Dios un instrumento de redención y de paz en un mundo desquiciado.—E. M. M.

EL TEMA
DE LA
EMIGRACION ESPAÑOLA

POR

ALBERTO MARTIN ARTAJO
(MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA)

No pretendo afrontar tan vasta y compleja materia en toda su amplitud. Quiero tan sólo llevar a todas las conciencias la inquietud acuciante de la forma en que hoy se nos ofrece este problema tan grave y trascendental para el futuro de las relaciones hispanoamericanas.

España continúa fiel a la misión generadora que parece haber recibido del Creador. Esa fidelidad la ha hecho pobladora de un mundo y le asegura para el futuro una potencia creciente. Cada año nacen en nuestro suelo 350.000 españoles más de los que mueren. Nosotros quisiéramos retenerlos todos en nuestra piel de toro. Pero esto no es posible ni es tampoco lo más conveniente a los intereses hispanoamericanos y aun a los universales. Una parte de ese excedente, gracias a la inteligente política del Caudillo Franco, puede irse situando ya en los nuevos regadíos, que aumentan la productividad de nuestras tierras, ya en las nuevas industrias, que se levantan en todas las provincias españolas. Pero siempre quedará una mitad, cuando menos, de esa cifra, un número de unos 150.000 habitantes por año, que necesitan salir en busca de tierras más fértiles o más despobladas y que tienen derecho—un derecho natural, congénito, de la persona—a abrirse, donde puedan, un porvenir más próspero del que habrían de labrarse en su terruño.

La emigración sigue siendo, por tanto, una necesidad para los españoles. Pero es también, repito, un nuevo servicio de los muchos servicios que España presta al mundo entero. Es, por último, e importa recalcarlo, uno de los más importantes factores del hispanoamericanismo. Porque a España y a las naciones hispánicas interesa por igual que este aflujo ultramarino de sangre española no se corte ni se interrumpa, a fin de que afiance cada vez más entre nosotros ese lazo de la sangre que tan apretadamente vincula nuestra familia de pueblos. Para nosotros representa un sacrificio el criar y educar costosamente a una parte de nuestra juventud para dejarla después partir fuera del suelo nacional. Ochenta mil españoles siguen saliendo cada año. En el orden moral, son unos hijos que se van del hogar; en el económico, es un capital que emigra. Pero España es generosa y pródiga.

Lo que el Estado nacional no puede consentir por más tiempo es que tal flujo discurra en la forma anárquica en que lo ha venido haciendo durante siglos. Cierto que nunca ha faltado al emigrante la tutela del Estado, sea por nuestras autoridades de emigración en la preparación de su viaje y en la travesía misma, sea por conducto de nuestros agentes consulares en su residencia extranjera. Pero los tiempos nuevos piden algo más; piden que esa emigración sea técnicamente dirigida, tanto en la preparación laboral de los trabajadores llamados a vivir fuera del suelo patrio como en el encauzamiento de las corrientes emigratorias, según las conveniencias de lugar y de tiempo y, sobre todo, en lo que toca a la previa disposición de las nuevas áreas de trabajo en que han de ser recibidos allende los mares. Y en esto es fuerza confesar que quedan muchas cosas por hacer de nuestra parte, no sólo en el montaje de los instrumentos adecuados para promover eficazmente esta nueva empresa social, la única que acaso nos falta en el conjunto ejemplar de las instituciones sociales de nuestro régimen, sino también en la red de convenios hispanoamericanos que deben constituir como el telar en que se teja la trama de este vasto movimiento migratorio.

Otros países nos han llevado en esto la delantera. Los que siguen con interés estos problemas saben en qué excelentes condiciones se van estableciendo sobre el área infinita de América las nuevas colonias de estos pueblos, que emigran no aisladamente y a la ventura, sino con una previa preparación casi perfecta, formando núcleos, aldeas completas, con su sacerdote y su maestro al frente y llevando consigo ganado, aperos y hasta las semillas de sus flores predilectas.

España es capaz de hacerlo tan bien como los otros y aun mejor. Pero ha de ponerse a ello, y en eso estamos. Con la venia de nuestro Caudillo, me atrevo a decir que también este capítulo tan importante de nuestra política social será cerrado en breve y felizmente. Por no ser yo el llamado a dar sobre ello mayores esclarecimientos, dejad que me limite a pedir a todos, desde ahora, su colaboración para cuando llegue el momento, colaboración que estoy seguro de que no se regateará, puesto que es asunto que a todos por igual nos interesa resolver felizmente.

(Del discurso pronunciado en Zaragoza con motivo de la Fiesta de la Hispanidad: 12 de octubre de 1954.)

FRANCO, EN VALENCIA

LA VI FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS RINDE HONORES AL CAUDILLO DE ESPAÑA

A BORDO DEL PORTAVIONES «CORAL SEA», EL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL PRESENCIA UNAS MANIOBRAS DE LA FLOTA NORTEAMERICANA DEL MEDITERRANEO

VALENCIA ha recibido al Jefe del Estado español y a su esposa, doña Carmen Polo de Franco, engalanando sus calles, iluminando sus edificios, formando arcos triunfales e inscripciones alusivas con las flores de la tierra. Tres mil valencianas, luciendo el vestido peculiar de la región, han lanzado al aire el triple grito español de «¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!», mientras sonaban en homenaje al Caudillo las campanas de Valencia y las salvas de artillería.

Era la cuarta vez que el Jefe del Estado español visitaba la hermosa capital levantina. La primera, en 1939, apenas liberada la ciudad; la segunda, en 1947, cuando inauguró la Feria Muestrario Internacional; la tercera, en 1952, cuando inauguró los pantanos de Alarcón y Generalísimo, y ahora, la cuarta, el 8 de octubre de 1954, para asistir a la coronación de la Virgen de Puig, Patrona que fué del antiguo reino valenciano y que acompañó a Jaime I en la conquista del reino de Valencia.



EN EL AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD DE VALENCIA, EL GENERALISIMO FRANCO Y SU ESPOSA, DOÑA CARMEN POLO DE FRANCO, RECIBEN DEL ALCALDE LA TRADICIONAL «MOCAORA», HOMENAJE DEL PUEBLO VALENCIANO.

En esta ocasión, sin embargo, hubo un acontecimiento inédito en la historia política de la España nacional. Su excelencia el Generalísimo Franco, respondiendo a una invitación (hecha en nombre de su Gobierno por el embajador de los Estados Unidos, señor James Dunn), presenció, a bordo del portaviones «Coral Sea», las maniobras de la VI Flota norteame-

ACOMPAÑADO DEL COMANDANTE DE LA VI FLOTA NORTEAMERICANA, VICEALMIRANTE THOMAS S. COMBS, SU EXCELENCIA EL JEFE DEL ESTADO REVISTA LAS FUERZAS QUE LE RINDIERON HONORES A SU LLEGADA AL PORTAVIONES «CORAL SEA», DE LOS EE. UU. →



SU EXCELENCIA EL GENERALISIMO FRANCO, ACOMPAÑADO DEL COMANDANTE DE LA VI FLOTA NORTEAMERICANA, A BORDO DEL PORTAVIONES «CORAL SEA», DESDE DONDE PRESENCIO LAS MANIOBRAS DE DICHA FLOTA. TERMINADAS ESTAS, EL CAUDILLO FELICITO EFUSIVAMENTE A JEFES, OFICIALES Y MARINOS POR SU TECNICA Y DISCIPLINA.

RODEADO DE ALTOS JEFES Y OFICIALES DE LA MARINA DE GUERRA NORTEAMERICANA, Y CON LA PRESENCIA DEL EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN ESPAÑA, SEÑOR JAMES DUNN, S. E. EL GENERALISIMO FRANCO COMENTA DIVERSOS ASPECTOS DE LAS MANIOBRAS AERONAVALES DE LA VI FLOTA (MEDITERRANEO) DE LOS ESTADOS UNIDOS.





GUAPAS Y SONRIENTES MUCHACHAS VALENCIANAS, LUCIENDO EL INCOMPARABLE TRAJE DE LA TIERRA, VITOREAN A S. E. EL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL Y A SU ESPOSA, DOÑA CARMEN POLO DE FRANCO. CON OCASION DE LA VISITA DEL CAUDILLO, LA CIUDAD DE VALENCIA EN PLENO HIZO GALA DE SU SENTIDO DE LA ALEGRIA Y DE SU TRADICIONAL HOSPITALIDAD. ↑

ricana. Ha sido éste un gesto altamente significativo, revelador de la estrecha amistad que une a los Gobiernos de España y los Estados Unidos. Por vez primera en su vida militar y política, el Caudillo ha posado sus pies sobre una unidad naval de la Armada norteamericana, que es, en términos jurídicos internacionales, una porción mínima del territorio de los Estados Unidos. Se puede decir, por tanto, que a bordo del «Coral Sea» se abrieron bajo el doble signo de la amistad y del honor, y como homenaje al Caudillo de España, las puertas de la nación americana.

A las nueve de la mañana del día 11 de octubre de 1954, acompañado por el embajador de los Estados Unidos en España y por el vicealmirante Thomas S. Combs, el Generalísimo Franco puso pie en la escalera del portaviones «Coral Sea». En honor de Su Excelencia fueron disparados los 21 cañonazos de ordenanza e izada la bandera española en lo alto del palo mayor.

A las once fueron iniciadas las maniobras, consistentes, primero, en un ataque submarino con lanzamiento de cargas y erizos. A continuación, ejercicios de tiro de superficie desde un destructor y ejercicios de tiro antiaéreo sobre blancos remolcados. En la fase aérea se llevó a cabo un lanzamiento de aviones, seguido de ataque con ametralladoras, bombas y cohetes.

Terminadas las maniobras se sirvió un almuerzo, presidido por el Caudillo, a quien acompañaban los ministros de Marina, el subsecretario de la Presidencia, el almirante de la Flota norteamericana, jefes de la Casa Militar y jefes del Alto Estado Mayor.

Antes de abandonar el portaviones, Su Excelencia dirigió a la dotación del buque unas palabras.

«Yo, en nombre de mi nación—dijo, entre otras cosas, el Caudillo—, de una nación amiga vuestra, y como soldado, os felicito, felicito a la Flota americana y felicito a la nación que tiene estas máquinas y estos hombres. Yo deseo que la lealtad con que España sirve a la amistad entre los pueblos y a la palabra empeñada sea un vínculo de amor, de fraternidad, entre nuestras naciones, y de una camaradería entre nuestros ejércitos...»



DESDE EL BALCON PRINCIPAL DEL AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD DE VALENCIA, S. E. EL GENERALISIMO FRANCO CORRESPONDE CON UN SALUDO A LAS ACLAMACIONES DEL PUEBLO VALENCIANO, CONGREGADO EN LA PLAZA DEL CAUDILLO DE LA MISMA CIUDAD. ↑

TERMINADAS LAS JORNADAS VALENCIANAS, EL CAUDILLO Y SU ESPOSA SE DIRIGIERON A ZARAGOZA PARA PRESIDIR LOS ACTOS MARIANOS DE CONSAGRACION DE ESPAÑA AL CORAZON DE LA VIRGEN DEL PILAR Y LOS RELATIVOS A LA FIESTA DE LA HISPANIDAD. ↓





RUIZ-GIMENEZ EN HISPANOAMERICA

El ministro español de Educación, don Joaquín Ruiz-Giménez, ha realizado un viaje por varios países hispanoamericanos, en el que tuvo propicia ocasión de comprobar la entrañable realidad actual del mundo hispánico. El representante de España en la importante reunión plenaria de la U. N. E. S. C. O., en Montevideo, es despedido al partir de Madrid, en unión de su esposa, que le acompañó.

Sería vano afán, sobre la noticia, si nos propusiéramos subrayar el significado y largo alcance del viaje de Ruiz-Giménez por los países hispanoamericanos. Preside el ministro de Educación la delegación española que ha participado en el II Congreso Internacional de Educación Iberoamericano en Quito y que ha de representar a España por primera vez en el próximo Pleno de la U. N. E. S. C. O., en Montevideo.

También es la primera vez que un ministro de España visita oficialmente los pueblos de Suramérica. Con ello, el Gobierno español corresponde a las embajadas que trajeron a España ministros de no menos cinco de aquellas naciones de nuestra comunidad. No es, sin embargo, allí desconocido el visitante ni para sus ojos nueva la otra orilla del Atlántico. Simple universitario, Ruiz-Giménez ya en 1939 pisó tierra americana, con ocasión del Congreso de Lima. Quizá entonces se le reveló toda la grandeza de una España recién rescatada, joven España, mirando a Hispanoamérica.

Volvió Ruiz-Giménez, y a esta casi celestial empresa entregó su fe y su energía de hombre de voluntad inteligente, formado en el trabajo, con el singular talento político de los hombres capacitados para comprender; fué cuando su entendimiento de un «mundo hispánico» cristalizó en la creación de los Institutos de Cultura, célula espiritual cuya cooperación y labor han sido magnamente reconocidas, en su discurso inaugural, por el mismo patrocinador del Congreso de Quito, el Presidente Velasco Ibáñez.

Todavía recorrió la América española como primer director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Entre todos los títulos, muchos, que valdrían para caracterizar a Joaquín Ruiz-Giménez, sobre el de su vocación más íntima de pensador del Derecho, quizá ninguno alcanzara a definirle tan preciso como el de primer hispanoamericano.

Sensibles al fervoroso amor, atentos como pocos pueblos al matiz, que en política define y conduce, expresivamente acaban de reconocérselo en Caracas, donde la presencia del ministro español dió brillantez emocionante a los actos del Día de la Hispanidad, y jornadas después, en Bogotá, estremecidos en homenaje hispánico, con un ministro de Relaciones Exteriores como el doctor Sourdis, defendiendo la vinculación imprescindible entre Colombia y España, y en el Ecuador, cuando los indios de San Antonio de Pichincha acudían, «corazón de hermano, mano de amigo, recado del alma», para decir: *La cruz y el libro de la letra y la cuenta que llegó con el amo Colón han hecho que los indios de ahora sean educados y hermanos. Bienaventurado patrón, el indio de aquí y los amos de allá llevamos la misma sangre en el corazón.*

¡Que ya es hermoso! Y es la razón de nuestro descubrimiento, de nuestro evangelio y de que doscientos millones de hombres que hablan castellano cobren conciencia de esta unidad de espíritu e integren una comunidad de naciones: la heredera del alma mejor de España y esperanza de un viejo mundo, disminuído, herido, que mira a Hispanoamérica y nos confía su última reserva espiritual.

Con ser el Congreso de Quito—al que el ministro español aportó planes para una coordinación docente efectiva—un estudio de convenios para convalidación de títulos entre los centros de los varios países, la común formación de técnicos en sus grados de ingeniería y peritaje y el perfeccionamiento de la escuela primaria, en lucha contra el analfabetismo; con haberse cosechado frutos óptimos, la trascendencia de esta reunión es la del impacto dirigido a salvar la inmediata Conferencia General de Montevideo. Ante una escindida Europa, de pueblos que se reconocen y hasta se desean históricamente dimitidos, a la vista la amenaza del agresor, en el II Pleno de la U. N. E. S. C. O., frente al bloque soviético, la cultura de Occidente no encontraría un solo defensor.

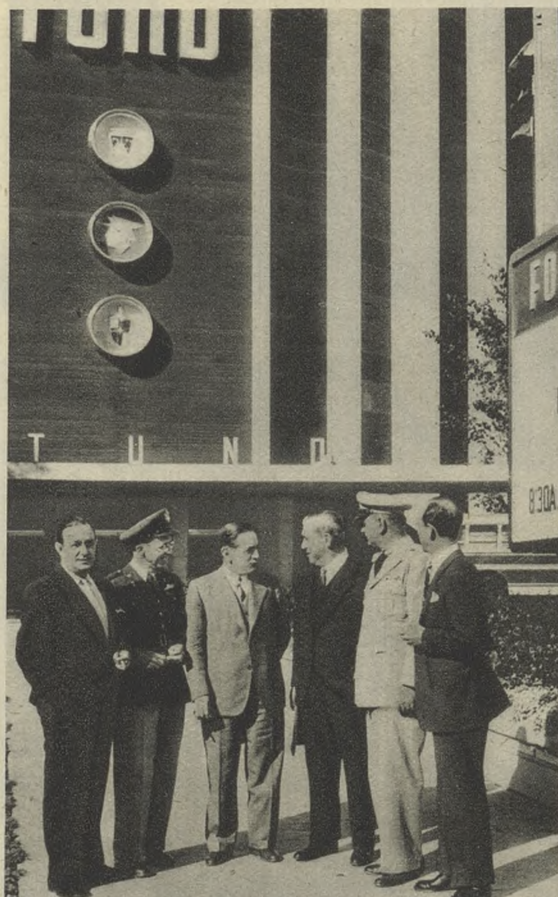
«Encontraría», porque la defenderán, y a lo «¡Santiago y cierra!», los países integrantes del mundo hispánico. La clave de esa decisión histórica se llama Congreso de Quito, donde España, nación americana, en palabras del ministro de Colombia, vuelve a su puesto de primacía en el orbe, afirma la unidad esencial de nuestros pueblos e inspira el espíritu a esta hora de civilización en riesgo, material, maquinista, cruel y desesperanzada. Sobre la maravilla de un mundo austral, más allá de la «Imago», ante constelaciones de estrellas inmensas en el azul oscuro de sus noches, Castilla evangelizaba y proclamó la integración de la quinta raza, la católica «raza cósmica», civilizada y redimida bajo la cruz del sur. Y ahí ha de buscarse la razón de amor que ha determinado esta presencia de España y la designación de Ruiz-Giménez como intérprete de su Gobierno, de nuestro pensamiento y nuestra fe.

MUÑOZ GRANDES EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL TENIENTE GENERAL ESPAÑOL, CONDECORADO POR EL GOBIERNO NORTEAMERICANO

La ejemplar cordialidad que preside las relaciones hispanonorteamericanas encuentra cada día nuevos y felices motivos de expresión. Los hondos sentimientos amistosos que unen a los dos pueblos se han puesto de relieve nuevamente con la visita del teniente general Muñoz Grandes, ministro español del Ejército, a los Estados Unidos. Allí, el prestigio de Muñoz Grandes y del país cuya representación llevaba encontró la debida resonancia. El ministro español fué acogido y agasajado como huésped ilustre. En sus diversos recorridos por los territorios de la gran nación trasatlántica tuvo ocasión de comprobar la simpatía y el extraordinario interés que allí se siente por España. Visitó la Academia de West Point, se entrevistó con Ridgway y MacActhur, fué recibido por el Presidente, general Eisenhower, y se le impuso la más alta condecoración que Norteamérica puede otorgar a un extranjero, la Legión del Mérito. Como un sucinto extracto gráfico de este viaje publicamos las fotografías insertas en esta misma página.

En su recorrido por diversos puntos de la geografía estadounidense, Muñoz Grandes, ministro español del Ejército, visitó la factoría Ford en Dearborn.



El teniente general Muñoz Grandes recibe la cruz de la Legión del Mérito, que le impone el general Metthew G. Ridgway, jefe del Estado Mayor norteamericano. La preciada condecoración, que luce en el pecho del heroico soldado español, es la más alta que conceden los Estados Unidos a los extranjeros dignos de tal honor.

En el aeropuerto de Wáshington, la capital de los Estados Unidos, esperaban la llegada de Muñoz Grandes, ministro español del Ejército, varias ilustres personalidades norteamericanas, al frente de las cuales estaba el general Ridgway, que recibe al ministro español con el primer saludo del país americano al ilustre visitante.



El primer ministro de Grecia, mariscal Papagos, recibido en Barcelona por el canciller español, Martín Artajo.

PAPAGOS EN ESPAÑA

INVITADO por el Gobierno español, el mariscal Alejandro Papagos, presidente del Gobierno helénico, ha realizado una visita a España, acompañado del señor Stephanopoulos, ministro de Negocios Extranjeros, y del señor Ralli, ministro de la Presidencia del Consejo.

Su excelencia el mariscal Papagos—heroico defensor de la soberanía helénica—y los ministros que le acompañaron celebraron conversaciones con S. E. el Jefe del Estado español y los ministros españoles, en las que se examinó la actual situación internacional y se pasó revista a las principales cuestiones relativas a la cuenca del Mediterráneo.

El pueblo español, por su parte, ha dispensado al ilustre huésped un recibimiento efusivo y cordial. Por su alto espíritu militar, por su patriotismo, comprobado en la paz como en la guerra; por la decisión con que ha luchado para preservar a Grecia de la invasión soviética, por la vieja y entrañable amistad que le liga a España, el mariscal Papagos ha merecido el cariño, la admiración y el reconocimiento del pueblo español.

De todas las grandes figuras de la lucha anticomunista, debe ser destacada la de este recio y noble soldado. Luchador de una sola palabra, político previsor y hábil diplomático, el mariscal Papagos representa como nadie las grandes virtudes y los prestigios del pueblo griego, unido al español por antiguas tradiciones mediterráneas y por parecidas experiencias en los campos de batalla contra el comunismo internacional.

Las conversaciones y todos los actos de la visita del mariscal Papagos se han desenvuelto dentro de la más franca cordialidad y comprensión recíprocas.

Las deliberaciones propiamente dichas se han referido, sobre todo, a desarrollar con más amplitud la colaboración entre España y Grecia, con el doble fin de servir a sus mutuos intereses y a la paz mundial.

El mariscal Papagos recibió de manos de su excelencia el Jefe del Estado español la gran cruz de Carlos III. En correspondencia, el Generalísimo recibió la gran cruz de la Orden griega del Salvador.

La esposa del mariscal, a su llegada a Madrid, es saludada por el ministro español del Aire, general Gallarza.



RONDA Y PEDRO ROMERO



El número fundamental del programa de festejos con que se conmemoró el centenario de Pedro Romero fué la corrida de toros al estilo de la época, es decir, con rancios atuendos dieciochescos en los lidiadores.

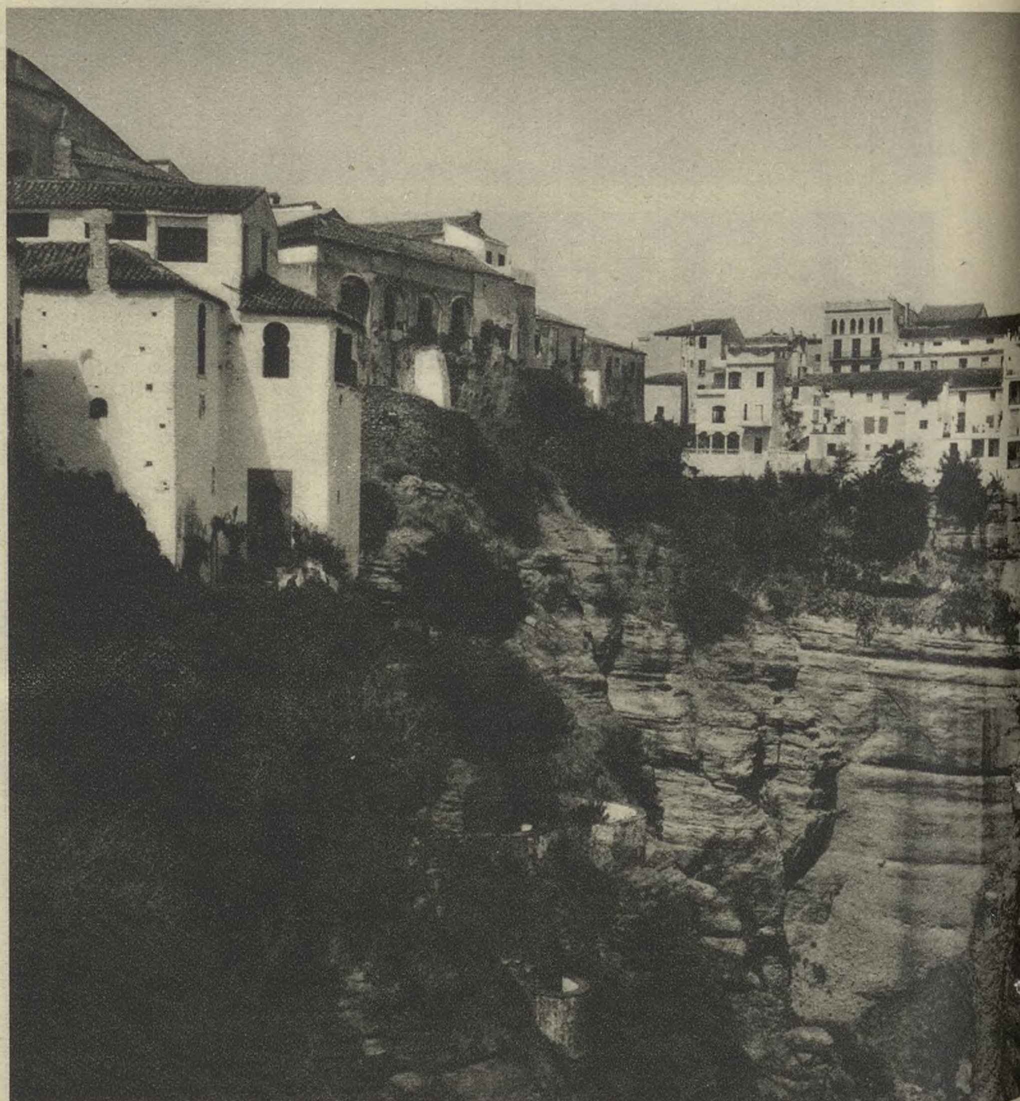
NO recordamos dónde ni quién, pero alguien dijo que la diferencia entre el toreo sevillano y el rondeño era casi la misma que entre una sesión de pirotecnia y la batalla del Marne, verbigracia. Evidentemente, la comparación, además de ser odiosa, como todas las comparaciones, es flagrantemente hiperbólica. De todos modos, el toreo rondeño tiene de seriedad y emoción cuanto de alegría y luz tiene el sevillano. Son dos estilos distintos de sentir y realizar la lidia. Y el 19 de noviembre de 1794—hace ahora dos siglos—nació en Ronda el inventor del toreo rondeño, Pedro Romero. Ya su abuelo y su padre habían sido claros precursores suyos. Pero Pedro, nieto de Francisco Romero e hijo de Juan, fué quien estableció las primeras reglas técnicas y amplió los lances de la lidia hacia una mayor espectacularidad. Inventó también el profesionalismo taurino, dictó una tauromaquia y no murió en el ruedo como los otros Romero, sino como director—ya muy anciano—de la Escuela Taurina de Sevilla, nombrado por Fernando VII. Y a la memoria del hombre que mató 5.500 toros en la suerte de recibir y fué el héroe popular y de la aristocracia en su tiempo, celebró Ronda el segundo centenario de su nacimiento.

F O T O S   L A R A

Antología de modas y épocas en los tendidos, cifrada en las cabezas de los espectadores: el «sinsombrerista», el del calañés, el del «jipi» y los de los pañuelos.



La vieja Ronda, una de las ciudades más espectaculares de España, cuna del toreo que lleva su nombre y que popularizó la técnica y el arte de Pedro Romero.



El color fotográfico da relieve y calidad plástica a estas tres secuencias de la corrida conmemorativa. Los matadores Antonio Bienvenida, César Girón y Cayetano Ordóñez—hijo de aquel otro gran Cayetano, rondeño también—se preparan para iniciar el paseíllo taurino. Mientras tanto, en el patio de la plaza, monosabios, mulilleros y picadores que montan caballos con peto—evidente anacronismo entre la antigua y moderna época—esperan la hora de salir. Y las gentiles presidentas, la de agitar el pañuelo para que comience la lidia.





RETABLO VASCO

Por EDUARDO CABALLERO CALDERON

Una vez más para nuestros lectores la firma de E. Caballero Calderón, este colombiano campeón del peregrinaje, siempre con su pluma en ristre, desfaciendo entuertos en la interpretación de las tierras y de los hombres. De su último libro, Ancha es Castilla, *cuyo éxito de público y crítica nos es grato refrendar, reproducimos este espléndido capítulo sobre la tierra vasca.*



Los vascos son atletas curtidos por el viento del mar, que deja su azul ingenuo condensado en las pupilas de los pescadores. Estos tienen fama de tercos y silenciosos. Después de navegar ocho días con sus noches, por las crespas aguas del golfo de Vizcaya, sobre el Cantábrico, que es un mar de altas mareas y de cielos grises y tempestuosos, llegan cualquier tarde a amarrar sus barcas a las caletas de la costa. El año, en Vasconia, se divide por las temporadas de pesca. Hay la estación de la sardina, la de las anchoas, la de los salmones y los atunes; y mientras los hombres andan por el mar, las mujeres se quedan en casa preparando la sidra y remendando las redes. Los niños saltan entre las rocas cogiendo almejas, percebes, caracoles y calamares.

Un día me encontraba con unos amigos en el pueblo de Motrico, a pocas leguas de Zaráuz, y asistimos a la llegada de un grupo de pescadores a quienes había sorprendido un temporal en el mar. Cuando llegaron había amainado el viento y apenas la brisa jugaba en los aparejos de las barcas. Para calafatearlas y no dejarlas a merced de la broma, las acostaron en las calles del pueblo. Luego subieron (eran cinco o seis), el uno detrás del otro, por callejas rodadas que despiden un fuerte olor a pescado podrido y a salazón, debido a las fábricas de conservas. En otros pueblos de la provincia hay fábricas de papel, como ya dije, o de armas de fuego, o pequeños astilleros, o sidrerías que también apestan. En Bilbao, la industriosa capital de Vizcaya, se encuentran las siderúrgicas y los altos hornos, que tienen otro olor.

Los pescadores seguían subiendo por la cuesta, a paso cansino de hombres que sólo se sienten a gusto en el puente resbaladizo de las goletas. Caminaban torpemente, como pájaros de mar, que han parado un momento a descansar en la playa. Cuando llegaron a la taberna, dejaron a la puerta sus cestas de pescado, sus pesadas botas de caucho, sus gorras de hule y sus aparejos de pesca, que chorreaban agua. Se sentaron luego a una mesa vecina de la nuestra, y ante una botella de sidra y un plato de sardinas fritas, se pusieron a cantar en coro. Los vascos adoran la música e improvisan orfeones para recoger en ritmos extraños todo el encanto de su mar misterioso y de su paisaje infantil. Cuando cantan, ni siquiera echan de menos la compañía de sus silenciosas mujeres.

El mar, desde la terraza de la taberna, se columbraba en el fondo de la caleta, rizado por el aliso. La caleta estaba enmarcada por montañas verdes, de un color oscuro y pegajoso que se condensaba en los pinares. El pueblo se agarraba a las laderas, aferrándose toscamente a los pinos, y volvía la cabeza del Ayuntamiento (con los ojos asombrados de sus ventanas, abiertas de par en par) para mirar las barquitas que achicaban las velas al franquear la barra.

Las voces agudas de los grumetes alternaban con los tonos bajos de los patrones en el coro de los pescadores. Yo no tenía oídos sino para escucharlos. Sus voces dominaban los rumores familiares del puerto: el de las campanas de la iglesia mayor, que dan lentamente las seis; el de los ladridos de los perros que guardan

las granjas en el monte; el del viento que despeina los pinos en la ladera; el de los vendedores de pescado que gritan a la puerta de las sidrerías:

—¡Sardiñá, sardiñé!

Yo había visto la estampa de los marineros de Motrico en los lienzos de los Zubiaurres, dos pintores sordomudos a quienes conocí en Madrid, y cuyo taller, con las marinas que cuelgan de las paredes, parece un golfo de Vizcaya. Sus cuadros me parecían demasiado pictóricos, demasiado poéticos; pero al llegar a Vizcaya comprendí que eran exactos, y si de algo pecaban era de fotográficos.

Toda aquella costa es un taller de pintura. Orio es un cuadro de Vázquez Díaz. La mancha azul de la ría copia el puente y las altas casas del pueblo que se amontonan al borde del agua, empujadas por el acantilado que sostiene la pesada fábrica de la iglesia. En el muelle, al pie de las barcas, los pescadores remiendan las redes o ceban los anzuelos. En las terrazas de las tabernas, sobre la carretera de San Sebastián a Bilbao, se ven hombres que juegan naipe y apuran lentamente su vaso de sidra. Cuando yo pasaba de San Sebastián a Zaráuz, me detenía un momento en el puente de Orio, sobre la ría. Arribaban entonces, con la marea, las goletas cargadas de sardina, o las barcazas que traen pasto de los remansos montañeses. Si yo hubiera sido pintor, habría ido todas las tardes a tomar un vaso de sidra con los pescadores de Orio, para hacer pronósticos sobre la regata de traineras en la semana grande de San Sebastián, y para recoger, de paso, apuntes que desarrollaría más tarde en mi casa. Tal cosa hacía Ignacio Zuloaga en Zumaya. Lo conocieron todos los pescadores y campesinos que los domingos por la tarde vienen a jugar a la pelota en el frontón de Guetaria y a bailar un rato a los acordes de la banda municipal. En la iglesia románica de Guetaria se conserva amorosamente uno de los cuadros del maestro. El alcalde de ese pueblo, que era hombre simpático, me lo enseñó alguna vez. A la casa de Zuloaga fuí varias, para admirar los magníficos cuadros que había coleccionado en su taller, entre los cuales descuellan un Greco y unos primitivos flamencos; pero, sobre todo, llama la atención, en la capilla, la gigantesca talla en madera de una *Dolorosa* que fué policromada por Zuloaga. Era éste un hombre admirable, de una conversación rica en imágenes e ideas, según me contaba su gran amigo el diestro Domingo Ortega, cuyo retrato es de las obras más bellas que yo conozca. En Zumaya todo el mundo sabe dónde está la casa del pintor, y las gentes viejas del pueblo solían sentarse con él en el espigón de cemento que protege la caleta del mar abierto. El pintaba, y los viejos pescaban entretanto con caña.

Volvía a mi casa de aquellas excursiones con un cargamento de imágenes que se atropellan ahora en mi memoria y me estorban para escribir. El mar respiraba a lo lejos sordamente, como un viejo asmático, cuando me tiraba a la sombra de un pino a dormir la siesta, y su compañía me bastaba para sentirme dichoso.

Andando por los caminos del interior, en dirección hacia las sierras y las montañas de Alava, por en medio de pinares, rías, prados y lomas, encontraba viejos caserones, mitad montañeses y mitad marinos, con su carreta de heno ante el portal y la barca amarrada como un perro a la puerta de la cocina. Eran cuadros demasiado bonitos para que resultaran naturales si yo fuera pintor y los hubiera querido pintar. Hasta los pueblos fabriles, como Eibar, en el camino hacia Bilbao, donde se producen armas de fuego; o Hernani, del lado de San Sebastián, que tiene su ría manchada de blanco por los desperdicios de las fábricas de papel; o Pasajes, que es un hacinamiento de chimeneas y mástiles de barcos; o Fuenterrabía, cerca de Irún, que se empina para mirar a las bañistas de la playa francesa de Hendaya, sobre el Bidasoa: todos los pueblos de Guipúzcoa y de Vizcaya están llenos de poesía.

También los hay llenos de interés histórico. El pórtico de la iglesia de Deva, resguardado de la intemperie por un antepórtico, es un viejo encaje de piedra, anterior a las catedrales de Burgos y León, y casi tan bello, con sus ingenuos reyes y profetas del Antiguo Testamento, como los portales de Notre-Dame de Chartres. En Azcoitia o en Azpeitia (¿dónde sería?; lo supe alguna vez, pero ya no me acuerdo) discurrió la infancia de San Ignacio de Loyola. En el valle de su nombre se encuentra la torre medioeval de la familia, donde se verificó la conversión del santo. En el pueblo de Bolívar está la raíz de los Libertadores de América. Otro gran militar, Zumalacárregui, era oriundo de un pueblo montañés de la región. Hay templos románicos en los pueblos de la costa y del interior, pero predomina el estilo jesuítico; y cabildos y palacios que ocultan pudorosamente el encanto de sus fachadas medioevales entre la muchedumbre de las casas aldeanas. En Motrico nació Churruca, el almirante que perdió las piernas en pleno zafarrancho de combate y sin afligirse por tan poco se hizo montar en el pedestal de un barril de pólvora para continuar dirigiendo, en Trafalgar, la pelea contra los ingleses. En Guetaria se levanta el monumento a la memoria del marino Juan Sebastián Elcano, que llevó el pendón vasco por todos los mares del mundo. En Fuenterrabía se albergó el emperador Carlos V e hizo escala el séquito de cortesanos que acompañaron a la real infanta a San Juan de Luz cuando se unieron las casas reales de España y Francia.

Las provincias vascongadas, sobre todo Guipúzcoa y Vizcaya, que son las marineras (y no Alava), tienen el mismo encanto de un mapa que colgaba en la pared de mi escritorio, en Zaráuz, donde cada aldea aparecía con su iglesia ilustre, o con su cabildo medioeval, o con un grupo de campesinos bailando al corro, o con unos pelotaris en su frontón, o con un convento de jesuítas, o, cuando no había más que poner, con un campesino que en la ceja de un alcor tocaba su trompa llamando a las ovejas. San Sebastián, con su concha encerrada entre el monte Igueldo y el monte Ulía, aparecía en el mapa aplastado por el Palacio Real.

* * *

(El cielo está gris, lo que es muy frecuente en el Cantábrico, y sólo hace un momento ha dejado de llover. Sin embargo, el mar, que ruge acompasadamente a mis pies, tiene una fascinante belleza. Primero hay una orla de espumas que se rompen sobre la playa, y parecen la puntilla de esas enaguas que llevan las mujeres elegantes que pasan por la avenida camino del Kursaal o del hotel María Cristina. Luego viene una zona verde clara, desteñida, hasta la boca de la bahía. Finalmente está el mar abierto, azul, con su línea del horizonte muy escueta y precisa, que limita con el confín lechoso del cielo. En la bahía, tres o cuatro barcas desarboladas se mecen en las olas. Una trainera, delgada como una anguila, cruza de la isla a los muelles. En pleno mar, un vapor aparece sostenido entre el cielo y el agua. Abajo, en las terrazas del hotel Continental, hay una muchedumbre de veraneantes aburridos que hoy tampoco han podido bañarse. Las mujeres están enfundadas en abrigos de caucho transparente, y parecen paquetes mal envueltos que acabaran de salir de una tienda de novedades. Y los hombres, vestidos de claro, fuman puros y toman anís.)

Los veraneantes echan a perder el paisaje vasco. Yo prefería por eso los pueblitos adonde no suelen ir, porque al no ser residencia del Gobierno, como San Sebastián, ni tener fuentes de aguas pestilentes que curan los vapores del hígado o las dolencias del estómago, como Cestona, carecen de interés para las gentes de buen tono. Lejos del mundanal ruido, sin mujeres preocupadas por vestirse en el restaurante o desvestirse en la playa, sin niños de buena familia que anden llevados de la mano por gigantescas nodrizas, sin diplomáticos y sin colonias de vacaciones: lejos de San Sebastián, antigua residencia de los reyes de España, la vida es más natural.

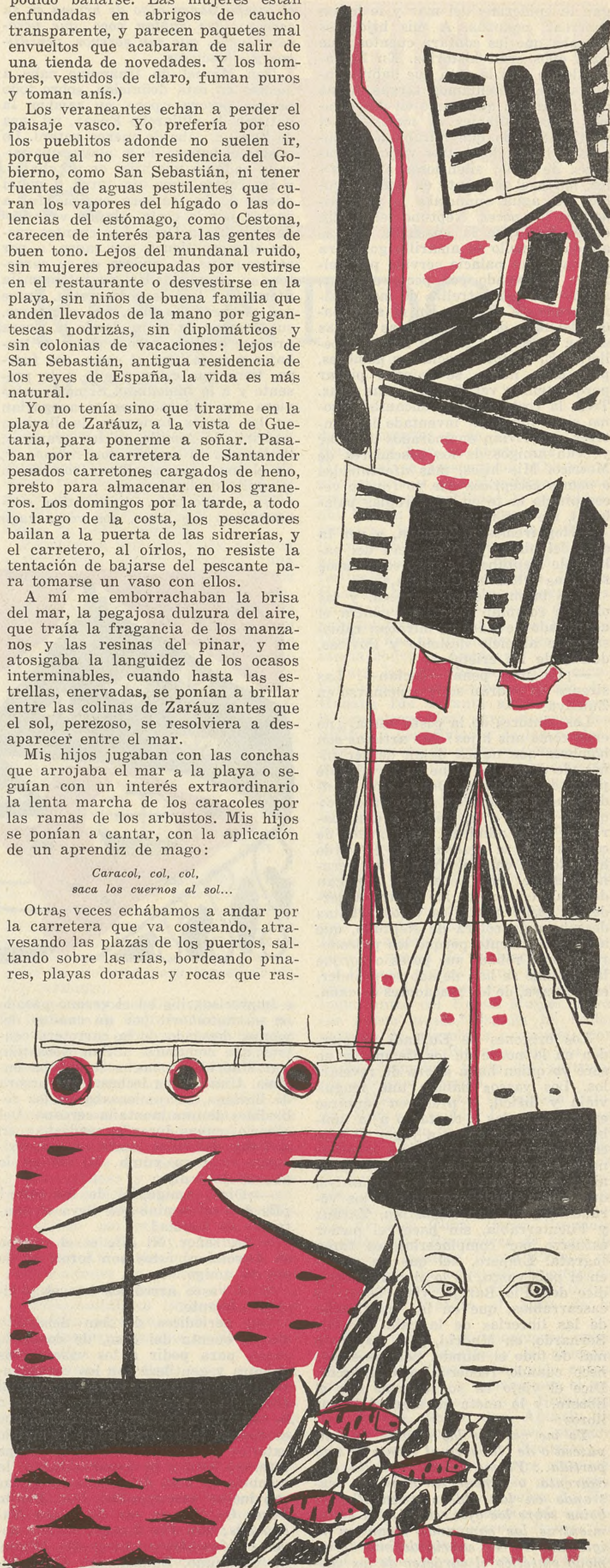
Yo no tenía sino que tirarme en la playa de Zaráuz, a la vista de Guetaria, para ponerme a soñar. Pasaban por la carretera de Santander pesados carretones cargados de heno, presto para almacenar en los graneros. Los domingos por la tarde, a todo lo largo de la costa, los pescadores bailan a la puerta de las sidrerías, y el carretero, al oírlos, no resiste la tentación de bajarse del pescante para tomarse un vaso con ellos.

A mí me emborrachaban la brisa del mar, la pegajosa dulzura del aire, que traía la fragancia de los manzanos y las resinas del pinar, y me atosigaba la languidez de los ocasos interminables, cuando hasta las estrellas, enervadas, se ponían a brillar entre las colinas de Zaráuz antes que el sol, perezoso, se resolviera a desaparecer entre el mar.

Mis hijos jugaban con las conchas que arrojaba el mar a la playa o seguían con un interés extraordinario la lenta marcha de los caracoles por las ramas de los arbustos. Mis hijos se ponían a cantar, con la aplicación de un aprendiz de mago:

Caracol, col, col,
saca los cuernos al sol...

Otras veces echábamos a andar por la carretera que va costeando, atravesando las plazas de los puertos, saltando sobre las rías, bordeando pinares, playas doradas y rocas que ras-



gan la epidermis del mar y le hacen chorrear espumas. A mis hijos les gustaba que les contara cuentos, que para ellos eran historias. En Zumaya, donde está la casa que habitó Zuloaga, nos deteníamos largas horas en el malecón que parte en dos campos irreconciliables el mar. En el pretil del lado que miraba a la ensenada había dos o tres viejos pescadores de caña, silenciosos e inmóviles, hasta el momento en que el temblor del agua anunciaba la proximidad de los peces. Neptuno tenía allí, en el fondo de la ensenada que se anuda al cuello su amarilla gorguera de playa, un palacio servido por delfines, custodiado por peces espadas, alumbrado por estrellas de mar y alfombrado de corales. En el acantilado, del lado de Guetaria, las sirenas salían a secar al sol sus largas cabelleras. El pintor conocía sus nombres, pero ellas nunca se dejaron pintar porque tenían vergüenza de sus colas. Toda la costa parecía encantada, como si la hubieran inventado los pintores que vivían enamorados del mar y eran amigos de los pescadores de Motrico. Mis hijos, más afortunados o menos escépticos que yo (que a veces pierdo la fe en mis propias palabras), me decían:

—Hoy iremos a Zumaya, a ver la casa del pintor y la escalera del palacio de Neptuno. De paso comeremos sardinas fritas en Guetaria.

Y si la mar estaba gruesa, y las olas se rompían la cabeza contra el acantilado de Zaráuz, miraban rabiosamente al cielo desleído y lluvioso, detrás de los cristales:

—¡Es una pena!—decían—. Las sirenas no podrán salir a peinarse en Zumaya.

Los pintores de la costa vasca, ¿no eran como mis hijos? Los artistas son hombres que nunca dejan de ser niños, de donde les viene su formidable poder de creadores. Donde «los grandes» no ven sino un viejo «caserío» que se pudre a la orilla de una marisma, ellos admiran un juguete de colores que se deshacen en el verde húmedo del campo. Cuando los veraneantes de San Sebastián reniegan del mal tiempo que les echará a perder el baño, mis hijos y los artistas descubren la cólera de Neptuno, que agita su tridente porque los pescadores le han robado sus peces o porque las sirenas se han dejado sorprender, en Zumaya, de los pescadores de caña.

* * *

Los orígenes de Euzkadi se pierden en la noche de los tiempos y no seré yo quien haya ahora de revelarlos. Los vascos hablan una lengua vieja y difícil, y prefieren sentarse en las sidrerías a cantar o a la lumbre de las chimeneas a jugar al mus con algunos vecinos, y no cuentan nada a los extraños. Penetrar en el alma de ese pueblo rudo y primitivo, que tolera desdeñosamente a los veraneantes en San Sebastián, Zaráuz y Fuenterrabía, sin hacer el menor esfuerzo por complacerlos, es tarea ingrata. Empero, «el que ha vivido en el país vasco, no lo olvida jamás», dice don Pío Baroja, viejo áspero y cascarrabias, que en las trastiendas de las librerías de la calle de San Bernardo, en Madrid, goza hablando mal de todo el mundo. Sólo se enternece cuando recuerda a Guipúzcoa. Dice el viejo en sus charlas con el librero, y lo anota en alguno de sus libros:

Yo me veo por los montes de Guipúzcoa o de Navarra al frente de una partida... Yo me veo de cabecilla, con cuarenta o cincuenta hombres, entrando en las aldeas a caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto, mientras las campanas tocan en la iglesia... Yo no sabría definir de un modo sintético el carácter de los vascongados; sí sé que casi todos tienen un fondo guerrero, que casi todos en el campo tienen algo de bruma en su cerebro, que hablan poco, que peroran mucho, que son serenos, pensativos y silenciosos.

Don Miguel de Unamuno cabe a medias en esta definición, sobre todo porque perora; pero, en cambio, la patrona de «Pilarcho Enea», mi casa de Zaráuz, cabe de cuerpo entero. Lo mismo el bañero de la playa, que miraba nadar a mis hijos en un charco, y era fuerte como una torre, o que el dueño de la trainera en que fuí a pasear por la costa, alguna vez, desde Orio hasta Deva. Los cuentos vascos siempre tienen por causa, o por consecuencia, la rudeza de su carácter, su simplicidad y su inteligencia aferrada a las cosas concretas. Entre sus alcores, sus rías, sus encinares, sus campos de maíz, donde la tierra produce lo suyo, pero a poder de trabajos y de fatigas, el vasco, por fuerza, tiene que estar atento a lo presente y a lo inmediato. Si no lo estuviera, las plantaciones se anegarían en los largos inviernos, la llovizna pudriría la semilla en los graneros, la cosecha se cogería con retraso, y, en el mar, las escolleras romperían la quilla de las barcas.

Un amigo mío, diplomático sudamericano (es decir, dos veces vago e impreciso), iba en el verano pasado en su automóvil por un camino del monte, desviado de la carretera central que comunica a San Sebastián con Madrid. La noche se echaba encima. Una bruma lechosa, precursora de llovizna, se condensaba en los robledales de una montaña cercana. Del caserío, cuyas luces parpadeaban en el fondo del valle, venía un «baserritarra» con su yunta. Mi amigo lo abordó y le dijo:

—¡Oiga, amigo, el de los toros! ¿Es éste el camino que lleva al santuario de Loyola?

—No, señor. Ni éste es el camino de Loyola, ni éstos son toros, ni yo soy su amigo.

Y el vasco arreó los bueyes y siguió adelante.

Los periódicos de San Sebastián dieron cuenta del caso, de donde lo copio, para pedir a los vascos más dulzura y gentileza con los veraneantes. Pero esta aspereza superficial (como la corteza de ciertas frutas o la caparazón de ciertos mariscos, que es apenas la barrera entre el mundo exterior y la suavidad de la pulpa interna) oculta la generosidad y la hombría de bien del habitante de las provincias vascongadas. Don Benito Pérez Galdós, en sus *Episodios Nacionales;* don Pío Baroja, en sus novelas de ambiente vasco; don Miguel de Unamuno, Zunzunegui, Caro Baroja en *La vida rural en Vera del Bidasoa*, se complacen en pintar escenas de encantadora simplicidad, que muestran al desnudo la bondad infantil y espontánea de los habitantes de aquella costa. Yo fuí testigo de alguna escena parecida. Un domingo almorzaba con unos amigos en un restaurante del pueblo de Pasajes, entre San Sebastián e Irún, cuando a uno de ellos le dió un vértigo. Era tan fuerte la indisposición, los calambres y los sudores, que tuvimos que llamar a toda prisa al médico del pueblo. Este era un mozo de muy buen parecer, que no tardó en llegar, acaballado en su motocicleta, con una enfermera en la grupa del aparato. Dos horas permaneció al lado del enfermo, dándole masajes y poniéndole inyecciones, hasta que lo tuvo en pie bueno y sano. Le pedí entonces la cuenta, que él no quiso cobrar; y en la porfía llegué a convenir en que, por lo menos, cobrase los servicios de la enfermera y el costo de las inyecciones y las medicinas; pero fué en vano.

—Sois extranjeros, y como si fuera poco, sudamericanos, que es tanto como decir amigos, y a los amigos no se les cobra en Pasajes. Pero si el enfermo quiere darme un placer, venga conmigo a San Sebastián a ver torear a Manolete, pues tengo dos entradas para los toros y me falta quien me acompañe.



Son gentes celosas de la vida familiar, y se da el caso de que los habitantes de un caserío no vayan jamás al pueblo, se encierren en su concha y, metidos en la almendra de sus sentimientos familiares, protegidos por la cáscara de su soledad, pasen la vida hasta la muerte «sin haber pecado». En las provincias vascongadas hay más cosas pecaminosas que en otras partes de España, aunque la sencillez de las costumbres es causa de que se peque mucho menos.

—¿Habéis bailado con mujeres? —me preguntó el cura vasco con quien me confesé en vísperas de salir para Francia (que era como decir para el infierno) a cumplir una promesa de Lourdes.

—¿Con quién quería su reverencia que bailara?

—¿Pero con mujeres distintas de vuestra propia mujer?

—Y si no, padre, ¿con cuáles?—le dije yo.

Porque en los pueblos de la costa vasca es pecado bailar los hombres con las mujeres. Los veraneantes que vienen de Madrid y otras ciudades del interior de España pueden hacerlo, pero los vascos no, porque entre ellos la pureza de las costumbres, celosamente guardadas a través de los siglos, no consiente el contacto del baile entre los jóvenes que no han pasado por las puertas de la sacristía. Los bailes populares vascos, con espadas o cachiporras que se blanden y entrechocan en ciertos pasos, al son de los tamboriles, recuerdan la guerra y el asalto, o las faenas propias de la cosecha, pero nunca el amor. El amor es demasiado serio para sacarlo a la calle y a la plaza pública. *El gusto por el aislamiento del aldeano vasco se manifiesta*—dice Caro Baroja—*hasta en algunas leyendas y creencias. Una de las más extendidas por todo el país, y que he tenido ocasión de escuchar varias veces en Vera del Bidasoa, es la de que el juicio final sobrevendrá cuando todos los caminos sean como carreteras y estén llenos de encrucijadas, y cuando en cada casa haya una tienda o una taberna.*

Por eso, y con sobra de razón, los vascos desconfían de los veraneantes, a quienes la municipalidad prohibe que se tiren al mar si no es vestidas de falda larga las mujeres, para que los hombres no entren en tentación a la vista de sus piernas, y con camiseta los hombres, para que las mujeres no pequen a la vista de sus torsos peludos.

La sencillez de estas costumbres, la castidad de estos bailes, el encierro de estos caseríos y el hermetismo de esta lengua, todo eso los vascos cultos lo atribuyen a la pobreza de su tierra, que jamás tentó la curiosidad de los invasores, los cuales pasaban de largo por Euzkadi hacia los otros reinos de España. Además, el vasco apenas si se ha mezclado con nadie. Su aislamiento y su fosquedad repelían a los que pretendían conquistarlo. Su carácter arriscado hacía que los vascones de Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa fuesen muy temibles guerreros. Peleaban en guerrillas y por manadas, juntándose en partidas cuando alguien amagaba su independencia; pero pasado el peligro, después de haber andado a salto de mata por el monte, cada uno volvía a su casa, a sus barcas o a sus bueyes, a la misma vida de siempre. Esto durante dos, tres o cinco mil años. Entretanto, los romanos andaban haciendo calzadas y acueductos por toda Europa. Llegaban los moros a Toledo con Don Rodrigo y se iban de Granada con Doña Isabel. Y los peregrinos, en la alta Edad Media, sembraban de catedrales y abadías la Península, y entonaban canciones de gesta, abriendo el cauce de las lenguas romances a todo lo largo del caminito de Santiago, que viene desde los bosques germanos, a través de la dulce Francia, para morir en Compostela. Los vascos salían a pelear de entre sus montes, cuando los cuernos o trompas de los pastores se respondían de alcor en alcor y de valle en valle; mas luego, pasada la refriega, volvían al caserío. El más ágil, o el más fuerte, o el más experimentado, solía conducirlos a la guerra, pero esencialmente todos eran iguales, tanto el uno como el otro, y, según el fuero de Vizcaya, *todos son nobles, no hay diferencia de sangres que hagan descollar a ninguno ante la ley...*, y es que todos se precian de venir de un patriarca común, llamado Aitor, que quiere decir en lengua vasca «padre» o «primero por excelencia».

Dentro de este vivir al margen del mundo y de la Historia, es claro que la suya carece del interés que ofrece la de otras regiones de España. Son los más antiguos habitantes de la Península Ibérica y continúan siendo los más primitivos, los más próximos a la tierra y al mar. Jamás pudieron, a pesar del intento de los reyes navarros, que levantaron su capital en Pamplona, estructurarse en una nación independiente, unida a la de los catalanes y los aragoneses, como fué el propósito de Don Sancho el de las Navas, quien soñaba, en su reducto de Tudela, con que (Pasa a la pág. 60.)

LA BIENAL EN LA HABANA

UNA VICTORIA CONTRA LOS RESENTIDOS

Por EDMUNDO MEOUCHI

En La Habana, el día 15 de septiembre de 1954, se clausura oficialmente la II Bienal Hispanoamericana de Arte.» Nada más. En la historia por hacer de nuestras artes plásticas ese dato quedará así, encajado sencillamente, entre otros números y otros nombres. Será una fecha importante entre otras innumerables.

Pero ahora, en el momento en que escribimos esto, por lo menos—«La Habana, el día 15 de septiembre y la II Bienal»—son tres clavos ardiendo...

Para ustedes y para nosotros, para quienes nos sabemos en el principio de una tarea incalculable, la II Bienal significa sobre todo una resistencia vencida, una victoria lograda a costa de muchos pesimistas y muchos resentidos: *Por primera vez en la vida de los pueblos nacidos de España y en tierra americana se realiza un certamen artístico internacional con la colaboración directa y efectiva de dos Gobiernos hispánicos.* Pero este hecho, tan cierto como elocuente, no alegró, como se esperaba, a todos los corazones.

Un grupo mínimo de «peregrinos» forzados y voluntarios, con sus jóvenes discípulos y seguidores, sabía mucho antes que nosotros que la II Bienal de La Habana demolería, entre otras cosas, la «leyenda roja» de España: la creencia, muy difundida en América, sobre la infecundidad, la estupidez y el servilismo de los artistas españoles.

Imaginándose los depositarios del genio ibérico o los agentes viajeros de la sabiduría peninsular, aquellos francotiradores habían garantizado durante años la muerte por asfixia de las musas españolas. Y así, llevados por el odio o por la envidia, escupieron toda suerte de insultos y calumnias contra artistas e intelectuales cuya labor desconocían o contra valores universalmente consagrados. En contra, al fin y al cabo, de españoles que no sabían de otra «política» que la de amar a su patria y la de permanecer fieles a su vocación y a su oficio.

A tales intrigantes se les presentaba la Bienal como un bastión político, como una avanzada ideológica de la tierra perdida. Ni remotamente consideraban ellos que dicho certamen respondía a una necesidad urgente de intercomunicación cultural, de diálogo entre artistas e intelectuales de habla española.

Petrificados por su rabia antigua e invariable, siguen sufriendo una España que no existe ya. Y en vez de llevar a América, como testimonios de su raza y de su cultura, el ánimo limpio de toda miseria y el brazo dispuesto para empresas más nobles, ellos han volcado sus viejas fobias, sus rencores y sus cuitas sobre el Nuevo Continente y en el corazón de la juventud hispanoamericana.

Frente a ellos se han levantado, sin embargo, «cordones sanitarios» y murallas de cal y canto. Sus mismos compatriotas (españoles arraigados o exilados por accidente) han venido condenando ese despliegue criminal de mezquindades, esa lucha ciega, indiferenciada, contra todo—lo bueno y lo eterno inclusive—lo que lleve el sello de España.

No es preciso agregar que al lado de esos intrigantes han colaborado en la misma tarea algunas minorías hispanoamericanas de izquierdas. Con ocasión de la II Bienal, unas y otros constituyeron, como se sabe, una especie de coalición para torpedear dicho certamen.

Mientras que el Gobierno cubano y el Instituto de Cultura Hispánica redoblaban sus esfuerzos para instalar dignamente la exposición hispanoamericana, los saboteadores hacían sonar sus «matracas», daban voces de alerta y—en pequeño comité—organizaban su «revolucionaria Fiesta del espíritu». Buscando aquí y allá, ejerciendo eficaces presiones políticas sobre artistas de buena fe, invitando a «camaradas» y a desconocidos, en un lugar de La Habana—sin ser molestados en absoluto—ellos también instalaron «su exposición de arte», de la que nadie, hoy por hoy, hace memoria. Ahí están, no obstante, las «declaraciones de guerra» y los encendidos recordatorios, la gimoteante-agresiva-nostálgica invitación de las izquierdas para gozar de la «verdadera pintura», sin que nadie se ocupe de ellas...

Mientras sucedían tales excesos, en la misma capital cubana se erguía ya un espléndido Palacio de Bellas Artes, en cuyo interior habrían de exhibirse las piezas de la II Bienal Hispanoamericana de Arte.

Lo que vino después, todo el mundo lo sabe.

Pese a insidias, contratiempos, ataques y maniobras de todo género, dicho certamen se llevó a cabo. Durante varios meses el pueblo cubano contempló y enjuició libremente obras de arte que, sin la Bienal, hubiesen permanecido en la sombra o al alcance de los turistas y de los potentados. Porque si bien es cierto que en la II Bienal se presentaron «Ortegas», «Palencias» o «Vázquez-Díaz», como valores bien perfilados y conocidos, ahí fueron exhibidas también obras maestras ignoradas, que la política, la mala fortuna y otras catástrofes habían mantenido al margen de los festivales de arte ordinarios. En La Habana hicieron acto de presencia internacional valores nuevos de Hispanoamérica, España y los Estados Unidos. Ese es un hecho cuya importancia conviene destacar.

Para los artistas de lengua española y para los norteamericanos, La Habana fué durante algunos meses la coyuntura ideal para discernir los límites y posibilidades de las tendencias plásticas de nuestro tiempo; las diferencias y distancias que separan unas escuelas de otras y, sobre todo, las influencias de América en la pintura europea, tanto como el magisterio de Europa sobre la pujante pintura americana.

La Bienal recogió lo disperso u olvidado, confrontó estilos, descubrió afinidades.

Y si esto no fuera bastante, digamos que con motivo de la II Bienal Hispanoamericana de Arte, y por obra y gracia del Gobierno cubano, La Habana tendrá en un futuro próximo uno de los museos más bellos e importantes del Nuevo Mundo. Para ese nuevo museo, España ha hecho entrega de seis obras premiadas por el Jurado de la Bienal y que, por derecho, formaban parte del patrimonio nacional español.

El óleo del pintor Godofredo Ortega Muñoz titulado *La carretera* (Gran Premio de la II Bienal), el dibujo de Carlos Pascual de Lara denominado *Pescadora* (Gran Premio), el jarrón *(Gris Roca)* de José Lloréns Artigas (Gran Premio de Cerámica), la escultura titulada *Pomona*, de José Clará (Gran Premio); la xilografía *Pescadores de Vigo*, de Carmelo González (Gran Premio de Cerámica); la acuarela denominada *Marinero*, de Manuel Humbert (Gran Premio de Pintura al Agua de la II Bienal).

Estas obras, auténticamente prendas del genio plástico y del presente artístico de España, han sido entregadas al Gobierno cubano por el encargado de Negocios de la Embajada de España, señor don Agustín de Foxá, quien con tal motivo pronunció un bello y definidor discurso:

«La II Bienal—dijo entre otras cosas el señor De Foxá—*se posó como una mariposa de mayo sobre La Habana, por infinitas razones de afecto, cordialidad y entusiasmo. Porque los españoles siempre han cortejado a Cuba como a una novia y porque Cuba, con su tradición cultural luminosa desde principios del siglo XIX,*

LAS ARTES PLASTICAS DE ESPAÑA POR TODO EL MUNDO

1953.—De octubre a noviembre: MUESTRA DE PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA, en Lima (Perú).

1953.—Diciembre: Aportación española a la Exposición de ART LIBRE, en el PALAIS DE BEAUX-ARTS DE LA VILLE DE PARIS.

1954.—Muestra española en Manila (Filipinas), para la SEVENTH ANNUAL ART EXHIBITION, organizada por la ART ASSOCIATION OF THE PHILIPPINES.

1954.—EXPOSICION DE GRABADOS DE GOYA, en Europa y América.

1954.—Madrid: EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

1954.—La Habana: II BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE.

1954.—Aportación española a la BIENAL DE SAO PAULO (Brasil).

1954.—Muestra española en el FESTIVAL DE VENECIA.

LA BIENAL EN LA HABANA

irradia como un faro marino sobre las salinas, tibias y verdes playas del Caribe, verdadero Mediterráneo de América.»

Refiriéndose a las modernas tendencias artísticas, el señor De Foxá señaló que en pintura, como en escultura, se huye de la anécdota, se quieren incluso disimular los aportes inevitables de la tierra, la luz, el paisaje, para borrar toda resonancia folklórica y costumbrista. *«Lo abstracto*—afirmó—*planea con su universo propio, cerrado, creado por el hombre, edificado con sus sueños y sus ideas para escapar del realismo, para evitar el epíteto contundente de «lo académico», para evadirse de aquello que ya capta el objetivo fotográfico o el vaciado en yeso.*

Pero es tan fuerte la corriente plástica española—continuó diciendo el señor De Foxá—, *que va desde los bisontes y jabalíes abultados en ocre de las cuevas de Altamira a los cubos intelectuales y a los rosas y grises inverosímiles de Picasso, a los infinitos espacios dalinianos; desde el impresionismo de Velázquez a la expresividad de don Francisco de Goya, que, a pesar de estar casi toda la obra aquí expuesta embarcada en las más audaces proas del arte moderno, emergen, sin embargo, de su tierra, de su geología intelectual, de sus terribles empastados, de sus negros inexplicables, esas características que un avisado crítico calificó de «esenciales, de estoicismos en figuras y paisajes, que evitan los excesos impresionistas, por un lado, y los fáciles contentamientos realistas, por otro».*

Por esa misteriosa ventana que es un cuadro—agregó—, *por ese alucinante espejo que nos deforma el mundo, embelleciéndolo, en el prisma de un espíritu que es una tela, os habéis asomado a los pintores madrileños, y andaluces, y catalanes, y vascos, a toda esa paleta cromática que es la hermosa y dura y trascendente España. Y por otras salas habéis deambulado por todo aquello que América añade sin quitar, por todo aquello que dulcifica sin debilitar, que cromatiza sin irisar; por el inmenso vaho o aliento de un mundo nuevo donde, junto a los colores y formas y caracteres de la vieja España, se levantan nuevas creaciones imprevistas, nuevas génesis y nebulosas, con aportes de otras geografías...»*

Así, de modo tan brillante, el diplomático español dijo la palabra final y sintetizadora sobre el espíritu que animó en todo momento a la Bienal de La Habana. Las seis obras donadas a la nación cubana por el Gobierno español serán como un perenne testimonio de ese mismo espíritu.

* * *

Una cosa debe quedar grabada, pues, en la conciencia de todos, hispanoamericanos y españoles: los frutos más preciados de nuestro quehacer intelectual, nuestros libros y nuestras obras de arte, serán conocidos en todo el mundo, a pesar de muchas estúpidas resistencias. Ha sonado para nosotros la hora.

España, por lo menos, está decidida a penetrar por la puerta ancha y abierta de todas las exposiciones internacionales. Decidida también a promoverlas y auspiciarlas. De La Habana ha retirado gran parte de sus obras presentadas en la II Bienal para exhibirlas en varias capitales americanas. En la Bienal de Sao Paulo y en Filipinas han sido presentadas también obras de artistas españoles. La exposición de grabados de Goya, que ha recorrido gran parte de Europa, recorre ahora el Nuevo Continente. Un artista español, Miró, obtiene en Venecia uno de los grandes premios. En la primavera de este mismo año, en Madrid, España instala su Exposición Nacional de Bellas Artes.

En un solo año se exhiben en todo el mundo cinco mil obras de artistas españoles. Y éste es un dato que no puede ni debe ser olvidado.

No lo olvidarán, estamos seguros, las minorías de izquierdas ni los resentidos...

EL PALACIO DE BELLAS ARTES DE CUBA SE HA HONRADO ALOJANDO A LA II BIENAL

Habla sobre la II Bienal el excelentísimo señor doctor don Octavio Montoro, presidente del Patronato del Palacio de Bellas Artes de Cuba:

«Se ha dicho y se ha repetido que el arte concurre eficazmente a la redención del hombre, preso en la cárcel de los sentidos, y nunca como en esta época materialista e interesada para justificar todos los esfuerzos que, como éste de la II Bienal, tienen por objeto estimular en nosotros el culto de la belleza, la admiración del arte, que, después de todo, no es más que una elevada manifestación de la cultura. Por eso dice también con razón una insigne publicación española que si, como se afirma, "el arte es la expresión de un anhelo colectivo, el hecho histórico de los encuentros bienales de artistas hispánicos cobra una nítida significación, pues, por encima de las fronteras políticas circunstanciales, está la perspectiva sin fronteras de una comunidad del espíritu".

»Como dijo muy atinadamente el señor Sánchez Bella, "no viene la Bienal a afirmar exclusivamente la tendencia de última hora, que parece ser la norma preponderante de otras muestras similares, sino que la sitúa en un lógico transcurrir de la historia del arte". La Bienal será un grandioso cuerpo matriz, adonde, con una periodicidad de dos años, se ha de ir arrojando la semilla fructífera de un arte con proyección de futuro y con anhelo de totalidad.

»Hemos visto unido aquí a lo clásico de nuestra pintura con cuadros de todas las escuelas modernas y contemporáneas. Hemos admirado el esfuerzo extraordinario de pintores, de escultores, de grabadores, por exteriorizar de una manera brillante y cabal cuanto la inteligencia y el sentimiento del hombre trata siempre de expresar por medio de las artes plásticas. Estas manifestaciones elevadas del pensamiento, que son manifestaciones de cultura, son el programa del Palacio de Bellas Artes de Cuba, que se ha honrado alojando a la II Bienal Hispanoamericana de Arte durante varios meses, y como presidente del Patronato que dirige esta institución, hago votos por que en lo sucesivo y en las demás convenciones que realice la Bienal Hispanoamericana se observe el mismo entusiasmo, el mismo decidido propósito de engrandecer el arte, contribuyendo así de la manera más eficaz y más noble al mantenimiento de lo hispánico en América a través de la fuerza poderosa de la cultura y el arte...»



HABLA SOBRE LA II BIENAL EL EXCELENTISIMO SEÑOR DOCTOR DON JOSE LOPEZ ISA, MINISTRO DE EDUCACION DEL GOBIERNO CUBANO

EL MAYOR ACONTECIMIENTO ARTÍSTICO QUE JAMÁS SE VIÓ EN CUBA



«Más de dos mil quinientas obras procedentes de quince países hermanos, con diferentes y variadas fuerzas de expresión, que van desde lo tradicionalmente realista hasta los "ismos" más extremos, proclaman a los cuatro rumbos el éxito del evento y las garantías que los organizadores y los Jurados de selección o de admisión brindaron a todos los artistas y a todas las tendencias pictóricas.

»Famosas firmas de todos y cada uno de los países invitados concurrieron al certamen. Así, de ese modo, hemos presentado un evento de jerarquía y calidad artísticas que jamás se había visto en nuestra patria.

»...la II Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte triunfó a plenitud, alcanzando victoriosamente todas sus finalidades.

»Esto es, estrechó lazos de amistad entre los pueblos de América, España y Filipinas. Renovó viejas relaciones culturales. Mostró a nuestros artistas la obra de numerosos colegas extranjeros, tanto noveles como de extraordinario prestigio estético, y les ofreció la oportunidad de comparar la obra propia con la de aquellos magos del oficio, y ha proporcionado enseñanza sabia y estímulo concreto para el artista, ya sea pintor, grabador o ceramista.

»Cuba ha de sentirse feliz por el evento y por los resultados del mismo. Muchos cubanos han salido airosos en la prueba y su crédito correrá por el mundo nimbando sus nombres y dando luz a la patria.

»Para ellos, como para los triunfadores de las demás naciones hermanas, se levanta nuestra cálida felicitación, que se traduce en gratitud para las representaciones extranjeras acreditadas ante nuestro Gobierno, que han cooperado con entusiasmo y decisión impar para traer las muestras de sus respectivos países y dar esplendor singular a la II Bienal Hispanoamericana.

»Gracias al señor Alfredo Sánchez Bella, que recorrió la América en cruzada de amistad y de cultura para asegurar la realización de este acontecimiento; gracias al señor Panero; al embajador de España, don Juan Pablo de Logendio; gracias al señor De Foxá, que, no conformes con el esfuerzo realizado y la cooperación prestada, nos han ofrecido una nueva prueba de solidaridad, de simpatía, cediendo a Cuba, para enriquecer nuestro patrimonio artístico, las obras que, premiadas por la Bienal, debían retornar a España como propiedad del Instituto de Cultura Hispánica.

»Estas obras, de una altísima importancia estética, constituyen ahora nuevos faros de luz para la cultura nacional, pero también serán nuevos brazos para acercar por el amor y la virtud a Cuba y España, al continente americano y a su nación descubridora...»



LA BIENAL, EN LA HABANA

2.700 OBRAS DE 15 PAISES

ORTEGA MUÑOZ: «LA CARRETERA». GRAN PREMIO de Pintura de la II Bienal (100.000 pesetas). (La repetición del cuadro en estas páginas de «Mvndo Hispánico» es obligada al ofrecer esta síntesis gráfica.)

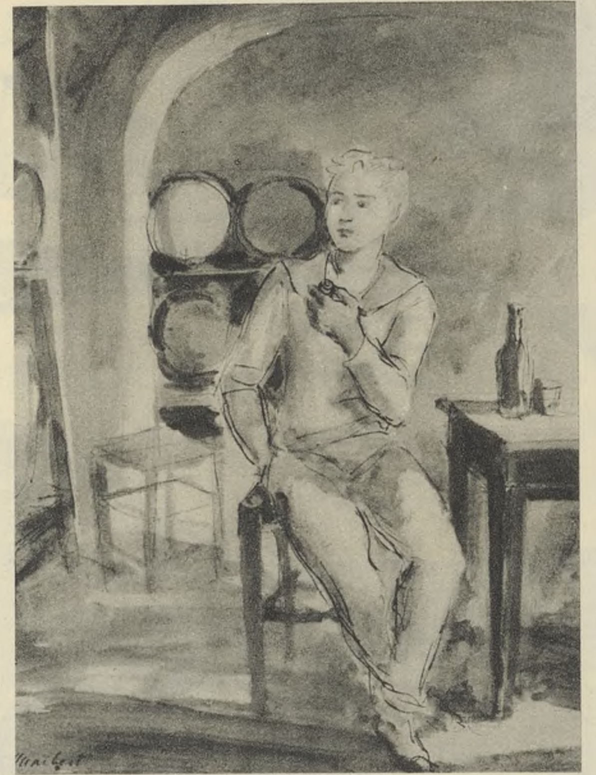
30.000 VISITANTES EN UN SOLO DIA

La gran suma—la gran unidad—de las artes plásticas hispanas ha estado expuesta, en su reciente convocatoria, en el flamante y espléndido Palacio de Bellas Artes de La Habana. Según la prensa cubana, el día de la apertura la gran exposición—2.700 obras, correspondientes a quince países—fué visitada por 30.000 personas. Al lado de las páginas anteriores en que hemos ofrecido una síntesis informativa de este acontecimiento artístico, damos aquí las fotos de los seis grandes premios de la gigantesca exposición.



CARMELO GONZALEZ: «PESCADORES DE VIGO». Gran Premio de Grabado (25.000 pesetas). Xilografía de enérgico dibujo—sobre tema español y marinero—de uno de los más brillantes artistas cubanos.





CARLOS PASCUAL DE LARA: «Pescadora». Gran Premio de Dibujo (25.000 pesetas). «El asunto no se supedita a la línea ni ésta al asunto. Maestría responsable...»

EL MUSEO NACIONAL O PALACIO de Bellas Artes de La Habana, que se inauguró brillantemente con la II Bienal Hispanoamericana de Arte. (Fachada y puertas centrales.)

JOSE CLARA: «POMONA». GRAN Premio de Escultura (100.000 pesetas.) «Maestría y línea grácil, solidez y reposo pocas veces igualado; serena estatua...» (Fragmento.)

MANUEL HUMBERT: «Marinero». Gran Premio de Acuarela (pesetas 25.000). «Gran delicadeza y expresión; armonía en el color, y armonía también en la línea y la composición.»

LLORENS ARTIGAS: «Gris de roca». Gran Premio de Cerámica (25.000 pesetas). Se ha dicho de él: «Jarrón de esbelta línea, matices delicados y manufactura impecable.»







EL EJERCITO EN EL ESTADO MODERNO

POR

EL ARCHIDUQUE

OTTO DE HABSBURGO

«... UN CARTEL REQUETE DE RECLUTAMIENTO CON ESTA SENCILLA FRASE: "ANTE DIOS NO HAY HEROES ANONIMOS"...» (FOTO SUPERIOR: UN ASPECTO DEL DESFILE DE LA VICTORIA EN LA CIUDAD DE MADRID. ABAJO: TANQUES DEL EJERCITO ESPAÑOL CIRCULANDO ANTE EL CAUDILLO. Y EN LA FOTO INFERIOR: TROPAS DEL ANTIGUO EJERCITO ALEMAN EN UNA DE SUS ESPECTACULARES PARADAS EN TIERRA GERMANA.)





Me encargan que redacte un texto sobre un asunto de la mayor actualidad. Sin embargo, tengo que reconocer que, en el primer momento, me sorprendió un poco esta invitación. Efectivamente—me da casi vergüenza reconocerlo—, soy uno de los pocos hombres de Europa que han pasado el presente período sin haber prestado servicio en un ejército. Exilado de mi país desde mi primera juventud, nunca he tenido la sublime ocasión de demostrar el amor a la patria llevando un uniforme, que es el símbolo más alto de la voluntad de sacrificarlo todo por ella.

Si, no obstante, redacto este trabajo, es en calidad de descendiente de un gran linaje de militares, que me transmitieron su tradicional sentido de lo que significa ser soldado. Mis antepasados llevaron siempre el uniforme, esclavizándose y entregándose en especial a las fuerzas armadas de los países cuyos destinos tenían en sus manos.

Además, la línea de demarcación entre el paisano y el militar ha dejado prácticamente de existir. La guerra los ha aproximado mutuamente; tanto, que ahora queda fuera de lugar el hacer una distinción entre los dos.

También quisiera señalar cuán sensible soy al honor que se me hace. Después de todo, las relaciones entre el soldado español y la Casa de Austria están adscritas a un pasado común. No se puede separar la historia militar española de la austríaca o de la del Sacro Imperio Romano-Germánico. Las glorias de España eran nuestras en común; las victorias de España eran también victorias de los imperiales. Hoy todavía el águila bicéfala es el símbolo de España, como también lo es del Imperio austríaco. Cuando el austríaco o el húngaro llegan a España, se encuentran en su casa; lo mismo que el español que viene a visitar nuestras regiones.

He de añadir también una observación personal. Las fuerzas armadas españolas me dieron una de las impresiones más imborrables de mi vida. Durante su guerra de Liberación tuve el privilegio de venir a España cuando las fuerzas nacionales se disponían a ganar la batalla decisiva del «cinturón de hierro». Entonces tuve ocasión de visitar varios sectores de su frente y, sobre todo, de quedarme durante algún tiempo con aquellos admirables requetés. Nunca olvidaré las horas que allí pasé con los Tercios de Navarra. No es tanto el hecho de la guerra el que me dejó un recuerdo tan impresionante como el espíritu que animaba a las tropas y el magnífico valor con que los españoles, en ambas partes del frente, luchaban por ideales en los que habían puesto toda su fe. Tengo que reconocer que mi estancia en España

«LA MISION DE FIDELIDAD HACIA LA ESENCIA DEL ESTADO—EL BIEN COMUN—PONE AL EJERCITO POR ENCIMA DE TODOS LOS PARTIDOS...» (CADETES DE LA NACION CHILENA.)

me hizo tanto bien como cualquier ejercicio espiritual. Llevé conmigo el símbolo del espíritu que animó a este país en aquellas horas gloriosas y trágicas. Los carteles de reclutamiento de las diversas formaciones de voluntarios animaban las paredes de las ciudades españolas. Estos carteles los hemos visto en todas las guerras—los vemos en la guerra fría de hoy—. Casi todos quieren presentar la vida militar de color de rosa. Unos hacen resaltar las posibilidades de aventura; otros, las ventajas materiales. En España no. Los de España ponían de resalto sentimientos nobles. Pero entre ellos hay uno que nunca olvidaré. Fué un cartel de reclutamiento para los requetés con esta sencilla frase: *«Ante Dios no hay héroes anónimos.»*

* * *

Volver a definir la misión del ejército en el Estado es, ante todo, de capital importancia para España, pues ésta acaba de salir de un aislamiento prolongado. El acuerdo de Madrid puso fin a una situación internacional absurda, admitiendo, al fin, y públicamente, que en el conflicto provocado por las Naciones Unidas era España la que tenía razón. Desde el punto de vista material, las consecuencias de este acuerdo no son de mi incumbencia. Hombres mucho más competentes que yo podrán discutir lo que significa para el Ejército español ir al lado del poder material, casi ilimitado, de los Estados Unidos. Pero también hay consecuencias morales que tampoco podemos menospreciar. A un anacoreta le es bastante fácil ser virtuoso. Alejado del mundo y de sus tentaciones, puede concentrar su espíritu sobre lo esencial: lo espiritual. En este sentido, el período de aislamiento de España, a pesar de los considerables sufrimientos materiales que representaba para toda la nación, era un período que necesariamente conduce a la virtud. Pero ahora el anacoreta vuelve al mundo próspero y a las seducciones de la materia. Nada más peligroso

«... IR A LA GUERRA SIN ODIO Y CON UN ESPIRITU CABALLERESCO QUE NO DISMINUYA LA CAPACIDAD DE HEROISMO...» (MARINOS DE LA REPUBLICA CHILENA DESFILANDO.)

«EL VALOR CON QUE LOS ESPAÑOLES—EN AMBAS PARTES DEL FRENTE—LUCHABAN POR IDEALES EN LOS QUE HABIAN PUESTO SU FE...» (TROPAS DE MONTAÑA, EJERCITO ESPAÑOL.)

que este momento. La euforia que viene después de las privaciones aminora la resistencia. Es, pues, de importancia esencial, para no perder el fruto de tantos años duros, que el Ejército de España, además de toda la nación, pueda pensar en su situación. Por esto mismo, deberán fortalecerse las ideas cardinales y los valores espirituales, que son los únicos que, en la hora de la abundancia, dan denuedo para mantener las nobles resoluciones tomadas en los años de pobreza. Pero, dejando a un lado estas consideraciones relativas a España, el papel de los ejércitos, en general, debe volver a estudiarse en toda Europa y quizá en el mundo entero. No creo ser demasiado pesimista si digo que nos encontramos en presencia de una crisis de las ideas y de la tradición militar. Las dificultades que observamos en las naciones con espléndido pasado—tal como, por ejemplo, Francia—son muy significativas. Me agrada el ejemplo de Francia porque nos muestra de manera diáfana los síntomas de lo que estamos presenciando. No hace más de un siglo, Francia era la nación militar más formidable del continente europeo. El valor de sus soldados y la capacidad de sus oficiales le aseguraron una fama igual a la de los alemanes de nuestros días. Incluso durante la primera guerra mundial era tan probada la superioridad francesa, que los aliados de la *Grande Entente,* cuando se trató de dar un comandante jefe a sus tropas comunes, no vacilaron en elegir a un general francés. Ahora, en cambio, aunque ciertos hombres que labraron la grandeza militar de Francia—por ejemplo, Weygand—están todavía entre nosotros, asistimos a la súbita y brutal desaparición de este pueblo de entre las potencias de primer orden. En realidad, hoy ha llegado Francia a ser una de las naciones militarmente más débiles de Europa. Pero este agotamiento no procede de un despoblamiento o de una decadencia súbita. Proviene, ante todo, de una crisis del espíritu militar. Para demostrarlo basta decir que tan sólo hace una generación, una de las mayores glorias en las familias francesas era el tener uno de sus hijos en Saint-Cyr, mientras que ahora es casi imposible a esta famosa institución reclutar jóvenes en número suficiente para cubrir las bajas en el cuerpo de oficiales.

A la luz de estos hechos, tratemos de averiguar las raíces de tal crisis y sacar de ella conclusiones para el porvenir.

La causa principal de la crisis del espíritu militar en Europa es la transformación de la naturaleza misma de la guerra y de la mayoría de las reglas fundamentales de la vida del guerrero.

Cuando en los siglos XVI y XVII quedaron establecidas las ideas básicas del ejército moderno, la guerra era de una naturaleza muy especial. Bajo la influencia pacificadora de la fe cristiana y bajo el impulso del sentimiento de solidaridad occidental que animaba a los soberanos, ella fué, efectivamente, moderada en sus excesos y sometida a reglas muy severas que limitaban las destrucciones. De tal modo, que la guerra volvió a ser, sencillamente, una continuación de los procedimientos diplomáticos, pero con medios más drásticos. Por regla general, los conflictos tenían objetivos limitados. Una vez obtenida la decisión sobre el campo de batalla, las negociaciones de paz se hacían sin muchas dificultades; sobre todo, sabiendo que nadie tenía interés en aniquilar a su enemigo. Desde el punto de vista civil, esta forma de hacer las guerras tenía consecuencias favorables. Salvo para los desgraciados que vivían en los mismos campos de batalla y en las ciudades asediadas, la guerra traía muy pocas privaciones y sufrimientos. Está universalmente admitido que si reyes y soldados combatían, el ciudadano no tenía nada que ver con la guerra. No peligraba su fortuna privada, y menos su libertad de movimientos. En tiempos de Luis XIV, por ejemplo, mientras Francia e Inglaterra estaban metidas de lleno en la guerra, los burgueses de Londres, al igual que los nobles lores, no veían inconveniente alguno en ir a pasar sus vacaciones bajo el cielo benigno de Francia para escapar del frío y las nieblas de la isla. Si se trataba de visitantes prominentes, eran (Pasa a la pág. 57.)

«... EL SENTIDO DEL HONOR Y DEL SERVICIO PUBLICO...» (GRADUADOS DE LA ACADEMIA DE WEST POINT, EE. UU.)



10.000 ESPECTADORES

El gran Anfiteatro Eva Perón, de Buenos Aires, donde la zarzuela española, presentada audazmente—decorados y vestuario fuera del tópico—, se ha vivificado, hallando el camino para un nuevo esplendor. Ante 10.000 espectadores, que aclamaron a los intérpretes, se dió esta representación del «género chico» español.

El ilustre maestro Moreno Torroba, quien dirigió en Buenos Aires la temporada de zarzuela. «Luisa Fernanda» y «La chulapona», éxitos de esta campaña.



ZARZUELA REMOZADA EN BUENOS AIRES

«El aceite de ricino ya no es malo de tomar...
Se administra en pildoritas y el efecto es siempre igual.
¡Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...!»

Con mucho menos motivo que en nuestros días se admiraba, hace justamente sesenta años, don Hilarión, el delicioso personaje de *La verbena de la Paloma*, de los terribles adelantos de la ciencia. Lo que seguramente no pensaría don Hilarión, ni su compinche don Sebastián, ni sus inspirados creadores, es en su propia supervivencia y en que, más de medio siglo después, aquellos inmarcesibles compases concitasen el aplauso de 10.000 espectadores al otro lado del Atlántico, en el gran Anfiteatro Eva Perón, de la ciudad de Buenos Aires, en la época de la electrónica y de la fisión del átomo.

Se viene hablando mucho de la crisis de la zarzuela. Los remedios que se apuntan para conjurarla son varios. Sin embargo, probablemente no se haya acudido al único cierto y eficaz, que es «vestir» las zarzuelas con decoro y propiedad, dando a los coros y a la orquesta—y no sólo a los divos—la jerarquía artística que reclaman. Por lo demás, ya hemos visto cómo se conserva intacto, fresco y lozano el encanto del «género chico», como en el 900. Porque no sólo se aplaudió en Buenos Aires la música, a los concertantes, los dúos o las arias, sino que se celebró a carcajada viva el chispeante diálogo o el hormiguillo de la emoción recorrió el multitudinario auditorio cuando Julián se desesperaba por su mala suerte o la Maripepa de *La revoltosa* se mortificaba con los celos de su Felipe.

El maestro Moreno Torroba, que no vaciló en volar a Buenos Aires para dirigir esta espléndida temporada popular de zarzuela en este auditorium que el Teatro Colón tiene instalado al aire libre, en el maravilloso Parque Centenario, se sorprendió él mismo del entusiasmo del público y de su deleite y comprensión a tantas millas de Madrid y a tantos decenios del esplendor del «género chico».

Vestir la zarzuela, agilizar sus cuadros y pantomimas, como se ha hecho en Buenos Aires, con verdaderos «ballets»; dar a la escenografía los modernos recursos que requiere: he aquí la receta para resucitar el «género chico» y revitalizar la zarzuela, pues hoy, como antaño, «el efecto es siempre igual...», como podríamos decir parafraseando a don Hilarión y como lo ha demostrado esta experiencia de Buenos Aires, que se puede repetir en otros países americanos y, desde luego, en España.—*J. I. R.*

TRES PREMIOS NOBEL EN MADRID



ESPAÑA RINDE HOMENAJE A LA CIENCIA MUNDIAL

Más de dos mil médicos, procedentes de los más distantes países del mundo, asistieron a la XIII Conferencia de la Unión Internacional contra la Tuberculosis, celebrada en Madrid últimamente. Entre los asistentes, y entre otras figuras eminentísimas de la Medicina mundial, figuraban el profesor Waksman (de los Estados Unidos), Premio Nóbel y descubridor de la estreptomicina; el profesor Domagk (de Alemania), también Premio Nóbel y descubridor de las sulfamidas; el profesor Lehmann (de Suecia), descubridor de la droga antituberculosa PAS, y el ilustre doctor Abreu (del Brasil). Cuatro sabios mundiales que fueron condecorados por el Gobierno español y a quienes impuso las insignias personalmente S. E. el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco.

En la fotografía, S. E. el Jefe del Estado, Francisco Franco, impone al doctor Waksman, el sabio norteamericano a quien se debe el descubrimiento de la estreptomicina, la gran cruz de la Orden Civil de Sanidad.



A la izquierda.—Un tono exótico ante la Facultad de Madrid. Tres doctoras: de Suecia, de Italia, de la lejana India...

Arriba.—Médicos especialistas de todo el mundo asistieron a las jornadas de la XIII Conferencia de la U. I. C. T.



Arriba.—Vista parcial de los «stands» en la Exposición celebrada con motivo de la Conferencia de la U. I. C. T.

Abajo.—El «stand» de las Ediciones Mvndo Hispánico en la Exposición de la Unión Int. Contra la Tuberculosis.



2.000 TISIOLOGOS SE REUNEN EN MADRID

- ***España cuenta hoy con 150 dispensarios antituberculosos frente a 60 en 1942.***
- ***Un progreso impresionante: de 30.000 casos de mortalidad en 1936 a 9.014 en 1953.***

Por BASTIAN FARO

DEL 26 de septiembre al 2 de octubre pasados se celebró en Madrid la XIII Conferencia de la Unión Internacional contra la Tuberculosis, que reunió a más de tres mil congresistas de distintos países, entre los que se encontraban los más eminentes tisiólogos y famosas figuras de la ciencia moderna. Baste decir que, entre otros muchos, asistieron los profesores Waksman, Domagk, Lehmann y Abreu, los tres primeros descubridores de las drogas que actualmente presuponen una victoria—aun no decisiva—contra la peste blanca, y el último, revolucionador de la técnica radiográfica.

Ha sido un alto honor para España que la sede de esta XIII Conferencia radicase en Madrid, no tanto por la importancia y trascendencia de ésta, sino porque así se reconocía la aportación valiosa—en el presente y en el futuro—que esta nación puede ofrecer a la lucha antituberculosa. La presidencia de la Conferencia corrió a cargo del doctor Crespo Alvarez, español, que asimismo—automáticamente—es el presidente de la Unión Internacional para el ejercicio 1954-1956.

El acto inaugural de la Conferencia, desarrollado en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fué presidido por el Caudillo de España, Generalísimo Franco, quien, con su presencia, quiso hacer patente el interés con que su Gobierno sigue los avances de la lucha. Su Excelencia el Jefe del Estado, en el transcurso de dicho acto, impuso a los profesores extranjeros más arriba citados la gran cruz de la Orden Civil de Sanidad, la más alta condecoración de este estilo, con la que el Caudillo ha simbolizado la gratitud y la admiración de España hacia aquellos hombres próceres—de la nación que sean—a los que la humanidad debe tantas vidas.

EN la apertura solemne de la XIII Conferencia, el ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, pronunció un espléndido discurso, en el que sintetizó de forma admirable la labor sanitaria española en los últimos años, y del que nosotros recogemos los datos precisos para dar un resumen eficiente de la misma. Esa labor sanitaria señala muy bien uno de los aspectos que más han preocupado a nuestro régimen en su lucha contra las plagas sociales, y en el que se han logrado ya victorias decisivas.

PRECEDENTES

La lucha contra la peste blanca no se inicia, de un modo sistemático, hasta comienzos del presente siglo. En España se crea en 1906 la primera Comisión permanente contra la tuberculosis, constituyéndose posteriormente el Real Patronato, cuyo fin era ejercer «una acción tutelar sobre los establecimientos antituberculosos», pero cuya labor no tuvo la necesaria penetración y justeza para ejercer una acción relevante. Más tarde, el general Primo de Rivera fué un paladín de la lucha, a la que prestó gran atención y bajo cuya dirección se fundaron varios dispensarios.

1936: AÑO CLAVE EN LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

En diciembre del año 1936, en plena Cruzada de Liberación, el Gobierno de Franco fija su vista en el problema de la lucha contra la tuberculosis y se decide a iniciar la batalla—sin abandonar la otra, más vital, contra los enemigos de España—al terrible morbo, que desde entonces encontrará en nuestro país a uno de sus enemigos más fuertes y mejor organizados. A la creación del Patronato Nacional Antituberculoso seguirá la de un equipo de tisiólogos eficazmente preparados, la construcción de nuevos sanatorios, la apertura de dispensarios y preventorios, la extensión de la propaganda en favor de la lucha y la organización del aspecto económico de la misma. Los resultados serán un descenso de la mortalidad por tuberculosis y la existencia de más camas para los afectados por este mal.

Antes de seguir adelante, bien está conocer la situación en que se encontraba la lucha en ese mismo año de 1936, año inicial de la recuperación. Se disponía entonces en España de 66 dispensarios, de 20 sanatorios y de 2.109 camas. Anualmente, 30.000 españoles sucumbían víctimas de la tuberculosis y eran muchos los que no tenían cama ni habitación.

ESTRATEGIA DE LA LUCHA

La lucha antituberculosa se presentó a los ojos del Gobierno del Caudillo como una meta seria y trascendental. Se puso manos a la obra, primero de recreación de los medios ya existentes y luego de creación de lo que no había. El Consejo Nacional de Sanidad, creado en 1943, tenía como uno de sus fines específicos el asesoramiento para la estrategia en la lucha. Un paso digno de anotarse es la aprobación de la nueva ley de Sanidad, en la que se perfilaban los planes y las directrices a seguir.

Con la fundación de los organismos centrales de la lucha y de una legislación que la protegiese, vino la fundación de tres escuelas, en las que la capacitación técnica se hace posible. Las Escuelas de Sanidad, de Tisiología y la de Instructoras Sanitarias, a las que siguió, como organismo de proyección, la Obra del Perfeccionamiento Médico, imprimieron a la lucha antituberculosa un signo realista, armónico, tras del que se van tomando posiciones y ganando batallas contra la peste blanca. Otro hecho significativo fué la constitución, en 1944, de la Asociación de Tisiólogos de España.

DISPENSARIOS, PREVENTORIOS Y COLONIAS INFANTILES

Elemento imprescindible en la lucha antituberculosa, el dispensario está destinado a cumplir la misión de profilaxis, en la que queda integrada no sólo la persona misma del enfermo, sino el ambiente y sus características familiares. Los dispensarios, que fueron primeramente construídos teniendo en cuenta los puntos de mayor gravedad de la endemia, están actualmente distribuídos por todas las provincias españolas. Su número en total asciende a 150. Si comparamos esta cifra con la de los existentes en 1942 —60—, veremos el notable incremento que ha adquirido.

Los preventorios, cuyo destino es evitar el desarrollo de la tuberculosis una vez que ésta ya se ha incoado, son otro factor muy notable de la lucha. Se han puesto en servicio hasta el presente 12. Igual-

mente se ha llevado a efecto el restablecimiento y ampliación de las colonias infantiles. La denominada La Sabinosa, en Tarragona, tiene un alojamiento capaz para 600 niños. En el antiguo preventorio de Guadarrama funciona en la actualidad otra colonia infantil, en la que viven medio millar de niños. Los lazaretos de la isla de San Simón (Vigo) y de Mahón (Baleares) tienen capacidad, respectivamente, para 200 colonos. Finalmente, en el sanatorio de Oza (La Coruña) funciona, con autonomía propia, un pabellón que aloja a 250 niñas. No hay que olvidar, por otra parte, la magnífica labor que, en términos parecidos, vienen desarrollando el Frente de Juventudes y la Sección Femenina de Falange Española.

SANIDAD RURAL

El ritmo ascendente que adquiere, cada día en mayor grado, la lucha antituberculosa, dirigida por el Gobierno español, no se olvida de una faceta tan decisiva y congénita con el mismo ser de España como es la rural. A este fin existe una red de dispensarios de Higiene Rural, emplazados en las pequeñas poblaciones, y al frente de los cuales se encuentran especialistas en tisiología. El número de estos dispensarios que existen en la actualidad alcanza la cifra de 592. Por otra parte, existen en las grandes poblaciones dispensarios filiales situados en los suburbios de las mismas, dotados con personal facultativo especializado y con las enfermeras precisas. Hay que tener en cuenta también las denominadas Casas del Médico, en las cuales no solamente el médico puede encontrar los elementos necesarios a su vida cotidiana y familiar, sino asimismo locales para dispensarios, con los que puede llevar a cabo una tarea considerable en la lucha contra la tuberculosis e incluso otras plagas sociales. Estas Casas del Médico alcanzan hoy día en nuestra nación el número de 1.000.

Como nexo que enlaza toda esta red de establecimientos higiénicos, existen los fotoseriadores del Patronato Nacional, los del Ejército e incluso los de algunos particulares.

MEDICAMENTOS Y VACUNACION

En el capítulo de medicamentos hubo una etapa difícil, que afortunadamente fué superada con creces. En los momentos en que la incomprensión y la malicia internacional se confabularon para aislar a España, los recursos terapéuticos y los medicamentos necesarios para luchar contra el morbo no se conseguían con facilidad. Fué preciso el giro de noventa grados que supuso el cambio de actitud de la política internacional hacia España para que se superasen aquellas circunstancias difíciles. Contribuyó mucho a esta superación, no hay que olvidarlo, el incremento de la producción nacional de medicamentos. En lo que se refiere a la lucha antituberculosa, se han ampliado, modernizado y puesto a punto todas las instalaciones de BCG. No solamente están cubiertas en este sentido las necesidades nacionales, sino que son satisfechas muchas demandas efectuadas por países extranjeros.

La vacunación, sin tener todavía un carácter obligatorio en España, es aplicada en muchos casos. Los técnicos estudian detalladamente los diferentes sistemas y se hacen esfuerzos muy notables por encontrar el más idóneo.

PROPAGANDA

Para que el proceso de la lucha antituberculosa tenga la profundidad y relieve deseados, se ha tenido muy en cuenta este factor, sin cuya colaboración una empresa difícilmente alcanza su culminación, sobre todo en los tiempos que corren: nos referimos a la propaganda. Con ella, la educación sanitaria del pueblo puede lograrse con más rapidez y más eficacia. A este propósito, el Gobierno de España se ha preocupado de realizar películas (de largo y corto metraje), de organizar cursillos, conferencias, charlas radiodifundidas, de lanzar carteles por todos los puntos de la geografía patria y de estimular el humanitarismo y la nobleza de los españoles con la cooperación directa y espontánea a través de la tradicional Fiesta de la Flor. Esta, que se celebra periódicamente en toda España, con objeto de recabar fondos para el patrimonio de la Lucha Antituberculosa, ha adquirido una especial raigambre y goza del aprecio de todos los españoles. Bástenos recordar, a título de ejemplo, que en la última Fiesta de la Flor, que ha tenido efecto hace pocos meses en Madrid, se llegó a una recaudación de 10 millones de pesetas, siendo presidida por la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco, esposa de S. E. el Jefe del Estado.

DESCENSO DE LA MORTALIDAD

Los desvelos y el extraordinario esfuerzo desarrollados por el Gobierno en la lucha contra la tuberculosis se han visto premiados muy justamente. Se ha operado un descenso considerable en la mortalidad por tuberculosis pulmonar, ya que de los 23.084 casos de defunción registrados en 1950, ha descendido la mortalidad a 9.014 en el pasado año. Esta notable baja, unido a la gran disminución de los casos de morbilidad conseguida, es el mejor exponente de que la decisión y el interés del Caudillo y de su Gobierno de extirpar de la patria la tuberculosis como plaga social se corresponden perfectamente en la práctica con una serie de logros que son la mejor patente de autenticidad que pueda presentarse como corroboración de una idea.

Estos datos y estas cifras que hemos transcrito ponen bien a las claras la intención de España de colocarse a la cabeza de la lucha antituberculosa internacional. Así lo han comprobado directamente los congresistas de 52 países que asistieron al citado XIII Congreso de la Unión, celebrado en Madrid. Pero no solamente han podido apreciar esa labor llevada a cabo en el terreno de los hechos, sino que también han podido ver que la potencialidad de España no se reduce sólo a eso. Si en el lado pragmático se han conseguido muchas cosas, en el terreno teórico y científico España, a través de sus especialistas tisiólogos y de sus técnicos, también tiene un papel que jugar en el ámbito mundial de la lucha antituberculosa, cuyas perspectivas son francamente optimistas.

EL DIAGNOSTICO PRECOZ

Sobre el diagnóstico y las investigaciones sistemáticas de la tuberculosis, tomamos estos párrafos del folleto titulado *La lucha antituberculosa*, de Octavio Aparicio, editado por Publicaciones Españolas:

Si la enfermedad se descubre pronto, si las lesiones se localizan a tiempo, antes de que el proceso se haya extendido y provocado una intoxicación general difícil de dominar, y los recursos terapéuticos se aplican, en consecuencia, sin pérdida de tiempo, no sólo puede conseguirse la curación del enfermo, sino algo aún más importante desde nuestro punto de vista, cual es evitar que las lesiones, abriéndose al exterior, originen el contagio de otras personas. Diagnóstico precoz y tratamiento precoz: he aquí los fines de profilaxis que persigue el dispensario. Pero es cosa fácil decir al médico general, al médico rural, que vive alejado de los centros especializados, sin más medios de exploración que un fonendoscopio, que debe descubrir al tuberculoso, no al «tísico», al irrecuperable, que en un tanto por ciento tan crecido acude hoy a nuestros dispensarios. El problema no es tan sencillo, pues es sabido que hay formas clínicas más o menos incipientes que apenas dan síntomas, incluso cavernas de regular tamaño que son mudas a la exploración. En estas condiciones, y pese a la competencia del facultativo, el diagnóstico precoz se convierte en muchos casos en diagnóstico tardío. Por este motivo el médico de familia no puede ni debe esperar a sentar un diagnóstico de certeza cuando la fiebre se mantiene acompañada de tos, de sudores, de adelgazamiento, o, lo que es más sensible, cuando una hemoptisis revela, con todos sus peligros y dramatismo, la triste verdad. Hay, pues, que anticiparse a los acontecimientos irreparables; pecar, si cabe, de escrupuloso mejor que de abandonado. El médico general debe saber que la lucha antituberculosa cuenta con él como el primero y más eficaz de sus colaboradores.

La Escuela Oficial de Tisiología tiene, en esta cuestión del diagnóstico precoz, un importante cometido, cual es el de orientar e instruir al médico general. Cada año se dan en esta Escuela, así como en la de Sanidad Nacional, varios cursos con esta finalidad. En los centros departamentales de la Obra de Perfeccionamiento Sanitario, establecidos en los centros universitarios, se sigue la misma norma. Todo ello tiende a estimular y hacer patente la responsabilidad del médico general en esta lucha sanitaria.

LAS INVESTIGACIONES SISTEMATICAS

La vaguedad de síntomas que se acaban de señalar, y más aún la carencia de los mismos, obligan a tomar medidas de carácter general que conduzcan al descubrimiento de nuevos focos infecciosos. Es una labor de policía sanitaria. No se puede esperar a que el tuberculoso se presente espontáneamente en el dispensario; a veces es el primer sorprendido cuando se denuncia su enfermedad. Hay que «descubrirlo» en la masa de población que se supone sana. Porque estos enfermos que no guardan cama, que deambulan por calles y plazas, que acuden al trabajo, que frecuentan espectáculos públicos, etc., son los más peligrosos, los que van sembrando el bacilo por doquier y producen nuevas víctimas. ¡Cuántas veces esos catarrosos crónicos que achacan su tos pertinaz al vicio de fumar son, en realidad, tuberculosos con lesiones estabilizadas, fibrosas, que apenas dan síntomas, y, no obstante, expulsan bacilos que contaminarán el pulmón virgen de su hijo o de su nieto! Es así como se produce la cadena de contagios. Y la manera de cortar o, por lo menos, de poner de manifiesto la causa es la investigación en serie de grupos o de población según sus actividades, o simplemente por distritos. Es el único que permite descubrir la verdadera situación y proporción de los portadores de gérmenes.

En todos los dispensarios oficiales del Patronato Nacional Antituberculoso se realizan investigaciones sistemáticas de dos tipos: una alrededor del foco infeccioso, entre los familiares y vecinos del enfermo; otra en grupos indeterminados de población. Las observaciones recogidas han sido objeto de numerosas publicaciones, entre las que destacan, por el mayor número de casos vistos, las de Zapatero, Navarro, Abelló, Cerviá, etc. El primero de éstos ha compuesto una interesante monografía titulada La tuberculosis pulmonar inadvertida y los reconocimientos radiológicos seriados, que ha merecido el premio del concurso de la Asociación Oficial de Tisiología del año 1946. El doctor Zapatero es director del dispensario establecido en la Universidad Central, lo que le ha permitido examinar a varios millares de estudiantes residentes en Madrid. Durante cuatro cursos, del año 1940 al 45, ha visto a la pantalla a 7.300 escolares, descubriendo entre ellos 198 tuberculosos, lo que da un porcentaje de 2,71. El autor lo considera un poco elevado en relación con observaciones semejantes realizadas en otros medios universitarios, creyendo que se debe a la afluencia de enfermos en las primeras investigaciones. Esta clase de investigaciones puede hacerse por la simple radioscopia o por la fotorradioscopia; la primera presenta muchos inconvenientes: cansancio del operador, ambiente molesto, desgaste de tubos y aparatos, etc.; la segunda es la que se va imponiendo, por razones de economía, de tiempo y perfección del sistema. Los fotoseriadores modernos dan un rendimiento de 200 a 400 clisés por hora, lo que permite investigaciones de grandes masas. Pero son aparatos costosos que han de ser importados, lo que supone un desembolso considerable de divisas.

En España, el P. N. A. cuenta ya con ocho fotoseriadores y está construyendo otros doce. Recientemente, con motivo de la Fiesta de la Flor, un industrial guipuzcoano, don José María Aristrain, le entregó a la marquesa de Villaverde, con destino a la lucha antituberculosa, un fotoseriador ambulante, que ha costado más de dos millones de pesetas. Por dos motivos especiales traemos a estas páginas el hecho: porque este rasgo del señor Aristrain es ejemplar y merece ser divulgado, y porque el camión de fotorradioscopia y electrocardiografía es el más moderno y mejor de Europa. Montado bajo la dirección de Drapier, en París, es el primero que posee un equipo Philips de cuatro válvulas con cámara fotográfica Odelca y un servicio electrocardiográfico Baudoin. Va dotado de un grupo electrógeno, de una instalación especial de climatización y de un laboratorio para el revelado de películas en el mismo lugar de trabajo. Su aparato de microrradiografía puede obtener 200 fotorradiografías de 70 por 700 milímetros a la hora. Las microrradiografías obtenidas, que amplía una potente lupa, permiten la pesquisa y el descubrimiento de lesiones tuberculosas ocultas; esto es, ignoradas por los mismos enfermos. A la vez, este aparato facilita el diagnóstico de otras afecciones torácicas, como quistes hidatídicos, cánceres pulmonares, neumoconiosis y también dolencias del corazón y de los grandes vasos circulatorios. Cuando un individuo presenta la clásica tríada D. D. P., que quiere decir dolor, disnea (fatiga) y palpitaciones, se le somete al análisis electrocardiográfico, que perfila, junto con la microrradiografía, el perfecto diagnóstico de las lesiones cardíacas.

Esta maravillosa autoestación ya está en servicio. Se ha usado en el reconocimiento de 8.000 reclutas de Bilbao, Orduña, Vitoria y Pamplona, entre los que se encontraron 200 casos de tuberculosis desconocida por los propios pacientes. Este y otros tantos por ciento obtenidos en reconocimientos anteriores, descubren que entre cien personas sanas, aproximadamente, dos pueden ser tuberculosas sin saberlo.



PAJARO DEL TROPICO

Exhalación o vaho,
así emerges. No vuelas como todas
las aves de otros climas.
Te emana el platanar y el mismo fuego
de las vírgenes tierras,
allá por las raíces enlazado
al corazón del mundo.

En el aire no hay aire.
Esas alas que tienes no te sirven
para ascender radiante
a la luz casi heráldica
y casi llama viva,
al cielo que es metal o sólo espejo.

Tornasoladas plumas no te bastan
para vencer la atmósfera,
los nudos de las ciegas lianas verdes,
el torpor voluptuoso adormecido,
la emanación caliente,
el respirar sagrado de las flores,
de los gigantes árboles.

El sueño flota, pende y reverbera.
La opacidad difusa aquí no existe.
Y la luna cuaja
su lividez en oro,
nocturno ardor lumíneo.

En el nopal anidas; la serpiente
suele ser compañera en la espesura,
como tú refugiada en lo más hondo
si el firmamento es rojo al mediodía.

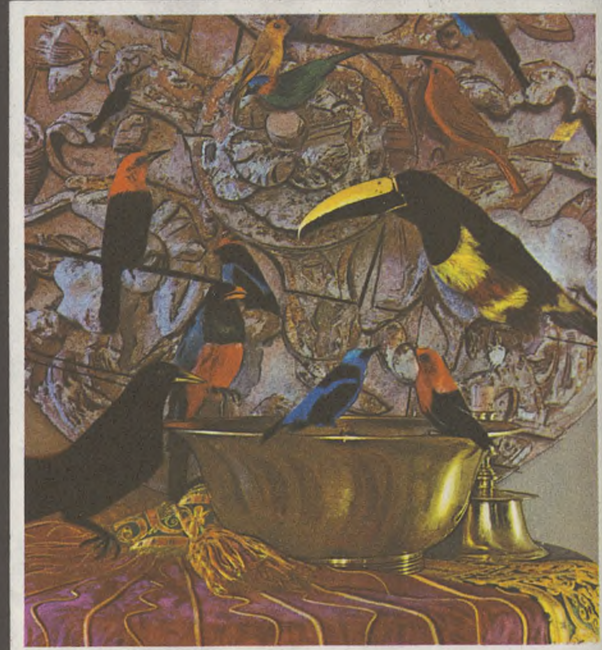
Los salvajes tambores vegetales
a un rito misterioso te convocan;
tú yerras, ondulante, fulgurando,
mas luego los insectos son tu guía.

De la estirpe volátil ya en olvido,
arrastrándote apenas, estirándote,
el arbóreo plumaje vas abriendo
y entreabriendo las frutas
hasta llegar al centro de la selva.
Allí ululan dolientes chirimías,
las melodiosas flautas;
resucitados indios
se quejan y así lloran a sus muertos.
Tú los miras aún con la mirada
del pájaro ancestral que fué tu origen.

Mientras tanto, las aguas, fluvialmente,
arden puras quemándose,
hasta ser esmeraldas, el rubí,
los girasoles ópalos
o el ámbar perfumado.

Tú de nada te asombras. Y así vives,
en secreto, añorando
la ligereza aérea de los tuyos,
que golondrinas son o ruiseñores,
te llamas colibrí o paraíso,
te llamas simple pájaro.

CONCHA ZARDOYA



VUELO DETENIDO

LA ORNITOTECA DE UN ESPAÑOL EN EL BRASIL



Al final del Retiro madrileño, en sus estribaciones orientales, ha nacido un barrio nuevo. Desde los balcones de las casas de este barrio tranquilo y flamante pueden hacerse toda clase de panorámicas visuales sobre la masa forestal del parque de Madrid. Los árboles estiran su cuello por encima de las tapias y, próximos, llegan los ecos del Zoo. Algarabía ornitológica con sordina quebrada de vez en vez por el rotundo contrapunto de un rugido, cuando los leones o los tigres se acuerdan de la libertad con más nostalgia.

En uno de los balcones del barrio nuevo junto al Retiro, Manuel Augusto García Viñolas—escritor, poeta y diplomático—evoca cierta y sugestiva aventura suya por el interior del Brasil. La evocación deviene sin dificultad, porque las circunstancias y el ambiente son propicios. La visión forestal del Retiro y su sonoro contrapunto zoológico pueden fundir perfectamente a la selva brasileña.

Viajaba García Viñolas Amazonas adentro con propósitos fundamentalmente literarios quizá.

Unos indios le cambiaron, por un cuchillo, tres pieles secas de tres pájaros extraordinarios. La evocación del escritor se hace más viva. «En el plumaje de sus pechugas se mezclaban el violeta, el rosa y el azul en la mejor fórmula de tecnicolor que había visto jamás. Eran tres pomos de pluma.» La pasión del coleccionista se le despertó impetuosa. Y comenzó para él, en colaboración con misioneros y exploradores, una vehemente pesquisa por el interior del Brasil.

La dificultad para reunir la colección que Viñolas apetecía no estribaba en la captura del pájaro, sino en su adecuada conservación. Porque los indios, que utilizan las plumas de aves como colorista ornato, no saben conservar las pieles para ser desecadas en estado perfecto. Y cuenta el coleccionista que, por atenderle en sus propósitos, algunos misioneros amigos llegaron a enseñar a los indígenas el arte de conservar las pieles.

Otras veces le llegaba el pájaro vivo después de un viaje inverosímil a través de la selva. Pero tal sistema no le resultaba válido al coleccionista, porque le era difícil ver desecado a un pájaro que había conocido palpitante de vida. Entonces se le llenaba la casa de aves. Unas escapaban por propio impulso y otras las dejaba escapar el servicio doméstico para evitarse trabajos extraordinarios. Y alguna, que se murió, fué fastuosamente enterrada en la playa de Copacabana, frente a la casa del escritor.

Este asegura que no le gusta tener animales muertos cerca. No le gusta rodearse de esta ornamentación. Le regalaron en varias ocasiones monos disecados, panteras, serpientes, hasta cabecitas de indios jíbaros reducidas en macabra escala extrahumana. Todo lo fué regalando a su vez. Menos los pájaros. «El pájaro no es nunca un cadáver—dice—. Su capacidad de vuelo, de alegoría ingrávida, es superior a su peso específico. Más que un cadáver, es un vuelo detenido, sorprendido por el coleccionista.»

EL PAJARO Y LA HISTORIA DEL BRASIL

El manto del emperador del Brasil estaba confeccionado con pechugas de tucán. De esta manera el pájaro quedó incorporado a la historia de un pueblo. A la historia del país brasileño. Así continúa García Viñolas la evocación de su aventura coleccionista, que le fué obligando paulatinamente a una suerte de especialidad. Porque aunque la colección no llevaba criterio técnico, sino estético, el coleccionista iba interesándose, sin darse cuenta, por la vida, las costumbres y las circunstancias de cada pájaro que incorporaba a su índice. Algunos de los pájaros disecados que posee, después de incansables búsquedas, fueron muertos hace más de treinta años y se conservan en estado perfecto. Ha de ser así. El pájaro que tiene alguna imperfección no le sirve. Ni mutilado ni desplumado.

Del repertorio de García Viñolas están excluídas las aves acuáticas. Con una sola excepción: un raro ejemplar del «piasoca», un pequeño pájaro deliciosamente pintado de verde y marrón y que, además, tiene la particularidad de llevar en sus alas dos uñas como dos punzones, con las que se defiende de otros pájaros mayores. Característica o propiedad esta de pájaro antediluviano, que le hace constituirse en pieza valiosísima.

Tampoco tiene ejemplares repetidos, salvo en el caso en que la belleza del pájaro ha exigido duplicidad. En cambio, procura reunir parejas de una misma especie, porque sus diferencias son extraordinarias. El macho es más bonito, brillante y espectacular. La hembra, más fina y sutil. Se diría que el que se adorna es él, como en la selva, donde el ornato personal es cualidad del varón.

MAS DE MIL PAJAROS REUNIDOS YA

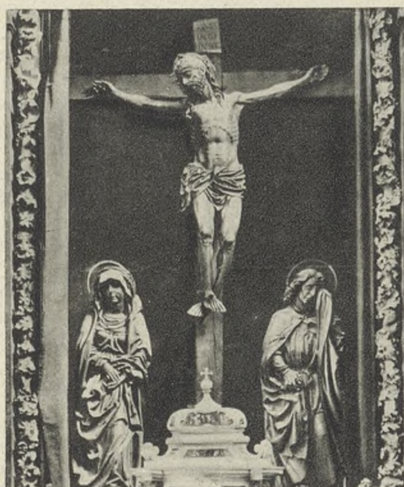
Aquel encuentro con los indios del Amazonas y el clásico trueque entre indígenas y exploradores—episodio de carácter ya folklórico en la historia, la literatura y la cinematografía de la selva—determinaron el nacimiento de una nueva dimensión poética en el espíritu de García Viñolas. Un cuchillo cambiado por «tres pomos de pluma» se convirtió en una ornitoteca—llamémosla así—que tiene más de museo artístico que de capítulo científico naturalista.

Un museo que ha rebasado ya el millar de ejemplares, de los cuales trescientos son piezas realmente considerables, de un *(Pasa a la pág. 58.)*

TRENTO

HUELLAS DE ESPAÑA EN LA CAPITAL DEL GRAN CONCILIO

Por RODOLFO DE NEGRI DE SAN PIETRO



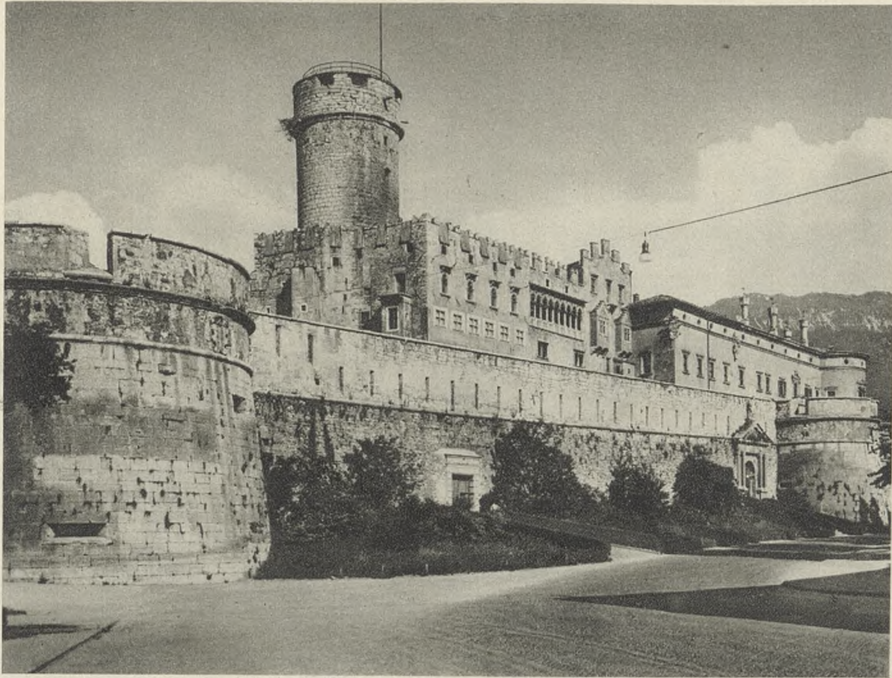
El histórico Crucifijo del Concilio, que actualmente se venera en la catedral.

ESTA magnífica realidad de nuestros tiempos que se llama Hispanidad no sólo ha dejado huella permanente en las áreas propias donde ejerció influencia directa, sino en todos los meridianos del mundo, aun en aquellos donde no estuvo presente con su dominio político. Tal, la histórica ciudad de Trento.

«España y Trento—escribió el embajador español en Roma, marqués de Desio—están unidas en la Historia de modo indisoluble, porque los períodos de mayor grandeza y ecumenicidad de ambos coinciden cronológicamente. A la Asociación Italohispánica le corresponde el alto cometido de mantener vivo ese sentimiento.»

El gran Concilio de Trento representa en la historia de España una de las piedras fundamentales de su visión universal y de su íntima unión con la Iglesia católica. Antonio Tovar, en una carta donde agradecía a la Asociación Italohispánica los actos conmemorativos organizados con motivo del séptimo centenario de la Universidad de Salamanca, recordaba que los hombres de España que intervinieron en Trento se habían formado en las aulas salmantinas. Y de Vicente Escrivá son estas frases: «Trento representa el triunfo de la auténtica libertad y de los valores del espíritu sobre el libertinaje y la servidumbre de las pasiones.»





Así se conserva en nuestros días el castillo que fué residencia del gran cardenal Cristóbal Madruzzo, príncipe obispo de Trento y consejero del emperador Carlos V.



Plano de la ciudad de Trento en el siglo XVI, época del gran Concilio. A la derecha, equidistante casi del río y la catedral, destaca la silueta del palacio Albero.

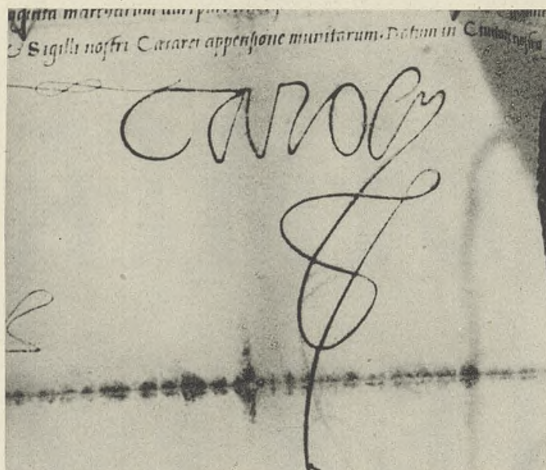
Y evoquemos también este párrafo de Ramiro de Maeztu en su libro *Defensa de la Hispanidad* sobre el famoso discurso de la «Justificación»: «El 26 de octubre de 1546 es, a mi juicio, el día más alto de la historia de España en su aspecto espiritual. Fué el día en que Diego Laínez, teólogo del Papa, futuro general de los jesuítas, pronunció en el Concilio de Trento su discurso sobre la "Justificación".»

Trento dejó huellas también en lo arquitectónico y Camón Aznar habla de estilo trentino, un estilo especial situado entre el renacentista y el barroco. Pero, aparte de estas huellas espirituales y culturales, encontramos además huellas materiales de la Hispanidad. Una calle de Trento recuerda al gobernador de la Milán española cardenal Cristóbal Madruzzo—el cardenal de Trento por antonomasia—, que fué un gran admirador y amigo de España. Emperadores y reyes como Carlos V y Felipe II, embajadores, príncipes de la Iglesia, grandes teólogos como Laínez, Soto y Salmerón, fueron sus huéspedes. Una lápida colocada en otra calle trentina, frente al templo de Santa María la Mayor, recuerda el paso por la ciudad de San Francisco Javier. Y a propuesta de la Asociación Italohispánica, el Ayuntamiento ha dedicado una plaza a Diego Laínez.

La Asociación Italohispánica fué fundada en los días dramáticos de la batalla del Ebro y desde aquel 1938 se ha impuesto la misión de mantener vivos en Italia la simpatía y el conocimiento de España y de todo el mundo hispánico. La institución tiene su sede en el palacio de Geramia, donde habitaron los emperadores Maximiliano y Carlos y se hospedaron las personalidades españolas que asistieron al Concilio.

Esta institución realiza una completa labor en cumplimiento de los fines para los que fué creada. La España de hoy y todo el mundo hispánico están allí presentes con su geografía, sus libros, sus periódicos y su idioma. Se organizan cursos de Gramática, Literatura, Historia. Se proyectan películas españolas e hispanoamericanas, especialmente de carácter documental. Y en su libro de visitas figuran firmas de políticos, diplomáticos, escritores y artistas que han pasado por Trento y por el palacio de Geramia. Gabriela Mistral, al conocer de cerca las actividades de la Asociación, se convirtió en una de las más entusiastas propagandistas de los ideales que, bajo el nombre de Cristóbal Colón y el emblema de las Quince Islas —primera representación heráldica de América—, se cifran en estrechar los vínculos de amistad y colaboración entre Italia y las naciones comprendidas en el área hispanista, proyectando su obra en lo cultural, lo religioso y lo social.

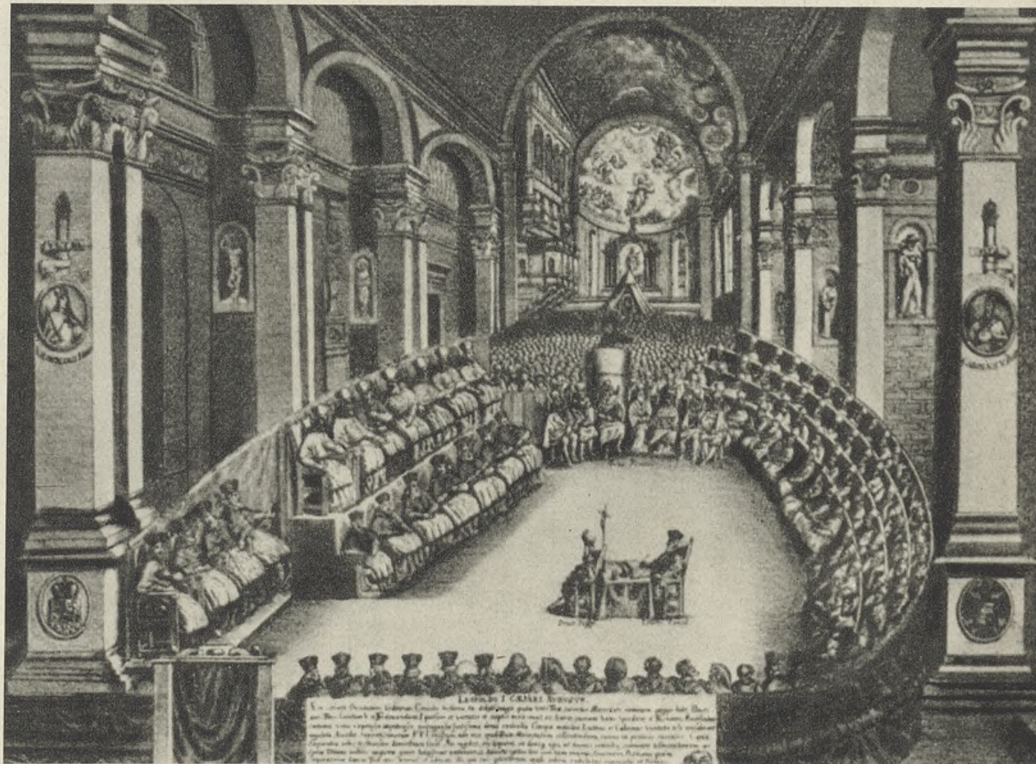
Los trentinos que emigran a ultramar reciben de la Asociación Italohispánica una perfecta preparación docente e idiomática y en todos los países de Hispanoamérica cuentan con el apoyo de los asociados a la institución. Una compacta y entrañable red de amistades une a Trento con italianos, españoles e hispanoamericanos. Y así, el español que visita Italia, como el italiano que visita España o el que llega a cualquiera de las naciones americanas que hablan espa- (Pasa a la pág. 58.)



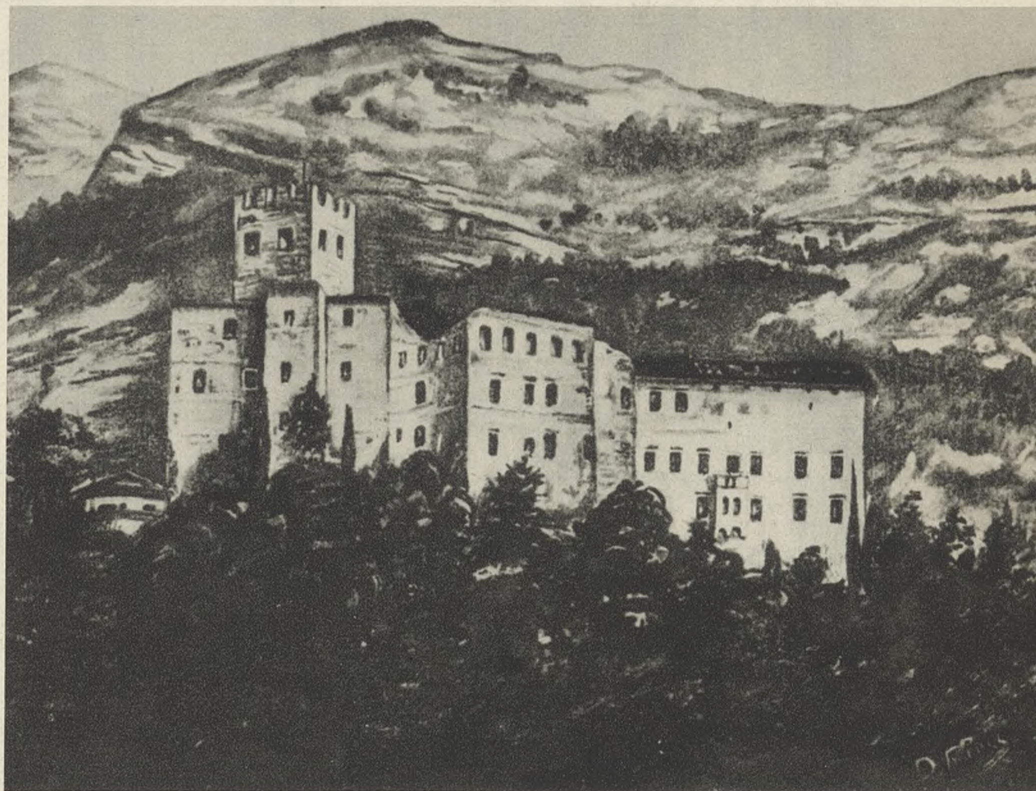
Esta es la firma del emperador Carlos V, joya que figura en el archivo Negri de San Pietro.



Lápida colocada en una de las calles de Trento, que evoca el paso de S. Francisco Javier en 1536.



El grabado reproduce una sesión del famoso Concilio en la magnífica iglesia trentina de Santa María la Mayor, escenario de la histórica y magna Asamblea.



Así quedó reflejado en el lienzo, con colores al óleo, el célebre castillo del cardenal Madruzzo, rodeado de su pintoresca decoración forestal y orográfica.

TIEMPO DE VENDIMIA EN JEREZ



FOTOGRAFIAS: LARA
TEXTOS: DE J. G. N.

«Las niñas y las viñas son difíciles de guardar.» Pero la buena guarda de todo un año tiene su premio en este campo de Jerez. Su nombre, así, a la española, o en la deformación inglesa «sherry», que ya lo encontramos citado por Shakespeare, ha recorrido el mundo entero dando fama a una ciudad. Cuando llega septiembre y el verde del racimo se oscurece, y la uva parece que se rinde vencida por su lograda y propia pesantez, comienzan las operaciones de la vendimia. La Natividad de la Virgen, que se celebra el día 8, suele ser la fecha inicial para las faenas, que en otras regiones de España empiezan el día 21, festividad de San Mateo, aunque el estado de madurez de la obra sea quien mande en definitiva. La belleza y la juventud de las vendimiadoras alegran el campo. Una procesión de canastas se ve de la viña al almijar. El maquinismo ha entrado también a competir con los más primitivos esfuerzos. Y así se ven transportados los redores, especie de alfombras de esparto, donde, antes de las operaciones del lagar, la uva será extendida al sol.





↑ LA OREJA AVISADA DE LA CABALGADURA va acusando la carga. Echará a andar sin un aviso cuando la sabe completa. Una arroba de fruto lleva aproximadamente cada canasta y entran sesenta de éstas en cada carretada, que es más o menos la cantidad de uva necesaria para producir una bota de mosto. Terminada la corta, es una costumbre casi bíblica que los «rebuscadores» recojan el sobrante.

TODO EL DIA HA DURADO LA CORTA. CON ↑ navaja y no con tijera suele hacerse por estas tierras. Brilla pujante el racimo en las canastas que sostienen estas muchachas. El fruto, como velándose, aparece cubierto por ese delicado polvillo—pruina—, tan necesario después para el comienzo de la fermentación, de la que dependerá la clase del vino, así como del tiempo que la uva está expuesta al sol.

SAN GINES DE LA JARA ES EL SANTO PATRONO de los vendimiadores jerezanos. Ferias y fiestas se celebran en su honor para solicitar su protección y amparo. Cabalgatas con carrozas, festividades religiosas, suelta de palomas y un acto simbólico, síntesis de lo que es la fabricación del vino, se celebran en su honor. En las típicas angarillas, sobre los asnos, son llevadas las canastas de racimos al lagar. ↓



DE MANERA PRIMITIVA SE HACE TODAVIA LA PISA EN JEREZ. CUATRO PISADORES por lagar. Calzón corto, camisa de mangas cortas, faja y gorra de visera y zapatos de cuero. El lagar es una especie de tarima cuadrada sobre banquillos, todo de madera, con un husillo en el centro. Desde la medianoche hasta el mediodía siguiente dura la tarea de los pisadores, para que de este modo puedan descansar en las horas en que el calor es más riguroso.



VAN CALZADOS LOS PISADORES CON ZAPATOS DE CUERO DE VACA, CON CLAVOS combinados en las suelas. Apoyándose con la mano derecha en la pala, triturarán la tonga de la uva, llevando un paso rítmico muy característico. El pisador recorre el lagar de un lado a otro hasta haber pisado la primera mitad de la carga, que amontona sobre un lado para que corra el mosto y salga por la piquera. Darán luego cuenta de la segunda mitad.

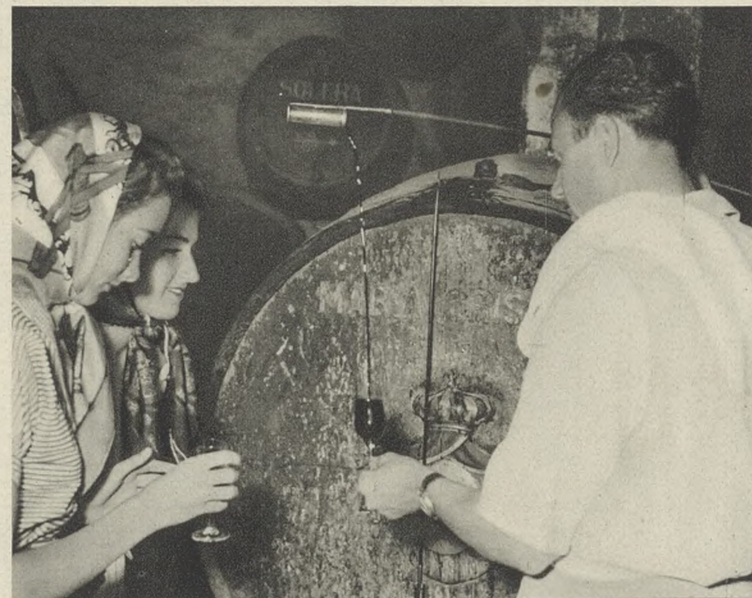


UNA VEZ QUE EL MOSTO HA SALIDO POR LA PIQUERA SE LE hará pasar por un colador o canasto de alambre, donde quedará el hollejo que haya podido arrastrar el líquido. La masa que se ha producido con las uvas machacadas habrá quedado amontonada alrededor del husillo para hacer lo que se llama el «primer pie». El mosto del primer pie recibe en el «argot» vendimiador el nombre de «yema».



↑ EN LA FACHADA DE LA COlegiata, y sobre sus piedras venerables, se coloca en la fiesta de San Ginés el simbólico lagar. Una bandada de palomas saluda al río de mosto que llena la tina.

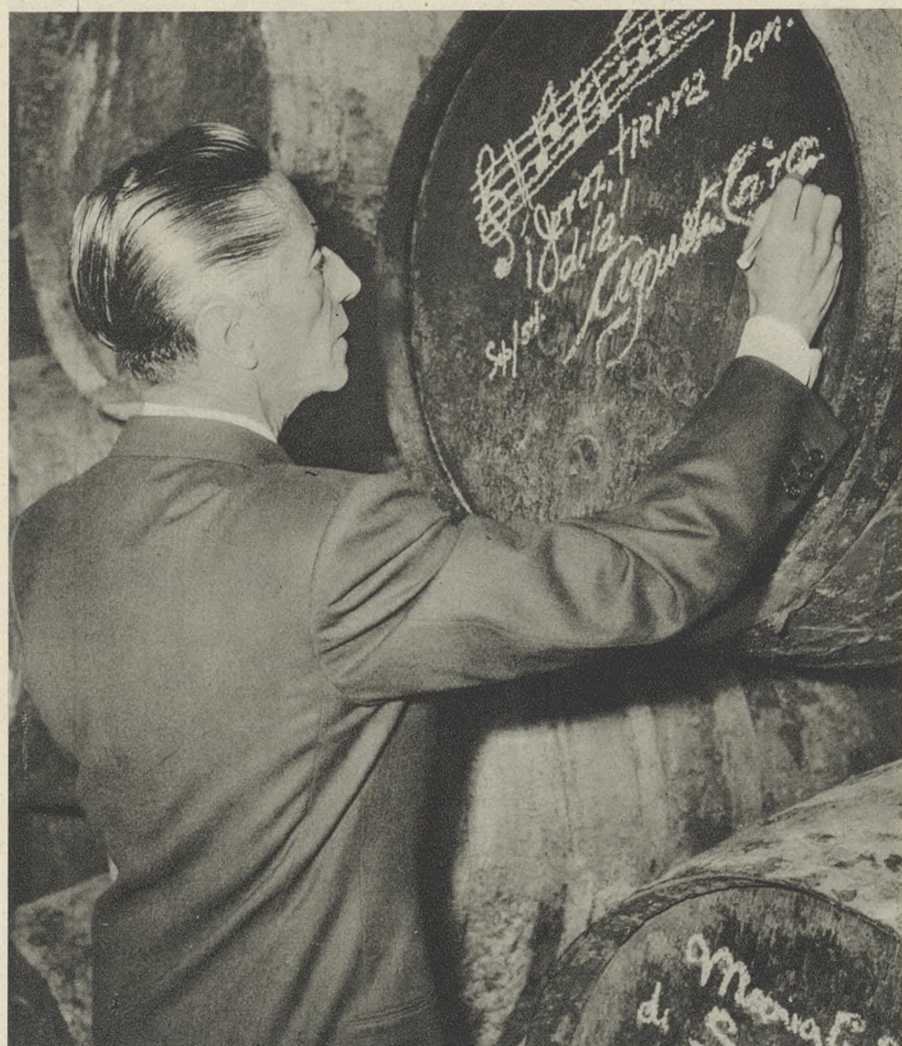
LUEGO EL VINO SE ENCERRARÁ en las botas, y el tiempo hará lo demás. Hasta el momento en que en la bodega, con el cangilón de la «venencia», nos escancien la primerísima copa. ↓



↑ **Y COMO EL VINO ES ALEGRIA, Y EXPRESION,** y fórmula de fiesta y convivencia, en los días de su exaltación Jerez acumula gracias para festejarlo y festejarse. La belleza de estas muchachas, ataviadas con los típicos trajes, sonríe en una de las casetas de la feria, donde podrá probarse el vino mejor.

ES TRADICION DE LAS MEJORES BODEGAS JERE-zanas esta de dedicar una «bota» a determinadas personalidades. El homenajeado en cuestión ha de firmar la suya. Aquí vemos al célebre compositor Agustín Lara dejando su autógrafo—musical y literal—sobre la madera que guarda un buen caldo. ↓

Y LA DISTINCION Y LA BELLEZA SEGUIRAN presidiendo siempre las horas vendimiadoras de este Jerez, generoso y selecto siempre. Lo popular de sus festejos se une a lo aristocrático de sus gentes. El fino tronco de caballos jerezanos arrastrará como en un vuelo la carreta adornada de las muchachas. ↓





La Moda en Madrid

Los modistos españoles Vargas y Ochagavia han vestido a sus maniquíes vivientes con los modelos que han creado para servir a la moda de otoño-invierno. Modelos inventados y exhibidos en Madrid en los primeros días de la estación de las hojas caídas, con atardeceres suspendidos entre los últimos celajes del verano y las primeras nubes frías invernales. Madrid, eje de la moda española, y España, que va en camino de convertirse en eje de la moda mundial—porque la inspiración presente de los creadores de atuendos femeninos se proyecta sin interrupción sobre meridianos hispánicos—, contemplaron estos modelos paseados por las calles y los parques de la ciudad madrileña por un grupo de gentiles muchachas, que supieron vestirlos y valorarlos. Estas recientes creaciones españolas no siguen los mandatos de los talleres parisienses y se separan rotundamente de esa línea, nombrada con una letra del alfabeto, que trata de imponer cierta firma.

Abrigo de rayas amarillas y negras sobre fondo gris. Este se llama «Quinta Avenida».

Vestido con nombre de película, «Lilí», escocés plisado, para mañanas.



Un nombre muy parisién, «Colette», tiene este vestido en pañete negro plisado.







Modelo «Puerto Rico». Vestido para cóctel, en organza brochada y con apliques de terciopelo.







Vestido en «teet» gris sobre fondo de colores. Este traje lleva por nombre «Japón».







Vestido en «tricot» negro, que realza la línea femenina. Y con un nombre español: «Giralda».

UN "PEGASO" TRANSPARENTE EN PARIS

Unos modelos del «Pegaso»—el sensacional coche español de gran sport—conquistaron en los Estados Unidos de Norteamérica, hace un año, los premios de elegancia, en competencia con las principales marcas europeas y americanas. Los impresionantes tiempos de este coche construído en España—con sus 200 kilómetros a la hora—le han hecho ya famoso en toda Europa. Ahora, con motivo del tradicional Salón del Automóvil, de París, la fábrica española ha presentado un «Pegaso» con carrocería de plástico, a fin de mostrar los interiores del coche y la armonía de su funcionamiento. Con el motor en marcha, este «Pegaso» transparente ha llamado—entre todos los coches—la atención de los aficionados que visitaron la citada exposición. (Foto Cifra.)

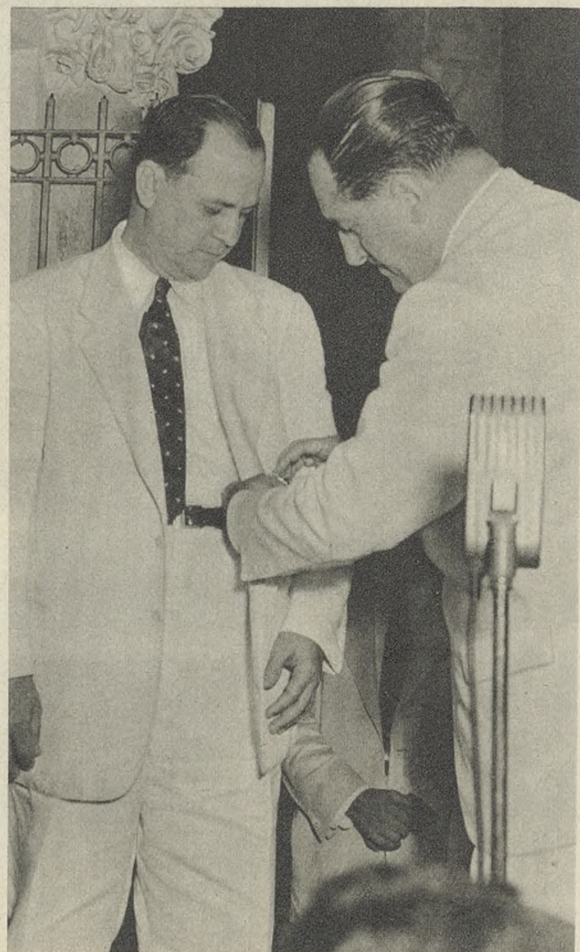


SEÑORA AMA

De nuevo la extraordinaria Dolores del Río incorpora un personaje benaventino para todas las pantallas. Después de «La malquerida», donde alcanzó envidiables alturas interpretativas, será ahora la Dominica de «Señora ama», prototipo del teatro español. El cine hispánico, con Benavente y Dolores del Río, busca otra ocasión de alcanzar ambiciosos horizontes de triunfo universal para su producción cinematográfica. La gran actriz mexicana recibe una vez más los varios haces luminosos de los estudios españoles.

ACTUALIDAD

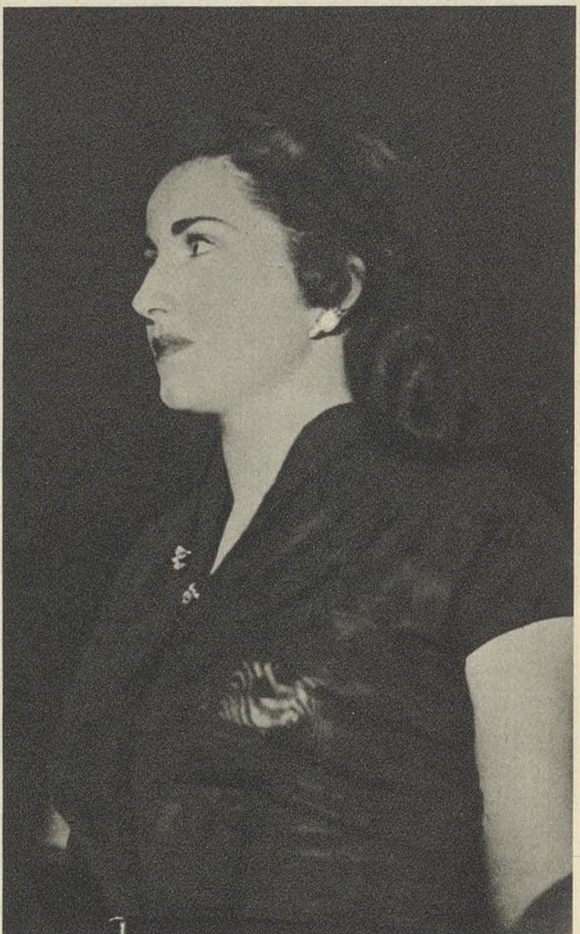
El embajador de España en Cuba, marqués de Vellisca, impone a don José López Villaboy las insignias de la Orden de Isabel la Católica, conferida por el Estado español. El señor L. V. es director del diario «Mañana» y presidente de la Cía. Cubana de Aviación.

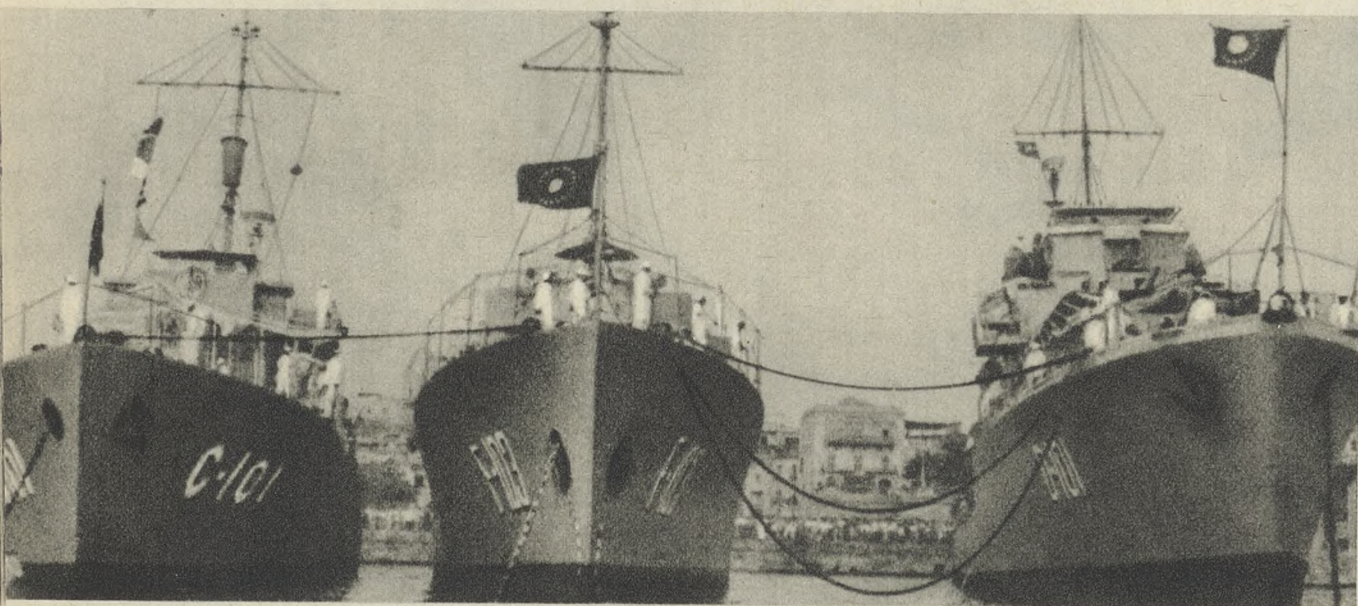




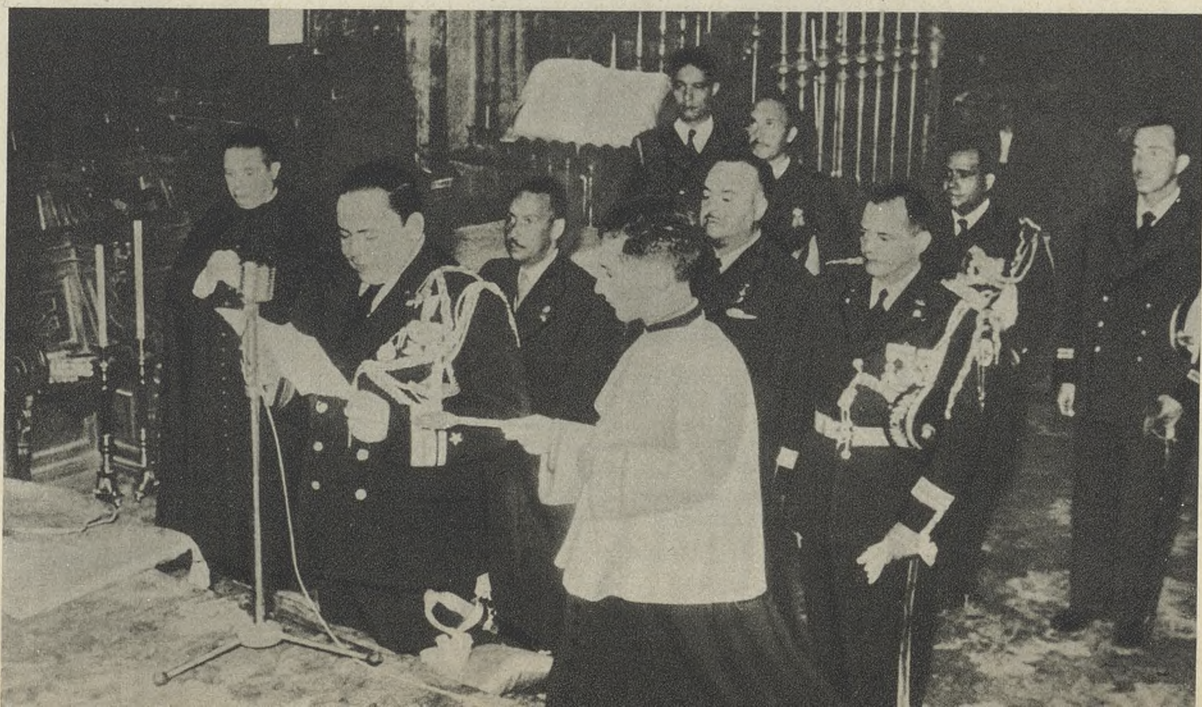
Durante la estancia en Nueva York del director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella, le fué ofrecido un cordial homenaje por los cónsules de los países hispanoamericanos en la citada ciudad norteamericana. A la izquierda del señor Sánchez Bella aparece don Miguel d'Escoto, cónsul general de Nicaragua en Nueva York y organizador de este acto, que puso de manifiesto una vez más la fraternidad hispánica.

La señorita Gloria Herrera, que recientemente fué designada reina de la colectividad española en Buenos Aires (1954), se encuentra en España, donde ha sido homenajeada por diversos centros e instituciones.





Una división de la Escuadra dominicana visitó recientemente diversos puertos españoles. En la foto, la corbeta «Colón», la fragata «Presidente Troncoso» y el destructor «Presidente Trujillo», en el puerto de Cartagena. Abajo: El almirante Lájara hace, en la catedral de Santiago de Compostela, la ofrenda al Santo Apóstol, en nombre de la Marina de su país. A Santiago, en este Año Santo, peregrinó gran parte de la dotación.



«... por la defensa de Occidente los pueblos hispánicos no exigimos ningún premio; pero con la misma dignidad tranquila con que estamos dispuestos a ocupar el puesto que nos corresponde, le reivindicamos desde ahora, y con paridad de títulos, para la salvaguardia de la paz y de la seguridad amenazada.»

LOS PUEBLOS HISPANICOS EN LA DEFENSA DE OCCIDENTE

O RENOVACION BAJO EL SIGNO DE LA TRADICION Y DEL ORDEN O REVOLUCION BAJO EL SIGNO DE LA HOZ Y EL MARTILLO

POR

MARIO AMADEO

HEMOS venido a Zaragoza a celebrar un nuevo aniversario de nuestra hispanidad. Feliz ocurrencia ha sido convocarnos en esta ciudad de nombre imperial, teatro de una de las hazañas guerreras más gloriosas de la estirpe, capital de la Madre de Dios, para que reafirmemos, junto al Pilar de su fortaleza, la convicción de nuestro destino solidario, honrando su imagen en este su año jubilar, pues si hay algo que une a nuestros pueblos, es la unidad del culto a María en la multiplicidad de los santuarios que lo custodian. Por toda la ancha extensión de la tierra hispana, desde Guadalupe hasta Luján, desde estas orillas milenarias del Ebro hasta las jóvenes riberas del «río color de León», resuena desde hace siglos el mismo himno marial, himno que, lejos de segregarnos, nos vincula al resto del orbe cristiano:

Salve, Regina..., spes nostra Salve!

Encontramos así los pueblos hispánicos un primero y primordial motivo de solidaridad. Porque estas efigies veneradas que acabamos de ver desfilar en impresionante teoría por las calles zaragozanas no son fetiches tribales, hoscamente contrapuestos los unos a los otros, sino expresiones varias, en su formal apariencia, de una única fe. Por eso podemos venir todos aquí, desde los más remotos confines de España y de América, a proclamar en idéntico idioma nuestras comunes convicciones, la verdad de nuestro común origen, nuestra común concepción del universo y de la vida.

Unidad de fe, unidad de idioma, unidad de cultura, unidad de origen. Bien está que todo acto hispanista comience por la evocación ritual de estas comunidades esenciales, presupuestos básicos de las demás causas de nuestra asociación. Durante mucho tiempo fueron estas evocaciones, junto con las remembranzas de nuestras pasadas glorias, los únicos tópicos de nuestros encuentros. Al período de recelos ulterior a la guerra de la Independencia sucedió el llamado «hispanismo de juegos florales», formulado en no siempre sobria y exigente retórica. Vino hace poco la hora inevitable de la reacción. Hoy parece a algunos hasta de mal gusto exaltar esos valores y recordar esas glorias, como si fueran ellos mismos y no su manejo abusivo lo que merece proscribirse. Nosotros creemos, sin embargo, que solamente esa común sustancia nos confiere la justificación última de nuestra hermandad. «¿Qué sería yo—pobre inválido—sin *mi principio*?», decía de la legitimidad dinástica el conde de Chambord. ¿Qué seríamos nosotros sin nuestros principios?, podemos repetir, con mucha mayor razón todavía, los pueblos hispánicos del Viejo y del Nuevo Mundo.

No cabe duda: sin nuestros principios seríamos hueros habladores o ásperos resentidos. Hay que admitir, sin embargo, que tampoco podemos limitar nuestros esfuerzos a la monótona ratificación de nuestras afinidades más obvias. Por eso hemos dicho que la comunidad de religión, de lengua y de cultura son los *puntos de partida* de nuestro hispanismo. Pero los puntos de partida no deben ser confundidos con las finalidades y las metas. Si así ocurriera, resultaría que año tras año vendríamos, llenos de celo, a lugares tan venerables como éste a decir más o menos las mismas cosas, procurando tan sólo encubrir la ausencia de novedad de nuestras ideas con formas originales de expresión, recargando de preciosismo nuestros giros verbales para disimular su indigencia.

CRISIS DEL NACIONALISMO LIBERAL

ES llegada, por tanto, la hora de indagar seriamente los fines que nos proponemos los pueblos hispánicos más allá de la efusión cordial que provoca todo encuentro fraterno. Es llegada la hora de hacer el inventario de nuestras posibilidades, de mirar lo que somos y de ponernos de acuerdo sobre lo que queremos ser. Esta indagación no puede, sin embargo, agotarse en el ámbito de nuestra comunidad, sino que debemos extender la mirada para observar lo que ocurre en el resto del mundo. Muy especialmente debemos eludir toda forma de anacronismos, tanto los que nos enquistan en un pasado remoto como aquellos otros—acaso más nocivos—que pretenden «adelantarse a su época». Sería, en ese sentido, tan anacrónico pretender la reconstrucción del imperio virreinal del siglo XVII como implantar fórmulas destinadas a ser actuales en el



MARIO AMADEO nació en la ciudad de Buenos Aires (Argentina) el año de 1911. Hizo estudios de Derecho en su ciudad natal y actualmente es catedrático titular de la Universidad de Buenos Aires. Distinguido polígrafo y diplomático, ha prestado sus servicios en la Dirección de Asuntos Políticos del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Argentina. Ha representado a su país en la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, en Santiago de Chile, Roma y Montevideo. Fundador y director de la revista «Sol y Luna» y ex director de la revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, ha colaborado en los principales diarios y revistas de España e Hispanoamérica. Por encima de sus dotes intelectuales y de sus títulos académicos, sin embargo, Mario Amadeo es un hombre auténtico e intachable. Verdadero ejemplo de «escritor comprometido», él ha puesto al servicio de Hispanoamérica un pensamiento claro, rotundo, y una vida sin desvíos ni claudicaciones. MVNDO HISPANICO se complace en presentar a sus lectores el siguiente testimonio del pensamiento político internacional del ilustre catedrático argentino.

siglo XXI. El primer recaudo de nuestro hispanismo es, por tanto, su adecuación a la exacta medida de nuestro tiempo.

Ahora bien, la lección capital de nuestro tiempo es la definitiva impotencia de las naciones aisladas para realizar el destino de sus pueblos. La nación como fin en sí mismo, la nación como ente absoluto concebido a la manera de un dios temporal, ya no es capaz de concitar la fidelidad hasta la muerte del hombre contemporáneo. Ya no iría el hombre de hoy hasta los frentes de lucha llevando gozosamente como única consigna aquel grito de «*Vive la nation!*» que empujó hacia la victoria a los voluntarios de la Revolución francesa en la noche de Valmy.

A la era de los nacionalismos liberales ha seguido la era de los regionalismos. Ya no somos los únicos que comienzan a pensar en términos ultranacionales. Casi podríamos agregar que no somos nosotros los más adelantados en esta nueva marcha del género humano. Pero hay regionalismos cerrados y excluyentes. El nuestro es abierto y generoso porque no hace cuestión de sangre ni de raza.

Permítasenos, a propósito, una manifestación personal. Recordaba hace pocas semanas en Bilbao, ante el señor ministro de Asuntos Exteriores, que el que ahora expone apenas si tiene sangre española en sus venas. Y sus remotos antepasados se radicaron en América provenientes de otras regiones del Viejo Mundo. Y, sin embargo, siente la hispanidad tanto o más que aquel cuyos cuatro abuelos hubieran nacido dentro de los confines peninsulares. Es así testigo en su mismo ser, y no sólo en sus ideas y opiniones, de la energía integradora y de la perenne universalidad de España. De esa universalidad que es justamente lo que nos hace más actuales, lo que nos asegura las mayores garantías de victoria.

¿Significa esta tendencia que las patrias, con todo lo que representan de tradición y de símbolo, deben abdicar sus derechos en favor de quién sabe qué inoperantes siglas internacionales? Decididamente, no; la patria, en su sentido clásico de *terra patrum*—tierra de los padres—, será siempre la más alta apetencia terrenal del hombre y nunca envejecerá el «*dulce et decorum pro patria*» del poeta de las odas.

Pero estas naciones, cuyo ser propio es intangible, ya no pueden encerrarse egoístamente en sí mismas, como lo quiso el nacionalismo liberal. Deben buscar la sociedad de sus afines para realizar juntas el destino que ninguna puede cumplir por sí sola. Este es—nos parece—el modo más actual de concebir nuestro hispanismo. Así garantizaremos la protección, dentro de nuestros confines territoriales, de un estilo vital que nos es propio. Así procuraremos la irradiación pacífica—ajena a toda voluntad de conquista—de nuestros valores sobre un mundo que terriblemente los necesita.

LOS VALORES HISPANICOS

Cuáles son—ha llegado el momento de preguntarse—estos valores? No pretendemos, por cierto, agotar aquí su examen. Digamos, a modo de enunciación, que tenemos los hispánicos una concepción integral del hombre que se traduce en el trato con sus semejantes y con la comunidad organizada en Estado. De esta concepción surge un resguardo celoso de los primordiales derechos personales, un concepto firme sobre la inviolabilidad de la propiedad privada, una acabada noción de la familia como núcleo estable de la sociedad, una arraigada idea del principio de autoridad, un concepto del derecho que hace del orden jurídico—de un orden sometido a reglas—la *última ratio* a que deben ajustarse gobernantes y gobernados.

Más a esas nociones nuestras sobre la convivencia humana debemos añadir algo que configura la preocupación más acuciante de nuestro tiempo: la idea de una distribución equitativa de la riqueza. El resentimiento ideológico ha manejado tan abusivamente este tema, que ha acabado por volverse sospechoso a nuestros oídos. Pero ignorarlo sería tal vez más peligroso que exagerarlo. Frente a la gran transformación social de nuestro tiempo, no cabe resistirnos en una actitud de indeclinable negación a lo Metternich. Por otra parte, si la comunidad hispánica no hace suya la aspiración de los pueblos a una mayor justicia social, correremos el riesgo (no tan remoto) de ser superados por la izquierda revolucionaria y marxista. Es conveniente a este respecto no cerrarse a la realidad, por dura que pueda parecernos. Alarma y acongoja comprobar cómo extensos sectores de opinión en muchos países hispanoamericanos—no sólo en los ambientes proletarios, sino también en las clases llamadas dirigentes—van siendo ganados por el comunismo internacional o por el filocomunismo vernáculo. Cierto es que la izquierda marxista en la América hispana tiene hoy mayor importancia por la intensidad del fervor que suscita en sus partidarios que por el valor numérico de los elementos que congrega. Pero no nos tranquilice esto demasiado: suelen ser las minorías las que conducen a las masas y nos las masas las que absorben a las minorías.

No pretendemos descalificar el uso de la fuerza como factor político ni somos tolstoyanos que nos horroricemos de las medidas de represión cuando son justas. Tampoco queremos restar importancia a los esfuerzos individuales de muchos Gobiernos de Hispanoamérica por afrontar los problemas sociales de sus respectivos países. Pero sería ingenuo creer que se eliminará el comunismo por el solo hecho de que se proscriba como organización visible. Y sería, además, insuficiente que un solo Estado de nuestra comunidad enarbolara por sí mismo la bandera de la lucha. A una mística sólo puede oponerse válidamente otra mística más alta; a un ideal, otro ideal más puro. Y a un movimiento internacional que fiscaliza la tercera parte del planeta y tiene ramificaciones en los dos tercios restantes, no sirve enfrentarlo con actitudes aisladas o consignas políticas inválidas más allá de las fronteras del Estado que las proclama. En la defensa contra la amenaza roja todos debemos unirnos. Pero esta unión, como bien lo puntualizara hace pocos días el señor ministro secretario general del Movimiento, no debe formularse negativamente con el aburrido rótulo del «anticomunismo». Debe ser una llamada a somatén alrededor de nuestros grandes lemas. Sólo con un espíritu de cruzada como el que animó a los españoles en la mañana imborrable del 18 de julio y que el Generalísimo Franco condujo con mano segura y corazón templado, esa amenaza desaparecerá de América como desapareció de España tres años después de aquella primera gloriosa jornada.

Por otra parte, no existe ningún motivo para que nuestra causa sea identificada con forma alguna de opresión económica. ¿Qué tenemos nosotros que ver con sistemas y fuerzas como el capitalismo liberal, aparecido y desarrollado en países que no son los nuestros, alrededor de innovaciones religiosas que nunca pudieron arraigar en nuestros suelos? Al investigar nuestro propio pasado encontraremos las más enérgicas repulsas a un régimen social que se enseñoreó del mundo aprovechando justamente el ocaso transitorio del sol hispánico. Seamos, por tanto, nosotros mismos los abanderados de un afán de justicia que ya nadie podrá acallar. Porque si sustraemos ese afán a la servidumbre del resentimiento, si lo ponemos al servicio del orden, nada deberemos temer de las internacionales negadoras de nuestra tradición. Siempre es legítimo ser conservador cuando hay cosas que merecen ser conservadas. Pero hoy no se puede ser conservador si no se es con estilo revolucionario.

EL MUNDO HISPANICO Y LA CAUSA DE OCCIDENTE

Hemos procurado aclarar nuestra posición en lo que respecta al sentido inequívocamente antimarxista de nuestro hispanismo y destruir la absurda leyenda según la cual hablar de hispanismo en estos momentos cruciales es «dividir a Occidente» y «hacer el juego a Moscú». Lejos de nuestro ánimo debilitar las posiciones occidentales. Antes bien, queremos verlas reforzadas y sabemos aceptar sin ninguna fanática miopía el lugar que entre ellas corresponde al gran país a cuyo cargo se encuentra la más pesada responsabilidad material de la lucha. Pero no creemos que perjudique a la causa de Occidente—creemos, por el contrario, que es esencial a su triunfo—el hecho de que sea expresada por más de una voz y no con un solo estilo ideológico que ya resulta caduco para nosotros. Queremos hablar políticamente en nuestro propio lenguaje, que no es el de las «declaraciones de derechos» ni el rancio dialecto del liberalismo racionalista.

Y queremos también ser escuchados. Leemos que se multiplican en Europa las reuniones y viajan afanosamente los estadistas. La prensa nos trae cotidianamente los partes, a veces optimistas, a veces condolidos, de estos esfuerzos. Pero tenemos derecho a preguntar al resto de los países occidentales si creen seriamente que va a ser lograda una solución de fondo cuando se consulta solemnemente la opinión de tal o cual minúsculo principado y se finge ignorar el sentir de un conglomerado de dieciocho países con ciento cincuenta millones de habitantes. Omisión tanto más grave cuanto que esos países y esos habitantes poseen buena parte del patrimonio cultural para cuya preservación y defensa están oficialmente encaminados aquellos esfuerzos. Por la defensa de Occidente los pueblos hispánicos no exigimos ningún premio. Pero con la misma dignidad tranquila con que estamos dispuestos a ocupar el puesto que nos corresponde lo reivindicamos desde ahora y con paridad de títulos para la salvaguardia de la paz y la seguridad amenazada.

Al formular este planteo no nos parece redundante recordar que no traemos otro mandato que el que nos confiere nuestra condición de ciudadanos de un país hispanoamericano y que nuestra palabra no compromete, por tanto, ninguna responsabilidad oficial. El 29 de enero de 1951, reunidos en la sala capitular del Cabildo de Salta —la más española de las ciudades argentinas— un grupo de bolivianos, chilenos, paraguayos, peruanos, uruguayos e hijos del país, redactó una declaración que fija en veinticinco puntos nuestro ideario hispanista. Si alguna representación implícita reclamamos en este acto, es la de ese grupo de hombres que a su vez tradujeron el pensamiento apasionado de muchos millones de sus hermanos que viven en nuestras tierras.

ESTRUCTURA DE LA COMUNIDAD HISPANICA

No basta, con todo, que los pueblos de origen hispánico aúnen sus esfuerzos en una actuación ocasional, por decisiva que sea la coyuntura que la provoca. Para que su acción sea eficaz y su gravitación sentida, es necesario que se «institucionalice», vale decir

que se encuadre dentro de formas jurídicas estables. Así, pues, la empresa más urgente que aguarda a nuestra comunidad es la de coordinar de modo regular y permanente su actuación exterior. El hecho de que cada uno de nuestros Estados conserve, sin declinarlas, sus prerrogativas soberanas, no quiere decir que *libremente* no pueda coincidir de manera regular con los demás países de la estirpe. El ideal sería, por tanto, que ante las numerosas alternativas que la situación del mundo plantea, no hubiera una «política española», una «política colombiana», una «política argentina», y así sucesivamente, sino una *política hispánica*, política que no se establecería—huelga decirlo—mediante imposiciones hegemónicas. Todos los pueblos de nuestra comunidad saben que cualquier forma de colonialismo interior es hoy, más que indeseable, impensable. Es que cualquier sueño de dominación de un pueblo hispánico sobre otro no sólo está excluído por la recta intención de todos ellos, sino por circunstancias de hecho que lo vuelven impracticable. Cuando se denuncia, por tanto, al hispanismo como un movimiento destinado a restablecer las «cadenas coloniales», no se obra de buena fe. Podemos tener la certeza de que tales advertencias agoreras no quieren en realidad impedir la dominación tiránica de un país sobre otro, sino jaquear la gravitación efectiva del grupo hispánico sobre los destinos del mundo. Para ellas, éramos ayer los «nazis». Hoy somos, tal vez, los arcaicos reconstructores de los virreinatos. Mañana, sin duda, seremos comunistas. Por eso debemos ignorarlas.

La coordinación de nuestras voluntades soberanas supone necesariamente una organización material y técnica. Pero guardémonos de pensar que cuanto más farragoza y reglamentada sea esa organización, más eficazmente servirá a sus fines. Antes bien, la experiencia cotidiana nos demuestra lo contrario. Observamos continuamente la estéril labor de algunos mecanismos internacionales (no hay por qué nombrarlos) con sus sedes fastuosas, sus ejércitos de traductores, sus extensos estatutos, que todo lo prevén, todo, salvo su radical inoperancia. Nosotros preferimos formas más ágiles de acción, pero que conducen a finalidades más concretas. En ese sentido el procedimiento de consulta, tal como fuera perfeccionado por la VIII Conferencia de Lima—un procedimiento de consulta en que haya de verdad consultas—, mediante la periódica reunión de cancilleres, ofrece riquísimas posibilidades, sin necesidad de gastos ingentes y complicados aparatos de relojería diplomática.

Pero no limitemos la competencia de nuestra asociación al acuerdo en los grandes temas de la política mundial. España es también una nación europea y tiene, como tal, intereses y deberes que la ligan a este continente. Los países situados en la otra orilla del océano afrontan, por su parte, problemas propios en el hemisferio occidental y, en primer término, el logro de un modo armónico de convivencia con la América anglosajona; pero España quedaría incompleta sin un entendimiento íntimo con Hispanoamérica e Hispanoamérica no sería ella misma si intentara consolidar su unión prescindiendo de España. Estamos por eso profundamente persuadidos de que la posición de España en Europa (y no concebimos una Europa integrada sin la presencia actuante de España) se vería considerablemente reforzada en caso de que se proyectara como el bastión europeo de una gran comunidad transnacional. Y estamos no menos convencidos de que la armonía y la cordialidad que deben reinar entre los dos grandes grupos étnicos del continente americano sólo se lograrán acabadamente mediante diálogo bilateral y paritario de ambos y no en la pulverización de dieciocho individualidades a menudo discordantes. Ello nos autoriza a pensar que, previo aún el necesario entendimiento con el otro gran polo del mundo occidental, es el acuerdo completo entre nosotros mismos. Sería—nos parece—equivocado creer que este modo de plantear las cosas pudiera dar lugar a suspicacias y recelos. Pensemos—permítasenos decirlo con franqueza—que lo que a veces perjudica son las vacilaciones de nuestra política, no su concertada coherencia. Un grupo hispánico unido en una política exterior estable podría dialogar mucho más efectiva y cordialmente con los Estados Unidos que un mundo hispánico desunido con una política exterior vacilante.

PROGRAMA DE ACCION COMUN

Muchas serían aún las tareas a esbozar para una futura comunidad hispánica de naciones. Así, el otorgamiento de ciertos derechos de nacionalidad a los ciudadanos hispanoamericanos, para que ninguno sea jurídicamente extranjero en los países afines; el establecimiento de una cooperación material cada vez más estrecha, orientada a la integración de nuestras economías; la erección de tribunales arbitrales para que la *pax hispánica* que decía José Antonio sea el resultado de nuestro propio esfuerzo; el enérgico incremento de nuestro intercambio cultural, la reconstitución de saludables corrientes migratorias y tantos otros problemas cuya urgencia no permite su postergación indefinida, incitan a una acción próxima para que, de modo gradual y paulatino, sean encarados y resueltos.

La labor que antecede es, fundamentalmente, de competencia estatal. Pero si queremos de verdad presenciar el triunfo completo de nuestros ideales, no debemos dejarnos llevar por esta inclinación, tan latina, de confiarlo todo a la acción providente del Estado. Quienes carecemos de investiduras públicas sobrellevamos una responsabilidad personal casi tan rigurosa como la que pesa sobre nuestros mandatarios. Los actos políticos perdurables son siempre la resultante de un clima de opinión, de un estado de ánimo colectivo. Ahora bien, ese estado de ánimo debe interpretarlo, debe inclusive alentarlo, el Estado, pero no puede fabricarlo por sí solo. Si así ocurriese, la obra a emprenderse sería artificial y provisoria. Por tanto, la instalación de centros culturales e institutos de intercambio comercial, la difusión periodística y bibliográfica de nuestro pensamiento, el trabajo sistemático de persuasión individual, la lucha incansable contra los prejuicios que nos desfiguran, todas estas múltiples formas de actividad son materia del esfuerzo privado. Los grupos naturalmente rectores de la sociedad tienen, a ese respecto, una misión que, a Dios gracias, parecen haber comenzado a entender.

Al formular esta llamada, no está, por cierto, en nuestro ánimo subestimar todo cuanto hoy ya se hace por la consolidación de la confraternidad hispanoamericana. Queremos dejar expresa constancia de nuestra admiración por obras tales como el Instituto de Cultura Hispánica, que, a través de la actividad infatigable de sus dirigentes, es un eficaz artífice del actual despertar de la conciencia hispanista. Queremos también dejar constancia de nuestra gratitud por la hidalga hospitalidad que ofrece España, mediante sus Colegios Mayores, cursos de verano y otras actividades, a los intelectuales y a la juventud de Hispanoamérica. Queremos, finalmente, exaltar la labor—menos visible, pero igualmente meritoria—de los grupos y los hombres que trabajan denodadamente por nuestro ideal en medios poco propicios, en aquellas regiones lejanas de nuestras tierras donde las fuerzas ideológicas adversas intentan plantar sus reales. Cuando llegue el día de recoger la cosecha y se haya impuesto nuestra verdad, la verdad de Occidente, la verdad del mundo, no serán ellos los menos acreedores a nuestro emocionado y obligado reconocimiento.

VIGENCIA HISTORICA DE NUESTROS TEMAS

Henos aquí, pues, en el alba de una nueva y gran empresa. Bien prevemos las objeciones, las reservas, los escepticismos, que ella habrá de provocar, aun en quienes resulten, a la postre, sus mayores beneficiarios. Pero, ¡qué hemos de hacerle!, es fatal que así ocurra. Ningún gran proyecto histórico se consuma sin esfuerzo; ningún progreso se implanta sin vulnerar el egoísmo de los intereses creados. De nuestro común anhelo se dirá que es utópico, que es atentatorio del fuero soberano de los Estados, que son demasiado poderosas las fuerzas intrínsecas y extrínsecas que contra él se oponen.

No importa. Todas estas dificultades son superables a condición de que la idea que defendemos tenga vigencia histórica. Porque si hay algo precisamente contra lo cual es casi imposible luchar, es contra los imperativos de la Historia. Y la Historia está de nuestro lado. Podrá variar el signo con que esta idea se realice, pero es muy difícil que deje de realizarse. Por eso el dilema que hoy se presenta a los pueblos del mundo hispánico no se plantea entre la continuidad o la transformación de nuestra estructura internacional. Se trata, más bien, de saber quiénes serán los operarios de una transformación que resulta ineluctable. Se plantea entre la renovación bajo el signo de la tradición y del orden o la revolución bajo el signo de la hoz y el martillo; falta determinar si hemos de congregarnos bajo el nombre de «Comunidad Hispánica de Naciones» o bajo el rótulo de «Repúblicas Socialistas Soviéticas de Indoamérica». De uno u otro modo, la unidad de nuestros pueblos habrá de consumarse. De nosotros depende que lleve nuestra impronta.

FINAL

Que se perdone la extensión y el tono, acaso demasiado vehemente, de estas reflexiones. No se quiera ver en ellas la fácil desenvoltura de quien no se siente ligado por ninguna responsabilidad; demasiado sabemos la diferencia que existe entre el obrar desde el Poder y el perorar desde el llano. El Generalísimo Franco ha mostrado en los hechos —como soldado y como gobernante—la prudencia y la valentía para devolver a España a sí misma, como la está llevando al lugar que le corresponde en el concierto de la naciones. Entre los pueblos del mundo hispánico, posee el español una primacía de honor que no puede serle arrebatada. Por eso estamos reunidos aquí y no en otra parte. Sabemos que es éste nuestro hogar común, la gran casa de familia donde se juntan de tanto en tanto los hermanos y traen a ella sus alegrías y sus desengaños, sus preocupaciones y sus esperanzas; la gran casa solariega donde nunca se es indiscreto, porque siempre se es comprendido.

Tal es el sentido que hemos querido dar a estas palabras hoy, 12 de octubre, aniversario del descubrimiento, junto al Pilar de Zaragoza, en el corazón de la bendita tierra española.

DIALOGOS

SOBRE LA

COMUNIDAD CULTURAL HISPANICA

DULCE MARIA LOYNAZ, MENENDEZ PIDAL, PIO BAROJA, EUGENIO D'ORS, GREGORIO MARAÑON, NATALIO RIVAS, LEOPOLDO PANERO, AQUILINO MORCILLO Y JOSE DE LA PEÑA, HABLAN SOBRE EL MUNDO HISPANICO

EL diario «Mañana», que se publica en La Habana, ha venido realizando una verdadera campaña para promover e intensificar las relaciones entre Cuba y España, dentro del marco de fortalecimiento del bloque cultural hispanoamericano, hasta ahora escindido y dividido en un grado que recuerda a los reinos de taifas de la España musulmana. Esta campaña arranca esencialmente de la fibra hispánica de su director, José López Vilaboy, uno de los hombres que más ha hecho para la aproximación real de ambos pueblos, no sólo en su periódico, sino también a través de la Compañía Cubana de Aviación y en tareas como la presentación en La Habana de los Coros y Danzas de España, de cuya triunfal actuación por toda la isla quedará luenga memoria en la Perla del Caribe. Para mantener y mostrar esta actitud, el diario «Mañana» ha enviado a España al doctor Antonio Martínez Bello, periodista y escritor de fina e inquieta sensibilidad, que ha sabido preguntar a gentes representativas de la vida española y recoger con agudeza, e incluso a veces con recta intención polémica, el pensamiento de sus entrevistados. Aunque nos vemos obligados a seleccionar sólo los fragmentos que estimamos más representativos de sus conversaciones en España. Al hacerlo así rendimos nuestro tributo de adhesión a quienes han concebido y ejecutado este plan de efectiva cooperación cultural.

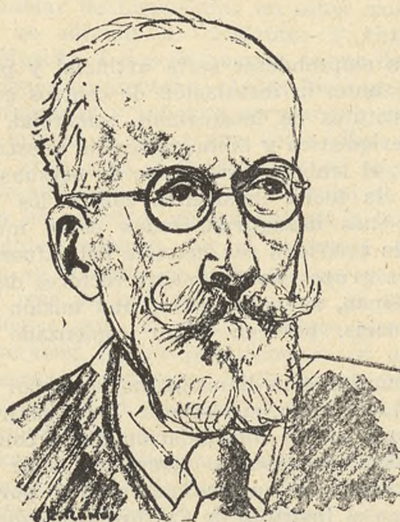
En la recepción ofrecida en un hotel de Madrid por los esposos Alvarez Cañas, el señor Martínez Bello recibió las declaraciones siguientes de la ilustre poetisa cubana Dulce María Loynaz.

EL QUEHACER DE LA INTELIGENCIA Y DEL ESPIRITU

—Bien es que Cuba mire con amor la raíz de cultura que la une a la hermosa y feraz tierra española. Y bien que España no caiga en el error europeo de este siglo de ignorar, un poco deliberadamente, los valores espirituales de nuestra América. Porque España es justamente la vecina del Viejo Continente que cuenta con un gran balcón abierto a horizontes limpios; ella lo abrió



y por él pueden llegarle, si se asoma, nuevas brisas a orear su sangre, a refrescarla con oxígeno vivo. Y, por otra parte, el maestro no deja nunca de ser maestro; pero aunque nada tuviéramos que aprender de la nación que nos lo enseñó todo, a ella le quedaría siempre una lección útil que ofrecernos: la del respeto y la fervorosa vigencia de que allí goza, sean cuales fuesen las circunstancias, el quehacer del hombre en función de inteligencia y espíritu.



El gran historiador don Ramón Menéndez Pidal, director de la Real Academia Española de la Lengua, formuló al doctor Martínez Bello interesantes declaraciones, a las que pertenecen los siguientes fragmentos:

ES PRECISO ORGANIZAR MEJOR EL COMERCIO DE LIBROS

—El comercio de libros está mal organizado en la actualidad, ofreciendo un conjunto lamentable y deficiente. A esa falta de eficacia en el intercambio bibliográfico coadyuva la dificultad en el cambio de moneda, que para el español es un tanto desfavorable en relación con los países que tienen moneda equiparada al dólar o que se encuentran en el «área del dólar». Por último, es preciso confesar que no existe interés en la mayoría de las gentes, sino en algunos círculos culturales más o menos selectos y especializados...

—¿Y cómo juzga usted que podría remediarse o rectificarse esa situación negativa?

INTERCAMBIO DE INTELECTUALES, ESTUDIANES, ARTISTAS...

—Estimo que esas deficiencias podrían subsanarse, siquiera sea en parte considerable, mediante la organización eficaz de un intercambio intenso de escritores, filósofos, literatos, poetas, músicos, artistas en general, así como de conferenciantes, becarios, estudiantes, técnicos, personas de cultura y responsabilidad. De este modo se ampliarían los círculos de trato y comunicación entre ambos pueblos...

—Precisamente—apuntamos—, nuestro periódico, *Mañana*, ha auspiciado una campaña orientada a esos mismos fines que usted acaba de sugerir, en feliz coincidencia.

—Digna de elogio es, por ello, esa campaña de su periódico cubano—dice don Ramón Menéndez Pidal—. *Y sería de gran importancia que culminase en un éxito cabal, ya que en la actualidad no abundan tanto en España las personas que se ocupen de investigar y estudiar detenidamente la cultura de Hispanoamérica, como hicieron antaño Valera y Unamuno... Empero, es preciso señalar que el Instituto de Cultura Hispánica está realizando una labor plausible, infatigable e inteligente, aunque todavía no sé hasta qué punto ha rendido frutos proporcionales al esfuerzo rendido. La Bienal que se organiza actualmente en La Habana es, del otro lado del Atlántico, otra obra paralela y coincidente en fomentar los nexos espirituales entre los países de habla hispánica, levantando el interés por España en Cuba, incrementando el interés de los cubanos por los valores españoles, a la par que se incita a los españoles por estudiar*

y valorar las figuras señeras de la cultura cubana y sus obras representativas. Con esos medios de divulgación, de organización cultural y la correspondiente propaganda a través de las diversas formas de publicidad y difusión ilustrativa, el público se penetra mucho más fácilmente con las ideas y emociones; se llega más honda y rápidamente al corazón del pueblo que mediante una exposición de libros, labor esta última de eficacia menor y más lenta.

DEBEMOS CONOCERLOS MEJOR

—*En suma*—añade el gran polígrafo—, *tiene que aumentar el intercambio entre España e Hispanoamérica en general, y entre España y Cuba en particular. Debemos conocernos más y mejor. En América se conoce más la vida intelectual francesa. Pero la humanidad actual propende a una mayor intimidad. El mundo se orienta a formar grandes núcleos culturales. La especie humana, a pesar de todas las dolorosas contingencias, marcha hacia la integración de una gran ciudad, prescindiendo de particularismos. Y los pueblos hispánicos y de raíz hispánica poseen, para unirse, el vehículo cohesionador y excelente de la lengua. La universalización de la cultura traerá consigo la mayor intimidad de las familias vinculadas por los grandes idiomas. Por cierto que, según Reclús, el español sería, con el ruso, el idioma de mayor prosperidad en la humanidad futura, y en verdad creo en la virtud cohesionadora del lenguaje castellano. Hoy existe una gran simpatía por España en Hispanoamérica, y en España por los hispanoamericanos en general y por los cubanos en particular. No son extranjeros entre sí. Ni los cubanos son extranjeros en España, ni los españoles en Cuba o Hispanoamérica...*



El gran novelista don Pío Baroja dió a conocer, con su agudeza habitual, algunas opiniones acerca de la necesidad de establecer vinculaciones más intensas entre los pueblos hispánicos.

ESPAÑA DEBE INTUIR EN HISPANOAMERICA E HISPANOAMERICA EN ESPAÑA

—*Estimo muy útil ese propósito. Inclusive lo juzgo necesario, noble, altamente inspirado. Sería del mayor interés que la nación española tuviera más resonancia en los ideales hispanoamericanos y que éstos a su vez influyeran más en los destinos de España. Así, tal vez disminuiría la influencia preponderante de otras naciones ajenas a nuestra idiosincrasia. Por ejemplo, si bien es cierto que los Estados Unidos poseen una influencia notoria en Hispanoamérica en general y en Cuba en particular, también Norteamérica ejerce una indudable preponderancia en muchos asuntos relativos a Europa. Voy a citarle un caso: cierto editor de París se negó a publicar un libro mío por la razón de que no sabía si habría de gustar o no al público norteamericano; y me expresó que si mi novela era publicada en los Estados Unidos, él también*—el de París—*me la editaría. ¿Ve usted la influencia, interferencia más bien? Y así por el estilo sucede en otras cosas.*

»Por ejemplo, la más relevante figura universal de Cuba es José Martí. Y, sin embargo, en España apenas si se le conoce, como no sea por figuras y círculos especializados o ilustrados. Hay aquí gentes que inclusive desconocen a su patria, España. ¿Cómo habrán de saber gran cosa del apóstol cubano? Lo propio sucede en cuanto a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ya poco se la recuerda en España. Hay otras ocupaciones y urgencias. Inclusive existe como una apatía general por interesarse en el estudio de cosas ajenas al inmediato interés personal. Así, pues, al menos inmediatamente, creo difícil llegar a la plena y cabal solidaridad de ambas naciones en todos los órdenes materiales y espirituales.



El insigne filósofo y crítico don Eugenio d'Ors («Xenius») tuvo la bondad de recibir al doctor Martínez Bello y de hacer declaraciones para el periódico «Mañana». Entre otras opiniones, dijo lo que sigue:

BUSQUEMOS UNA MAYOR SOLIDARIDAD ESPIRITUAL ENTRE CUBA Y LA MADRE PATRIA

—Don Eugenio, mi periódico, *Mañana*, está realizando en Cuba una activa campaña destinada a fomentar los lazos entre Cuba y España. ¿Qué opina usted?

—*Creo*—dice el filósofo—*que la campaña de su periódico es acertada. La verdad es que el hispanoamericanismo es un éxito. Inclusive me parece que el afecto de los países hispanoamericanos en general y de Cuba en particular por España es realmente sorprendente... Recuerdo a tal respecto a un empresario teatral que conocí, el cual calificaba pomposa y hasta exageradamente los éxitos obtenidos por las obras que llevaba a escena. Los calificaba de «éxitos fantásticos», «extraordinarios», «inmensos», etc. Pero una vez obtuvo una de las obras representadas un triunfo tan resonante, que dicho empresario sólo pudo resumir su pensamiento y emoción diciendo: «Un éxito que ha sorprendido a la misma empresa.» Pues bien: la cordialidad y el cariño de los países hispanoamericanos por España son tan extraordinarios, que ha sorprendido a la misma empresa, a España. Tal vez muchos en España piensen que tal afecto hispanoamericano es sorprendente por la razón de que España no merece un recuerdo tan cariñoso, dados los errores y contumacias de su antigua política colonial, injusta a ratos, rencorosa en ocasiones, obcecada en las más. Inclusive, todavía en nuestros días, no han sido eliminados ciertos exclusivismos irritantes. Por ejemplo, en la Real Academia de la Lengua, en España, no se admiten académicos de número hispanoamericanos, sino en todo caso correspondientes, los cuales son a veces seleccionados entre escritores cursis.*

—¿Será que la Academia puede admitir académicos de número que no pronuncien con toda propiedad la «c» o la «z»?—interrogamos sinuosamente.

—*En ese caso*—responde con viveza el filósofo—*tenemos que declarar la «guerra de la "c"». No hay razón para que se excluya a los que no pronunciamos sistemáticamente la «c», pues somos mayoría tanto en España (gallegos, andaluces, vascos, etc.) como en Filipinas e Hispanoamérica los que no la pronunciamos. Ganaríamos, pues, la guerra, la «guerra de la "c"»...*

Un militar literato, presente en la tertulia, se entusiasmó con un tema tan afín a su oficio. Nosotros, gente de paz, preferimos interrogar al maestro sobre la posibilidad de aumentar las relaciones culturales y económicas entre España e Hispanoamérica, y sobre todo en España y Cuba; y nos dice sonriendo:

—*Sí; soy partidario de que esas relaciones culturales y económicas aumenten; pero, por favor, que no se utilice la palabra «intercambio», que no me gusta y, además, me parece inadecuada. Usese más bien la de «unión», «solidaridad», «entendimiento», necesidad de estar y actuar juntos... La verdad es que existe un vínculo de sangre en nuestros pueblos. España pudo actuar erróneamente en el pasado, en su política colonial y en su trato a las colonias, pero todo eso se olvida y sólo queda inalterable y permanente el vínculo de sangre, de historia, de espíritu...*



El ilustre doctor don Gregorio Marañón hizo manifestaciones de gran interés, entre las que escogemos algunos párrafos.

ESPAÑA NECESITA EL CONTACTO DIRECTO CON HISPANOAMERICA

—*Creo que la campaña del periódico donde usted labora, «Mañana», en pro de la mayor comprensión entre Cuba y España, es tan urgente e imprescindible desde el punto de vista español como desde el punto de vista cubano. Porque también España necesita el contacto directo con Hispanoamérica. Si se quiere fomentar este contacto afectuoso entre madre e hija, resulta útil para ambas la utilización de esa metáfora biológica, la cual, sin embargo, no es correcta y es inclusive hasta peligrosa, dado que el verdadero nexo entre cubanos y españoles actualmente es y debe ser de amistad, de solidaridad, de vínculos raciales.*

PROGRAMA DE ARTE Y CULTURA

—*Y en cuanto a ese programa de arte y cultura que su periódico auspicia, estimo*—agrega el doctor Marañón—*que es realmente oportuno y eficaz, por cuanto pone en comunicación la sensibilidad de ambos pueblos en lo que la misma tiene de más cultivado y depurado. La labor de las cancillerías es o puede ser más o menos eficaz, culminando en la elaboración de tratados de comercio, sobre pasaportes, etc.; pero lo fundamental es el intercambio intelectual, y utilizo aquí la palabra «intercambio» con propiedad y amplitud al propio tiempo. Es necesario y útil que vengan a España las inteligencias rectoras de su país, y, a la par, que vayan españoles de calidad cultural a Cuba. Esa comunicación es la vía más idónea para obtener un fruto estable de las relaciones de los pueblos. Y, sobre todo, que no intervenga la política, el prejuicio político, la disparidad de criterios políticos. Deben participar en esa vinculación las razones eternas, ya que la política es algo circunstancial y temporal. Es preciso que haya una*

amistad sincera y entrañable, no fraguada en las cancillerías, sino en todo caso en las universidades, en los centros de enseñanza y de ilustración...

—¿Y cómo juzga usted el movimiento cultural en la América española y en Cuba especialmente? —interrogamos.

—Con gran estimación intelectual y admiración sincera—nos dice el doctor Marañón—. *El Gobierno español, por medio del Instituto de Cultura Hispánica, está realizando una labor extraordinaria para exaltar la cultura hispanoamericana en general. Claro está que existen críticas a esa labor, la cual no puede ser perfecta, como obra humana que es; pero es indiscutible el esfuerzo que se realiza en pro del acercamiento cultural entre España y la América hispana, como antes no se había hecho. En este sentido es plausible la labor rendida por el director, señor don Alfredo Sánchez Bella, por su eficacia y amplitud, al margen de consideraciones políticas, dada su valoración cordial a hombres de todas las ideas y proyecciones ideológicas, sin más preocupación que sus talentos.*



El destacado historiador español don Natalio Rivas se refirió en los términos que siguen a las actuales relaciones entre España y Cuba:

CUBA Y ESPAÑA

—Hoy España profesa por Cuba la más alta estimación afectiva, moral e intelectual. Inclusive ambas necesitan la armonía cordial de sus relaciones. Sí; es preciso que se unan, a fin de ser tenidas en cuenta ante el concierto mundial de potencias, y que se solidaricen racionalmente, a pesar de las diferencias con la América del Sur. España es vitalmente necesaria para la política internacional de Occidente, y España, a su vez, necesita el concurso de las naciones hispanoamericanas.

El poeta español Leopoldo Panero, cuyo «Canto personal» ha alcanzado extraordinario éxito, habló de Martí y de otros puntos muy importantes para las relaciones entre Cuba y España.

MARTI ES TAN HISPANICO COMO UNAMUNO Y RUBEN DARIO

—Martí se había referido ampliamente a la necesidad de una unión fraternal entre los países hispanoamericanos. Por otra parte, y ya que hablamos de Martí, poeta por excelencia, con otro poeta, ¿qué nos diría usted de la significación literaria de nuestro apóstol?

—Martí fué un poeta extraordinario, no sólo por el valor intrínseco de su producción lírica, sino también por la influencia que ha tenido sobre otros artistas, inclusive algunos de nuestros días. Por ejemplo, es de señalarse la influencia de Martí sobre los octosílabos de Machado y de los magnos endecasílabos martianos sobre los de Unamuno. De este modo, reciprocó el grande hombre cubano la influencia que recibió de los clásicos españoles, pues, en el orden literario y cultural, Martí es tan hispánico como Unamuno y Rubén Darío. No se puede estudiar la literatura



española sin tener presente a Martí. Fué precursor de la generación del 98 española. Emplea el verso más español del mundo, el octosílabo, inclusive en tiempos durante los cuales el verso octosílabo era desdeñado. Martí le devolvió a ese verso de ancestros españolísimos la vigencia estética que no tenía en aquel momento, continuando así el gran poeta cubano la tradición poética española. Yo no creo que fué tanto el precursor del modernismo, como se ha dicho, ya que no evidenció Martí la fundamental preocupación formal dominante en el modernismo literario, sino que el maestro cubano se preocupó sobre todo por el contenido espiritual de su mensaje. En todo caso observo más nexos con el simbolismo, por cuanto hay en la poesía martiana un simbolismo entrañable, el que, después de todo, está siempre latente en toda poesía genuina...



El director del diario madrileño «Ya», don Aquilino Morcillo, se expresó en los siguientes términos acerca de la unidad de los pueblos hispánicos:

LA UNION Y LA FUERZA: UN VIEJO PROVERBIO

—Es obvio que los países de habla hispánica deben unirse, para fomentar sus propias fuerzas e influencia en el radio internacional. Ya se ha hablado muchas veces de la necesidad de una inteligencia entre España y la América hispana y de aunar los esfuerzos comunes en la formación de un gran bloque hispánico de naciones de habla española. Estas constituyen una auténtica potencia internacional al obrar unidas, y no es preciso ser muy lince para ver que lo que el mundo necesita es lo que estas naciones hispanoamericanas pueden aportar: una visión de la vida internacional a la luz de unos principios auténticamente jurídicos, sin mezcla de egoísmos ni de afanes torcidos. Ni en España ni en Hispanoamérica hay ningún afán imperialista. Como el mundo es cada vez más pequeño, evidentemente es necesaria, para contar en el concierto mundial, esta coordinación de países unidos por una suerte de vínculos comunes. No creo que haya en el mundo un bloque de países que puedan estar unidos por nexos más puros, más desinteresados, significativos de auténtica hermandad, que España y la América española. Recuerdo que era Ramiro de Maeztu quien decía que, cuando Alonso de Ojeda llegó a las Antillas, pudo decir a los nativos que los hidalgos de Castilla eran de una raza superior, pero que en verdad les dijo: «Dios creó un hombre y una mujer, de los cuales vosotros y yo descendemos.» No hay en el mundo otros países unidos por vínculos tan limpios y sinceros como estos que relacionan a España y la América hispana. Tenemos un origen común, hemos crecido juntos y hablamos la misma lengua, profesamos los mismos principios y, en definitiva, todos estos factores se conjugan en que seamos una auténtica fuerza en el orden internacional.

El director del Archivo de Indias, de Sevilla, don José de la Peña Cámara, formuló al señor Martínez Bello las siguientes declaraciones acerca de la importancia del Archivo como nexo entre España y América:

CADA DIA VIENEN MAS HISTORIADORES A VISITAR EL ARCHIVO DE INDIAS

—¿Vienen actualmente muchos investigadores a estudiar en el Archivo?

—Desde el año 1940—nos dice don José—*es impresionante el aumento progresivo del número de investigadores que acuden a este centro. La estadística del primer trimestre de 1953 ha duplicado la del primer trimestre de 1952, lo mismo en investigadores que en legajos servidos, y ha igualado las cifras anuales de 1940. Hay, por lo tanto, un mayor acercamiento de estudiosos hispanoamericanos a España a través del Archivo. Ha crecido la preocupación en España por las investigaciones hispanoamericanas desde 1940. Son cada vez más los jóvenes universitarios que se especializan en estudios hispanoamericanos. Lo mismo acontece en Hispanoamérica respecto a España. En todo esto influye la creación de organismos como el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, la Sección de Estudios Hispanoamericanos en las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Madrid y Sevilla, el Instituto de Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo (de misioneros), el Instituto de Cultura Hispánica, y toda esa labor se refleja en el incremento de los estudios comunes a España e Hispanoamérica. Este campo de lo histórico es como un microcosmos de todos los campos de la cultura, y, como prima lo histórico en todo lo cultural, resulta que tal preocupación historicista en todos los campos de la cultura se traduce en el hecho de que nuestro Archivo sea esencial en todas las relaciones culturales hispanoamericanas, y tanto para las obras de los literatos como para las indagaciones de los sociólogos, economistas y políticos.*

ES PRECISO AUMENTAR LAS «DIVISAS ESPIRITUALES» Y NO SOLO LAS ECONOMICAS

—Cuando trato de cumplir con mis obligaciones como director de este Archivo—nos dice don José de la Peña Cámara, de regreso a su despacho—, *una de mis obligaciones más importantes es atender al visitante, bien por su personalidad cultural importante; bien por tener un carácter social o colectivo, le muestro gustosamente el Archivo, pues en este turismo cultural hay una gran fuente, no sólo de divisas económicas, sino también de esas otras «divisas espirtiuales» de que hablara el ministro de Educación, doctor Ruiz-Giménez. Cuanto al comercio de libros, sobre el cual usted me interroga, todo lo que se hiciera por fomentar el trueque de libros entre historiadores, instituciones culturales y autores en general sería altamente fecundo. El Archivo no publica órdenes, pero recibe donativos de autores e instituciones de Hispanoamérica; y como no puede el Archivo ofrecer canje, el director general de Archivos y Bibliotecas, don Francisco Sintes, ofreció que se enviara, en canje a las instituciones que envíen sus publicaciones, el «Boletín de la Dirección de Archivos y Bibliotecas», y la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».*

EL EJERCITO EN EL ESTADO MODERNO

(Viene de la pág. 29.) incluso recibidos en la corte del Rey Sol con los mismos honores que en el tiempo en que sus patrias respectivas vivían en paz. Desde el punto de vista militar, esta limitación de las guerras traía como consecuencia que sólo se hacían soldados aquellos que tenían vocación de aventura caballeresca. El mismo espíritu animaba a ambos bandos y creaba de esta manera un sentido de casta, que atravesaba las fronteras de los diversos países. Casi se podía hablar de una internacional del soldado, y si los azares de la vida política obligaban a los militares a ir a la guerra, lo hacían sin odio y con un espíritu caballeresco, que no disminuía en un ápice su capacidad de heroísmo.

Así, pues, la profesión de soldado era verdaderamente noble. Permitía a los Gobiernos hacer la guerra dentro de los límites del Derecho internacional, el cual abría posibilidades para paces constructivas. Al final de este gran período, Talleyrand podía decir todavía, en una nota dirigida a Napoleón, las siguientes magníficas palabras: «*La esencia del derecho de los hombres es que, durante el tiempo de paz, los pueblos se hagan mutuamente el máximo bien, y en tiempo de guerra, el menor mal posible.*»

Esta situación, como otras tantas, fué brutalmente tergiversada por la Revolución francesa. Uno de los gestos de mayor trascendencia de esta subversión fué la guerra ideológica que hizo a Europa y aquella llamada a filas de las masas, que obligó por primera vez al ciudadano a ponerse el uniforme. Esta decisión trajo un cambio radical en la manera de hacer las guerras. El soldado ya no fué casi nunca voluntario ni, por tanto, caballero de las armas. Se convirtió en recluta. El antiguo soldado, el profesional, no tenía que odiar para luchar. Del combate había hecho su profesión, y cumplía con su deber cuando le llamaba su soberano. Por otra parte, a un paisano vestido de uniforme hay que prepararlo psicológicamente para que esté dispuesto a matar a otro paisano, también vestido de uniforme, y con el cual no tiene ninguna divergencia personal. Pues a este soldado le tiene que inculcar su Gobierno una excitación suficiente para hacerle olvidar su natural repulsión hacia el manejo de las armas. De esta necesidad nació lo que se llama la guerra psicológica. Para obligar a luchar hay que inculcar el odio al adversario y exponer las finalidades de la guerra en forma lo bastante elemental para que las comprenda hasta el más inculto de los reclutas. Es natural que esto excluya la limitación del objetivo de una guerra y obligue a los Gobiernos a velar sus fines diplomáticos tras llamamientos ideológicos.

La consecuencia de esta evolución es incalculable. Con la introducción de la propaganda de odio en la guerra se hace imposible una paz razonable. Según el principio mayoritario de las democracias, hay que democratizar la guerra en su más amplio sentido. A la introducción del ciudadano en el ejército sigue la guerra de pueblo contra pueblo. Consecuencia lógica de ello es la idea de la responsabilidad colectiva. Puesto que, en teoría, son los pueblos quienes mutuamente se declaran la guerra, es lógico que toda la población—hombres, mujeres y niños—cargue con las consecuencias de la misma. Y la propaganda de odio, que ha llegado a ser una necesidad, trae consigo la transformación de la lucha caballeresca del pasado en las matanzas modernas. No son solamente las armas nuevas las que hicieron posibles los horrores de Dresden e Hiroshima. Es el espíritu mismo de la guerra moderna el que trajo estas bárbaras matanzas. Porque, según la propaganda, no eran seres humanos los que se exterminaban, sino una masa de criminales de guerra, de los cuales había que purgar al mundo.

Sin duda, los efectos de la Revolución francesa sobre la vida militar necesitaron más de un siglo para hacerse sentir con todas sus consecuencias. No obstante, una vez establecidos los principios básicos, sólo un paso quedaba para llegar, del reclutamiento en masa y de la democratización de los ejércitos, a la guerra total, imaginada por el general Ludendorff, y a la capitulación incondicional, tan grata a Roosevelt y Morgenthau. Además, la evolución fué considerablemente precipitada por la tecnificación de los conflictos. En las novísimas concepciones encontramos frecuentemente la idea de que las guerras del porvenir tendrán lugar prácticamente sin soldados e incumbirán a unos cuantos ingenieros, que, apretando un botón, aniquilarán a millones de ciudadanos.

Si presento el último concepto de la guerra técnica en una fórmula tan extrema—hasta el punto de que no es frecuente verla utilizada—, lo hago intencionadamente. Muchas veces, leyendo las publicaciones militares modernas—sobre todo las escritas por hombres de ciencia—, nos percatamos de que sus autores consideran al soldado como una cosa anticuada, y a los ejércitos, como llamados a desaparecer.

Estos hechos nos conducen directamente al punto más crítico. Puesto que tenemos que reconocer la alteración del carácter de la guerra y somos testigos de una crisis en los conceptos militares, debemos preguntarnos con toda la objetividad: ¿queda todavía sitio para el ejército, tal como le concebimos en el mundo moderno?

A pesar de los fenómenos que nos es dado observar, creo que nuestra respuesta a esta cuestión tiene que concretarse en un «sí» incondicional. Esta respuesta positiva no la damos por razones sentimentales, o por estar ligados, injustificadamente, a un pasado muerto para siempre. Hablo apoyándome en razones sólidas, las cuales respaldan mi fe en la misión del ejército en el Estado futuro.

Hace sólo algunos días, un famoso general de la segunda guerra mundial—el Presidente Eisenhower—habló ante el Congreso de la Legión Americana. El hombre que en este momento dispone, indudablemente, de las mejores fuentes de información sobre la guerra científica, expuso en esta ocasión los planes del porvenir del ejército norteamericano. A pesar de las predicciones de los estrategas de café, Eisenhower anunció que las reservas del ejército iban a ser considerablemente aumentadas y que, lejos de reducir los efectivos, los Estados Unidos se verían obligados en adelante a reforzar sus fuerzas en servicio activo. De estas palabras presidenciales se desprende claramente que, en su opinión, las fuerzas armadas tendrán en el porvenir un papel todavía más importante que en el pasado. Y esto, además, es muy lógico, puesto que no se puede olvidar que las superarmas se anulan mutuamente y que los medios de defensa contra las armas técnicas se desarrollan rápidamente, de forma que la infantería sigue siendo un factor permanente. Y es interesante comprobar que la caballería, que algunos habían enterrado hace ya veinte años, está resucitando—al menos, parcialmente—en la edad de la bomba de hidrógeno. Se sabe, por ejemplo, que, desde el comienzo de este año, la Unión Soviética ha decidido añadir un tercer ejército de caballería a los dos ejércitos a caballo en servicio activo, y que los Estados Unidos no sólo han detenido la desmovilización de sus antiguas fuerzas de caballería, sino que incluso consideran, basándose en sus experiencias de Corea, que hay que reforzar sus efectivos o, al menos, los de sus aliados.

Además de estas consideraciones puramente prácticas, hay otra razón, tal vez aun más imperiosa, que fortifica nuestra creencia sobre el porvenir de los ejércitos en el Estado moderno.

El deber primordial de una fuerza armada es mantener la seguridad interior y exterior del Estado. Ha sido demasiado frecuente la tendencia a considerar esta misión como una función de pura fuerza, guerrera o política. En realidad, la seguridad del Estado, de la cual depende la soberanía misma, debe ser vista de una forma más amplia. Y en este sentido el ejército tiene una función política, dando a la palabra su significado más alto. En efecto, garantizar la seguridad y soberanía del Estado implica el mantenimiento de su misma sustancia por medio de una educación cívica de los mejores y de la masa.

Así, el ejército puede llegar a ser la organización pública cuya misión es inculcar a los ciudadanos el sentido del Estado. El presupone la conservación de la sustancia del Estado y es tanto una función de las minorías como de la masa. La minoría selecta es en este caso el ejército profesional, pues la masa se nutre de los reclutas.

Esta función, altamente política en el sentido clásico de la palabra, confiere al ejército cierto número de deberes y ciertos derechos vis a vis con el Estado. La manera de cumplir estos deberes es lo que dará la medida exacta de la importancia que en el Estado moderno tiene la función del soldado.

Así, pues, nosotros debemos plantear el problema: ¿Qué es lo que el Estado tiene derecho a pedir al Ejército?

No hablaremos aquí de la función de defensa propiamente dicha. Esta es clara e indiscutible. Vistiendo el uniforme, el soldado hace, por este acto mismo, el voto de defender su patria hasta el sacrificio supremo. Pero aquí no termina el deber, porque, por encima de esta función primordial, el Estado tiene derecho a exigir más de su ejército.

Puede el Estado, en primer lugar, pedir al ejército que tenga el espíritu del Estado, estar a su servicio y ser el guadián perenne de la sustancia misma que hace y justifica los Estados. Para nosotros los cristianos no es difícil reconocer lo que es esta sustancia. En efecto, nuestra religión nos enseña que el Estado es un factor de derecho natural, que está fundado para el bien de sus ciudadanos y de las comunidades naturales que viven en sus confines, tales como las familias, las profesiones o las entidades territoriales. Así, pues, el Estado ha recibido de Dios ciertas funciones bien definidas. Pero esta misión del Estado limita también sus derechos.

El Estado no es omnipotente y no puede pedir a sus ciudadanos cosas contrarias a la moral. La sustancia del Estado está claramente determinada por el derecho natural. Es esta sustancia, esta esencia del Estado, lo que el ejército ha jurado defender y que tiene el deber de preservar. Esta misión de fidelidad hacia la esencia del Estado—el bien común—es lo que pone al ejército por encima de los partidos. En efecto, si se es guardián del Estado no se puede conservar a éste en favor de un solo sector de la nación. Porque el Estado es para todos. Por su misión misma, en consecuencia, el ejército en el Estado moderno debe estar por encima de las querellas de la política interior. Pues una vez que el ejército llega a ser un partido político, cesa de ser él mismo. Esta misión de salvaguardar el sentido del Estado, es decir, su función de derecho natural, puede implicar en ciertos períodos excepcionales una de las decisiones más terribles en la vida del soldado. Una situación parecida surge desde el momento en que un Gobierno inicuo se encuentra en flagrante contradicción con el derecho natural que justifica la existencia del Estado. Se trata, pues, de un conflicto entre el Estado y el Gobierno, conflicto ante el cual el verdadero soldado no puede permanecer en una fácil neutralidad. El antiguo derecho cristiano de la Edad Media preveía esta situación excepcional y reconocía en el terreno moral el derecho de insurrección. Este derecho ha sido harto olvidado en el tiempo presente. Ciertos teólogos modernos han llegado incluso hasta a negarlo. Pero profundizando en el sentido cristiano del Estado, nosotros llegaremos a la conclusión de que hay situaciones en las que la insurrección en la defensa de la sustancia del Estado es no solamente un derecho, sino incluso un deber. Esto es lo que comprendió España cuando el ejército, bajo la dirección del Generalísimo Franco, se sublevó, en cumplimiento de un deber de fidelidad, contra un Gobierno ini-

cuo que ponía en peligro con su conducta la sustancia misma de España.

Para representar el espíritu del Estado, el ejército debe cultivar las más altas virtudes nacionales. Ser soldado, en el sentido más alto de la palabra, es, en el fondo, formar parte de un cuerpo que se parece, en el orden político, a lo que son las órdenes religiosas en el espiritual. Lo mismo que los monjes se distinguen por su hábito del resto de los hombres y aceptan la obligación de dar ejemplo de todas las virtudes más rigurosamente de lo que les está exigido a los demás mortales, el soldado también, al vestirse el uniforme, acepta por esto mismo una obligación similar.

En este sentido debemos nosotros interpretar el hecho de que el soldado renuncie a muchos de los placeres de este mundo. Está sometido a una disciplina rigurosa—la obediencia del monje—y renuncia en la práctica a buscar las riquezas—la pobreza del monje—. Su rigurosa vida tiene su compensación en el sentido del honor y del servicio público que da la exaltación a las almas nobles. También el verdadero soldado aporta a nuestra sociedad moderna, tan materialista, un elemento espiritualista: el servicio de los valores inmateriales, pero no por eso menos reales. Así, pues, el deber del ejército para con el Estado moderno es educar a la juventud en un concepto espiritualista, concepto sin el cual se derrumbaría nuestra sociedad.

El ejército, en el Estado moderno, debe ser, además de esto, la expresión más pura de la verdadera idea cristiana de la igualdad de los hombres. En efecto, en la mayor parte de las funciones del Estado no podemos apenas hablar de esta igualdad de oportunidades, que no es el igualitarismo de las llamadas y supuestas democracias modernas. Porque la verdadera igualdad significa la probabilidad dada a la inteligencia y al carácter sin consideraciones privilegiadas de nacimiento o de situación económica. El ejército popular moderno, en el cual todo el mundo debe servir, brinda una ocasión magnífica para estimular el mérito y abrir al más digno el acceso a los puestos más elevados del Estado.

En el campo social, el ejército ofrece la coyuntura casi única de un contacto directo entre las clases.

En el cuartel, el hijo del burgués se reúne con el hijo del obrero. Un ejército consciente de su misión encontrará ocasión de atenuar el orgullo y muchas veces la intolerancia incomprensible del burgués y puede curar el lamentable complejo de inferioridad que aqueja a numerosos proletarios. En el cumplimiento del deber común, viviendo juntos uno al lado del otro, pueden llegar a comprenderse mutuamente.

Así, el ejército puede luchar eficazmente contra la tensión de clases y laborar por la creación de una solidaridad nacional de todos, lo que permitirá al Estado cristiano resolver el problema social con espíritu de justicia y de libertad.

Y, finalmente, es deber del ejército en el Estado moderno ser el guardián celoso de las tradiciones nacionales ahora que están universalmente amenazadas.

Un Estado sin tradición no puede existir y un ejército sin tradición no merece ninguna confianza. Es una de nuestras debilidades querer vivir exclusivamente en el presente sin considerar el pasado y sin soñar en el porvenir. Ahora bien, el pasado obliga.

Todos somos deudores de nuestros antepasados y responsables ante las generaciones del porvenir. Somos parte de la Historia con todas las obligaciones que esto implica. El ejército, igual que el Estado, es una continuidad y puede, por su contacto viviente con las masas de la población, darles un verdadero sentido del deber histórico y así incorporarlas a esa gran comunidad nacional que no se compone solamente de los vivos, sino también de los muertos y de los que aun no han nacido.

A la luz de estos hechos comprenderemos mejor el papel de las fuerzas armadas una vez consumados los cambios fundamentales introducidos por la Revolución francesa. El deber de guardián de la seguridad sigue como en el pasado. Pero, además, el ejército de masas ha llegado a ser el instrumento más importante de la formación del pueblo en el sentido más puro de función público. El ejército moderno bien entendido tiene así una misión educativa esencial, llegando a ser la condición misma de la supervivencia del Estado en la tormenta contemporánea. Así, lejos de estar superado en la edad atómica, el ejército recibe funciones adicionales y una misión no inferior a la que fué privilegio de los ejércitos gloriosos de los tiempos caballerescos.

Pero quien habla de deberes habla también de derecho. El ejército, si tiene deberes para con el Estado moderno, tiene también derechos y puede exigir del Estado que éste, a su vez, le corresponda. Este derecho del ejército pone además de relieve todos los problemas del Estado moderno en sus relaciones con los ciudadanos.

En el ejército, el uniforme es, como he dicho, la expresión de la voluntad al sacrificio supremo. El soldado, por su juramento de fidelidad, declara estar presto a dar su vida por una causa. Este sacrificio supremo sólo puede exigirse cuando tiene un sentido. Más aún, verter su sangre es la más noble expresión del amor. No se muere por una cosa si no se ama.

En los ejércitos del pasado el sentido mismo del sacrificio supremo y el objeto del amor no era un problema. Los reyes y soberanos incorporaban en su persona de manera tangible y viviente el sentido de la colectividad. Más tarde, aunque en forma ya más impersonal, la bandera reemplazaba a menudo al rey. Ultimamente se hizo un esfuerzo similar con ideologías políticas, bien se tratase del nazismo, del comunismo o de la democracia. Esto es, sin embargo, sumamente difícil, porque, salvo excepciones, el hombre está presto a morir por una persona o por una fe, pero difícilmente por una ideología política, la relatividad de cuyo valor está, además, bien demostrada en relación con lo efímero de su existencia. Desgraciadamente, en muchos países del Oeste sin rey, a menudo sin bandera e ideología, es terriblemente difícil hacer un ejército. Este hecho está probado de manera dramática con la quiebra del ejército europeo. Este, en fin de cuentas, no naufragó por falta de hombres o de equipos, ya que todo ello existía superabundantemente. Pero fué víctima de una verdad muy sencilla, y es que no se encontraba a nadie que estuviese presto a ir a la muerte por la defensa de la letra «E», símbolo significativo de la Europa de Strasburgo, o por la prebenda de algunos ventrudos politicastros. Los hombres vertieron su sangre por la cruz de Cristo o por la estrella roja del mesías satánico del Kremlin. Pero no estuvieron dispuestos al sacrificio por Estados que habían perdido el sentido mismo de su esencia y que han llegado a ser monstruos informes de una burocracia inhumana. Planteado así el problema, se ve bien claro: no habrá ejército para un Estado impersonal. El Estado debe, pues, cambiar para merecer su ejército, y el ejército tiene derecho a exigir del Estado que éste vuelva a ser digno de merecer, en caso oportuno, la vida de sus ciudadanos. Por eso el ejército tiene el derecho de pedir al Estado que se vuelva humano y que se coloque por encima de contingencias políticas para tornar a ser la institución de la nación entera.

Este derecho del ejército explica por qué, en general, los ejércitos funcionan con facilidad bajo la institución monárquica y declinan bajo las repúblicas. En efecto, la monarquía es un régimen más humano, es un régimen en lo concreto, mientras que las repúblicas se acantonan en lo abstracto. Y, por fin, no es ningún accidente que en las monarquías los reyes hayan sido siempre también los jefes del ejército, puesto que en una monarquía bien entendida el soberano y el ejército tienen un papel similar y complementario. Ambos representan al Estado y la política en su sentido más elevado. Los dos han de estar por encima de la pugna de los partidos. Los dos están ahí para la colectividad, para la nación entera, y no solamente para una fracción de la misma. Así, pues, rey y ejército deberán ser uno en el servicio, lleno de abnegación, exigida por la colectividad nacional a los que han jurado servirla.

En este sentido, el ejército puede llegar a ser en el Estado moderno el factor popular de renacimiento nacional, con tal de que entienda su verdadera misión.

Tanto sobre el ámbito nacional como en el internacional, el verdadero soldado tiene hoy ante sí un deber digno de él. El ejército debe fortalecer la verdadera seguridad y soberanía del Estado en el sentido más lato que a esta noción puede darse. Pero tiene también una misión que sobrepuja los límites mismos de los Estados nacionales. Ha sonado la hora de la solidaridad europea. Nuestro continente tiene que unirse o perecer; no queda otra solución. Y en esta unificación de Europa—que, por cierto, no implica la desaparición de los Estados y naciones, sino, al contrario, el fortalecimiento del ideal de patria—, el ejército tendrá un deber que pasará muy por encima de las fronteras de su país. Porque el soldado de la Europa cristiana comprende que su deber no puede limitarse arbitrariamente. Se da cuenta de que la seguridad del continente—la cual incluye la de su propia patria—estará amenazada mientras cualquiera de las tierras de la Europa cristiana se encuentre en manos de las fuerzas comunistas. El soldado sabe que la línea de Yalta no puede durar; que todos seremos aniquilados si no llegamos a rechazar a Asia hacia el otro lado de los Cárpatos y del Vístula. Por su conocimiento de las cosas militares, el soldado de la Europa cristiana sabe que tiene un deber de reconquista. De igual modo que los antepasados de los soldados españoles expulsaron de tierra hispánica a las fuerzas no cristianas, sus sucesores saben que es deber nuestro liberar la antigua tierra cristiana de la opresión de los bárbaros. El espíritu de las Cruzadas que animaba a nuestros antepasados no debe morir, porque si un día Europa se olvidase del legado de los cruzados, nuestro continente acabaría por sucumbir.

Se ha dicho que ha pasado ya el tiempo de los ejércitos, pero no es verdad; al contrario, ahora viene la hora del verdadero soldado cristiano. El tiene una misión más importante que nunca, y en la manera de cumplirla se encierra el destino de nuestro viejo mundo. No lucharemos para el mantenimiento de lo falso y podrido del mundo moderno. No queremos sacrificarnos para mantener privilegios, pero tenemos que estar preparados a todo para defender a Dios y sus derechos. Sólo con este espíritu y este ánimo seremos dignos de la victoria.

TRENTO

(Viene de la pág. 41) ñol y que muestra el emblema de las Quince Islas, encuentra inmediatamente simpatía, cordialidad y apoyo.

Todas las efemérides de la Hispanidad se han recordado en Trento. Los centenarios de los Reyes Católicos, de Colón, de las Universidades de Salamanca, México y Lima, de San Martín, Miranda, Martí, Costilla e Hidalgo y el medio siglo de la independencia de Cuba y Panamá. En todos los actos, junto a las banderas de Italia y el país hispanoamericano que se recordaba, estaba también la de España. Y la idea de entronizar en Trento la virgen patrona de todas las Américas, lanzada en México por la Asociación, ha cuajado felizmente y en este Año Mariano no se levantará un altar, en la iglesia de Cristo Rey, a Nuestra Señora de Guadalupe, donado por los católicos mexicanos. En tan solemne acto religioso se leerán palabras castellanas que recordarán a las generaciones futuras la presencia de la Hispanidad en Trento y su estrecha unión a la historia de la Iglesia católica.

Otros importantes proyectos tiene en marcha la Asociación. Uno, la realización de una gran película sobre el famoso Concilio, y otro, la creación del Instituto Superior Hispanoamericano, donde reciban adecuada preparación aquellos intelectuales que deseen establecerse en tierras americanas. Trento, en nuestra época, une su nombre a la gloriosa Hispanidad y la Hispanidad conoce y valora en todo el mundo el nombre de Trento.

VUELO DETENIDO

(Viene de la pág. 39.) riguroso valor estético y técnico. Estos mil pájaros —orgía de colores, como escribiría un poeta romántico—no están todos preparados aun para posarse póstumamente sobre sus pedestales o encaramarse inmóviles a un pedazo de rama o de arbusto sin savia. Una parte aguarda todavía su «resurrección» en cajas cuidadosamente dispuestas y acondicionadas. Pájaros reducidos a pieles secas, en espera de la ocasión de pasar a manos del taxidermista.

García Viñolas sólo se trajo a España—en su última estancia de vacaciones—algunas sucintas muestras de su colección. Cuando la tenga completa y pueda trasladarla a su país, hará donaciones a museos docentes. Y en su casa del barrio nuevo madrileño, desde los ventanales que enfocan la parcela más solitaria y acusadamente vegetal del Retiro, seguirá evocando un día lejano y ultramarino. Un día en que el sol navegó río Amazonas arriba en su trayecto cósmico y pudo filtrarse penosamente a través de una densa madeja de ramas, para hacer breve etapa en el salacot de unos viajeros españoles.

Unos viajeros que llevaban cuartillas de notas literarias, cámaras fotográficas y cuchillos para romper lianas y frutos salvajes. Aquel viaje que se convirtió no sólo en un libro firmado por Manuel Augusto García Viñolas, sino en la mejor colección de pájaros brasileños, «detenidos, sorprendidos en su vuelo» para siempre.

EUGENIO D'ORS Y SU MISION HISPANICA

(CONCLUSION)

Por

JAIME DELGADO

No es extraño, pues, saber ahora que D'Ors sufriera en aquellos momentos duras críticas por sus ideas sobrenacionalistas y anticastizas, ni tampoco lo es que luego, más adelante, José Antonio Primo de Rivera comprendiera en seguida las ideas de don Eugenio. Hasta *El Debate*, donde las publicaba, se hallaba frente a ellas en buena parte, cuando ya en España se había establecido la República. Pero antes ya D'Ors había empezado a formular su política de misión, aun en contra de la primacía que en su actividad—clases de Historia de la Cultura y Sociedad de Amigos de Menéndez y Pelayo—iba adquiriendo la Cultura sobre la Política, como consecuencia, quizá, del ambiente reinante, donde la mayoría estaba formada por una muchedumbre para quien el latín era cosa de «reaccionarios», y por otra muchedumbre, también espesa, para quien la palabra «intelectual» era un insulto (15).

Más adelante se analizarán debidamente los principios orsianos de la Política de Misión. Por el momento, baste reiterar la idea ya expresada acerca de que tal política deriva de la ciencia de la cultura. Y añadir que, pese a sus obras, a sus polémicas y, en general, a su actividad política, Eugenio d'Ors no tenía hasta entonces—ni lo tuvo después—lo que el director de *El Sol* le inventara allá por 1931: un pasado político. El periodista, por lo demás, lo había imaginado «versátil y multicolor». Esto iba directamente en contra de las concepciones y personalidad de don Eugenio, quien, desde la trinchera de la glosa, se apresuró a desmentir tal dislate. «Ni multicolor ni monocromo—escribió—. Este pasado político *no existe*. De una vez para siempre debe constar... que ni mi persona ni mi pluma se han ligado jamás al credo ni a la acción de ningún sector político. Que el modesto nombre que firma esta página *no se ha inscrito* nunca en parte alguna, en ningún partido, ni ha sido anunciado en ninguna reunión, asamblea o mitin político, ni incluído, a mis sabiendas, en ninguna combinación electoral. Ni siquiera la de hipotecado a ningún periódico partidista, ni he dejado de recabar, en aquellos donde he dado mi colaboración, una personalísima independencia de juicio, que ni ligaba mi dictamen a la opinión editorial ni comprometería ésta en la posible heterodoxia social o política de aquél» (16).

Pero antes del advenimiento de la República, Eugenio d'Ors prestó aún otro servicio cultural a España. Se hallaba en París, durante uno de sus frecuentes viajes a aquella capital, cuando un día fué a verle Gabriela Mistral, quien le comunicó haberse constituído un Comité de Cooperación Intelectual afecto a la Sociedad de las Naciones y en el cual no estaba España representada, a pesar de habérsela invitado a través del embajador Quiñones de León. La intención era, al parecer, que España tuviese a su cargo la dirección de la Biblioteca del Comité. D'Ors aconsejó a la poetisa chilena que se dirigieran directamente al general Primo de Rivera, quien, conocedor del asunto, resolvió el caso en cuarenta y ocho horas, nombrando a don Eugenio representante español, cargo que ostentó hasta abril de 1931.

El triunfo republicano cambia, en efecto, la posición de Eugenio d'Ors. No es solamente que haya de abandonar su cargo en el Comité de Cooperación Intelectual; es que, además, la tarea cultural adquiere, dentro de sus actividades, la supremacía, y si en todo momento había dado el maestro su «cotidiano golpe de lanza por la cultura», ahora este trabajo se intensifica, y a esto responden, como ya se ha visto, sus clases en la Escuela Social y la Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo. Pero este nuevo sesgo le trae cómo consecuencia un aislamiento. Sus ideas sobrenacionalistas atraen sobre D'Ors duras e incomprensibles críticas, y el glosador va quedando moralmente desterrado. Vive prácticamente en París, estudia a Mistral, sobre el que publica importantes trabajos; inicia un período de gran intensidad en el estudio del arte y, sobre todo, abre la etapa de sus viajes misionales, los viajes del Católico Errante, según su propia expresión.

Y así llega el 18 de julio de 1936. Eugenio d'Ors estaba en Rotterdam, donde había empezado la conmemoración del centenario de Erasmo, a celebrar en las distintas ciudades donde el gran humanista había vivido. Días antes del 18, D'Ors habló en Anderlecht, y fué en aquel discurso donde apareció por primera vez la idea orsiana—luego desarrollada—acerca de los tres reinos: de Dios, del César y de la Cultura. Pero fué en Rotterdam donde supo, por Henri Pierrard, el asesinato en Madrid del «jefe monárquico», expresión que le hizo pensar en Goicoechea.

Hasta aquel momento, Eugenio d'Ors, sin noticias exactas de los acontecimientos políticos españoles, no pudo intuir la trascendencia de estos mismos acontecimientos. El debía reunirse con sus hijos, en los primeros días de agosto, en Basilea, para ir después a Friburgo de Alemania. Se dirigió, pues, a París, donde asistió—invitado por Isabel Dato—a los funerales por Calvo Sotelo, y fué entonces cuando, por la prensa francesa, conoció el estallido del Movimiento Nacional español. La noticia, empero, no era clara, y D'Ors pensó que se trataba de una sublevación estrictamente militar y localista, reducida tan sólo a los límites de las Islas Canarias. Días después, sin embargo, pudo rectificar su opinión primera al ver la extensión del Movimiento y el comienzo de la guerra civil.



Ocurre entonces el primer hecho memorable de esta cuarta etapa de la Heliomaquia orsiana, es decir, el acto de decisión—como señala Aranguren—que coloca a D'Ors al lado de la España nacional. Acto de honda significación, ya que—según afirma también Aranguren—«aquellos días heroicos la adhesión a una u otra España de una gran personalidad representaba tanto, sobre todo en el extranjero, como una batalla ganada» (17). Eugenio d'Ors había entrado en relación con el grupo que en Pamplona editaba la revista *Jerarquía*, que había empezado a publicar varios textos orsianos, algunas glosas, versos del filósofo y *La Angelología de Eugenio d'Ors*, por Paul Henri Michel. Este grupo llamó, pues, al maestro, quien vino a España con su hijo Alvaro poco después de la toma de San Sebastián por las fuerzas nacionales.

Instalado, pues, en Pamplona, Eugenio d'Ors se ofrece para servicios de segunda línea. Don Fermín Yzurdiaga Lorca le requiere, empero, para que haga la edición española de su libro sobre los Reyes Católicos, que se había publicado en francés y cuya traducción comienza a hacer D'Ors, pues no tenía entonces su propio original español. Al mismo tiempo continúa la publicación del «Glosario» en el diario *Arriba España* y continúa su contacto con el extranjero mediante diversos viajes a París.

Pero en 1937 cambia la actividad de *Xenius*. En ese año comienza, en efecto, una etapa de labor política activa, que comprende, como tareas fundamentales, la reorganización de la vida académica española, la fundación del Instituto de España y la gestión orsiana al frente de la Jefatura Nacional de Bellas Artes. En cuanto al Instituto de España, la idea de su fundación se debe a Eugenio d'Ors, quien se la comunicó en San Sebastián a don José María Pemán. El Instituto, cuya secretaría perpetua fué conferida a D'Ors, fué concebido como «Senado de la Cultura Española», y celebró sesiones en Salamanca, San Sebastián y Sevilla, donde el filósofo leyó su discurso de ingreso en la Real Academia Española—29 de abril de 1938—sobre el tema «Humanidades y literatura comparada», y fué contestado por Pemán con otro titulado «De un humanista».

El Instituto de España, por otra parte, asumió la redacción de textos para las escuelas y dictó un edicto típicamente orsiano, publicado en el *Boletín Oficial*, titulado «Disposición general sobre estilo en las conmemoraciones de la patria», y que tenía el fin de evitar los «peligros que para el decoro estético y hasta para la dignidad civil significa el dejar abandonada a la iniciativa particular o a la de las corporaciones locales... cuanto se refiere al estilo y realización de monumentos patrióticos, memoriales a los Caídos, inscripciones lapidarias y otras formas materiales de homenaje, a través de las cuales aparece muchas veces, retrospectivamente, trocada la epopeya en caricatura» (18). Tal disposición comprendía, entre otras, órdenes para mantener los nombres antiguos de las calles, la existencia en cada pueblo de una plaza mayor porticada, la prohibición de levantar monumentos al soldado desconocido, etc.

Por último, bajo el patrocinio de Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal, respectivamente, el Instituto de España creó, mediante dos decretos de inspiración y redacción orsianas, varias fundaciones histórico-literarias y científicas, con lo que quedó prefigurado en general lo que después había de ser el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En cuanto a la gestión de Eugenio d'Ors en la Jefatura Nacional de Bellas Artes, tres fueron los servicios fundamentales prestados: la creación y organización del Servicio de Recuperación del Patrimonio Artístico Nacional, mediante la cual, y por gestión personalísima de D'Ors, se recuperaron las obras de arte robadas y trasladadas al extranjero; la participación de España en la Exposición Bienal de Venecia, de cuyo Jurado fué miembro el maestro y en la cual España—Ignacio Zuloaga—obtuvo el Premio de Honor, y la realización de la Exposición Internacional de Arte Sacro, abierta al público en Vitoria muy poco después de terminar la guerra civil.

Aparte de estas actividades, Eugenio d'Ors hizo también, durante este período, el proyecto de un Colegio de las Españas, que llegó a ser organizado legalmente, pero que no funcionó nunca. En 1938, por otra parte, participó en el *Convegno Volta*, de Roma, y después fué nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Coimbra. Finalmente, el filósofo articuló definitivamente su Política de Misión.

Para entonces Eugenio d'Ors había alcanzado ya la plenitud en su tarea, pero ésta continuaba y continuó hasta su muerte, en septiembre de 1954. Ahora, en definitiva, el maestro «ya está tranquilo» y ya ha terminado de labrar su propia estatua, como él mismo dijera a Pemán en ocasión reciente. Y es ahora cuando las palabras de Aranguren (19) vienen a cobrar una estremecedora dimensión profética: «Pero la fiesta ha empezado para él, porque, al fin, "ya está tranquilo". Como Goethe después de su viaje a Italia, como Dante tras su "*excursus*" de ultratumba. él también, místico viajero del reino angélico, ha logrado la paz, la alegría y la luz... No siempre se libró, empero, de las "horas inquietas", y a veces se vió poseído de una extraña *Sehnsucht*. Hasta que, en la madurez, le sobrevino aquella angélica "visitación" que inundó su vida de claridad. Desde entonces sabe bien que el Angel le trabaja y le ha esculpido ya "como modelada estatua, perfecta e intangible ante la eternidad". Por eso está tranquilo; nada puede turbarle en el porvenir. El viaje ha sido rendido, la vocación escuchada, la misión cumplida.»

LA POLITICA DE MISION

Como se dijo anteriormente, la concepción política de Eugenio d'Ors deriva directamente de su Ciencia de la Cultura, la cual brinda—como ha observado Aranguren—los elementos de una política eficiente y actual. Observa D'Ors, siguiendo a Crocce, que «a todo cambio de conceptos en la manera de entender la historia corresponde un cambio paralelo en la manera de entender la política»; y la relación entre uno y otro es, con arreglo a las enseñanzas de la Ciencia de la Cultura, la de «función» y no la de causalidad (20).

Sabido esto, no podrá extrañar que Eugenio d'Ors emplee, para significar sus ideas políticas, la expresión «política de cultura». Pero también usa esta otra: «política de misión», que, en realidad, viene a tener el mismo significado que la anterior. ¿Cuál es esa política de misión y en qué consiste, fundamentalmente, la misión que ella implica?

Ya en 1907, *Xenius* dió esta consigna: : «El mito de la Evolución para los perezosos. El mito de la Revolución para los noveleros. Para nosotros, la Santa Intervención.» Aquí se mueve, como indica Aranguren, una doble oposición: al determinismo evolutivo y al catastrofismo revolucionario. «Intervención quiere decir mando sobre el destino histórico. La Historia no es concebida como una inercia fatal a la que de nada sirve oponerse, ni tampoco como una

DE LUNA A LUNA

RIQUEZA

Potasa para más de un siglo

El ministro español de Industria, el subsecretario del Departamento, varios directores generales y un grupo de ingenieros celebraron una reunión desusada y quizá sin precedentes en el área oficial de la gobernación de un Estado. Porque la reunión se celebró en las entrañas de la tierra.

El ministro, sus colaboradores inmediatos y los técnicos mencionados deliberaron durante una hora en las galerías subterráneas de una mina de potasa. Arriba, el paisaje navarro se abría bajo el sol otoñal. Abajo se decidían las condiciones para la explotación de la mina, situada muy cerca de Pamplona. El filón fué localizado por la Empresa Nacional Adaro—filial del Instituto Nacional de Industria—, después de dieciséis sondeos al norte de la sierra del Perdón y dos al sur. Las características del filón descubierto son las siguientes: doce kilómetros de longitud, cinco de anchura y tres metros de espesor.

Después se llevaron a cabo las obras necesarias de instalaciones y acondicionamiento, y hoy día la mina ha quedado a punto de ser explotado a ritmo intensivo, coadyuvando con su aportación mineral al nuevo auge que la riqueza nacional española está experimentando de pocos años a esta parte merced a los esfuerzos de su Gobierno y al entusiasmo de las nuevas generaciones técnicas del país.

Los cálculos efectuados permiten establecer que esta mina proporcionará de doscientas a trescientas mil toneladas anuales de sales potásicas durante más de un siglo, cantidad que abarcará con suficiente holgura las necesidades de la industria y la agricultura.

En busca de petróleo

No cejan los investigadores españoles en sus intentos de localización de yacimientos petrolíferos bajo la corteza geológica de la Península, también en Navarra, escenario actual de estos trabajos, emprendidos por la Compañía de Investigaciones Petrolíferas Españolas con un grupo de veintitrés técnicos alemanes.

Los sondeos se realizan en la sierra de Lóquiz, entre densos bosques de robles y encinares, donde viven zorros y jabalíes, apenas molestados

(Pasa a la pág. 61.)

MVNDO HISPÁNICO

RETABLO VASCO

(Viene de la pág. 22.) Don Jaime I de Aragón llevara la empresa a buen puerto. Pero ni los vascos permanecieron unidos entre sí, como quería Don Sancho, ni siquiera fundidos, o al menos pegados a otro reino más poderoso, pues se partieron entre Francia y España por la raya del Bidasoa, y los de España entre el reino navarro y los señoríos de la costa.

De esta serie de circunstancias nace también el considerar la religión como una guerra, que como una milicia la consideraba San Ignacio de Loyola, y la libertad de la familia como un fuero que los reyes castellanos tuvieron que respetar, lo mismo que en los últimos años la República española. El separatismo de los vascos no es, ni su carlismo, como muchos creen, una tozudez de siervos anclados en el recuerdo de una casa real, o en la fidelidad a una rama que se considera más cristiana o más legítima que la otra; y en tal error incurren quienes piensan que el carlismo de los vascos es semejante al «legitimismo» de los vendeanos franceses, y su separatismo al de los catalanes. Ambos son la lucha por el fuero vasco, y éste es el estatuto de las libertades nacionales y populares de un pueblo consciente de sí mismo desde muchos siglos antes que nacieran en Europa las monarquías castellanas. Estas libertades no pueden entenderse en el sentido galicano y revolucionario en que las entendemos nosotros, hombres de América, sino como algo más antiguo y más natural: como la libertad de ser distintos de los demás, es decir, la de seguir siendo vascos, lo que para ellos es más importante que el comercio libre o la igualdad ante la ley. Estas cosas son vagas y teóricas; en ningún caso tan concretas y reales como el fuero. El sentido democrático del vasco nace de un deseo de persistir en su ser, y no de la teórica facultad de votar, que se confunde para el hombre moderno con el *summum* de la libertad posible. Y por esa libertad de ser, que es hablar en su vieja lengua, conservar sus costumbres antiguas, vivir silenciosamente su propia vida; por su fuero, los vascos están dispuestos a ponerse del lado de los carlistas o de los Borbones, de los republicanos o de los anarquistas. Lo que les importa es seguir siendo vascos.

Cuando los veía jugar a la pelota en los frontones, o hacerse a la mar en barquichuelos que desafían la cólera del Cantábrico—muchas veces para naufragar y morir en la empresa—, comprendí hasta dónde es absurda e ingenua la pretensión de quienes, por el hecho de tener costumbres importadas de otros países y carecer de tradiciones propias,

---

sucesión de sacudidas sísmicas, de terremotos, sino como una reforma ordenada por la mano del hombre»; es decir, «revolucionaria a la moderna». Es un modo de revolución, en consecuencia, que ya no es revolución en el sentido estricto de la palabra, y a ese modo lo llama D'Ors «Intervención». Porque «el interventor—dice—empuña las leyes y, armado con ellas, despliega enorme cantidad de fuerza. Y todo eso ordenadamente...» Porque, en definitiva, según la doctrina orsiana, «las Leyes son Normas, pero también son Armas» (21).

Años después, Eugenio d'Ors cambia la palabra «Intervención» por el término «Misión», que da al concepto anteriormente expuesto mayor precisión y una nueva dimensión: el sentido misional, de predicación. Porque en el concepto orsiano el «político de cultura» es un misionero laico que predica la «buena nueva» de la Epifanía de la Cultura. Que la predica e incluso que puede llegar a imponerla coactivamente, porque D'Ors mantiene siempre y preconiza la idea de una política de autoridad, pero teniendo en cuenta que el investido de esa autoridad ha de ser el «autor», es decir, el «padre» (22).

Pero la idea de la política de misión empieza a formularse en D'Ors a partir de 1931 aproximadamente y está íntimamente relacionada con los principios pedagógicos de María Montessori. «En los estudios, y al principio de su carrera profesional, vió esta maestra—cuenta D'Ors—, como ve todo el mundo, que sus colegas aplicaban a la enseñanza de los niños normales ciertos métodos basados en el ejercicio primordial del sentido de la vista; y a la enseñanza de niños anormales, otros métodos que, para los ciegos, derivaban capitalmente en un aprendizaje por el tacto.» Un día la pedagoga se preguntó por qué no aplicar también a los niños normales los métodos táctiles usados con los anormales, y, ensayada esta fórmula, observó sus excelentes resultados. Pues bien: paralelamente a este método, el hipotético renovador que D'Ors buscaba para la instauración de una política de cultura en España debería hacer un primer descubrimiento. «Su observación — escribe D'Ors—habría advertido—paralelamente a la observación inicial de María Montessori—la tarea de intervención social; la política, en sus términos generales, viene a manejar, según los casos, dos grandes grupos de procedimientos. Unos, que se emplean para intervenir en la vida de los pueblos dichos civilizados; otros, que se aplican a los pueblos salvajes. A los primeros suele reservarse restringidamente el nombre de "Política"; a los segundos se llama, tanto en los medios religiosos como en los coloniales, "Misión". La "Política" maneja medios, por decirlo así, intelectualistas, correspondientes a lo que representa el aprendizaje óptico en la pedagogía individual ordinaria; la "Misión", en cambio, maneja medios más ampliamente vitales, más elementales, más groseros y autoritarios en sí—aunque nada empece a que el fruto de los mismos sea más elevado, más intenso y, en definitiva, más emancipador; medios en cierta manera comparables a lo que, en la pedagogía individual, representa el ejercicio del tacto... Pero ¿qué acontecería si nos resolviésemos un buen día a aplicar estos últimos métodos a aquella zona que suele reservarse a los primeros, aun con la dura experiencia de que éstos, en muchos casos, fracasan? ¿Qué acontecería si, de pronto, diésemos a la "Política" un áspero pero eficaz sentido de "Misión"?» (23).

Eugenio d'Ors, por otra parte, al decir «Misión» no entiende de esto solamente, sino que se refiere a una civilización ideal más que a una civilización material. «Nos referimos—dice—a conocimientos, artes y valores de orden análogo a aquellos que los misioneros predican y hasta imponen entre las poblaciones salvajes. Nos referimos al Catecismo y a la Gramática, a la Constitución y a la Cirugía de urgencia, a la Higiene y a la Historia, al Pudor y al Régimen alimenticio, al Baño y al Honor, al Ahorro y a la Música coral. Nos referimos—para decirlo todo de una vez—a la Cultura. A la del hacer, a la del conocer, a la del preferir. A la que nos liga a Roma y nos solidariza con los otros pueblos, con la Ciudad y el Mundo. Y a Mistral, y a Virgilio, y a Cervantes, y Dante, y a San Agustín, y a Platón. Y a estas fuentes perpetuas de unidad humana que—lejanas en el tiempo, presentes en la eternidad—se llaman Roma, Jerusalén, Grecia» (24).

Es, en definitiva, una política que el propio D'Ors ha sintetizado genialmente de este modo: «Como política, ésta. La de Dios en su Trinidad. AUTORIDAD, política del Padre. TRABAJO, política del Hijo. CULTURA, política del Espíritu Santo» (25).

Tal amplitud da a la «Misión» orsiana un contenido universal y, por de pronto, antidemocrático. De ahí también, por otro lado, la animosidad de D'Ors contra el concepto de nación, obediente a la constante de dispersión, a la «constante de Babel», y su defensa de la idea imperial, de la «constante de Roma», de la Unidad, a la que ha dedicado muchas de sus mejores páginas. Y de aquí, por último, la posición del maestro cara a América—«da América amada, sangre de nuestra sangre», como él dice (26)—, frente a cuya pululación de Estados, producida por el Nacionalismo, da como remedio la Anfictionía.

Por último, a las ideas antidemocrática, antinacionalista e imperial ha de sumarse la idea sindicalista, que tiene en D'Ors dos notas esenciales: «el criterio limitativo y funcional sobre la propiedad privada» y la superación por el Sindicato de la antítesis individuo-Estado. Y, por encima de todas ellas, la idea católica, porque la orsiana política de misión es, ante todo, de inspiración católica. Ya lo dice uno de los principios fundamentales de dicha política: «Toda misión debe ser católica, es decir, universal; apostólica, es decir, escogida; romana, es decir, una.» Y así lo ha repetido constantemente Eugenio d'Ors, al preferir el término «catolicidad» a la expresión «cristiandad», basándose para ello en la gesta hispana del Nuevo Mundo. «Porque—escribe (27)—la obra hispana, la de españoles y portugueses, en el continente que Dios confió a su *paternidad* con poner en sus manos, fué clara, determinada *plásticamente*, no sólo *difusión de fe*, sino *implantación de Iglesia*; no *siembra de autonomías*, al modo germánico, sino *estructuración de unidad*, a manera romana...; no *música informe*, sino *arquitectura formal*.»

---

(15) Glosa «¡Ay!», en «Nuevo Glosario», II, pág. 458.
(16) Glosa «Una agresión, un astracán», en «Nuevo Glosario», II, pág. 723.
(17) José L. Aranguren: «La filosofía de Eugenio d'Ors», página 264; E P. E. S. A., Madrid, 1945.
(18) El texto entrecomillado está tomado del libro ya citado de Aranguren, pág. 266.
(19) En obra cit., págs. 271-272.
(20) Aranguren: Obra cit., págs. 217-218.
(21) Glosa «Perspectiva», año 1907, y Aranguren, obra citada, págs. 227-228.
(22) Aranguren, obra cit., pág. 229.
(23) Glosa «Política y Misión», en «Nuevo Glosario», II, págs. 707-709.
(24) Ibídem, «Nuevo Glosario», II, págs. 709-710.
(25) Glosa «Las entrehuelgas», en «Nuevo Glosario», II, página 910.
(26) Glosa «Enfermedad y salud de nuestra América», en «Nuevo Glosario», II, págs. 262-263.
(27) Glosa «Catolicidad y Cristiandad», en «Nuevo Glosario», I, págs. 1197-1198.

por los viejos carboneros serranos, desplazados en aquellas alturas para obtener la hulla vegetal, fabricada por ellos en duras jornadas en plena montaña.

Motores de 400 caballos llenan el bosque de ruidos inéditos. La torre metálica se eleva por encima de los 50 metros de altura. Se trabaja en tres turnos de ocho horas, o sea, sin interrupción, y las perforaciones hienden la roca a un ritmo de 25 a 30 metros diarios.

LA CALLE

La «paella», campeona

Los turistas que visitan España—en auténticas y crecientes oleadas, como quedó bien de relieve en nuestro número anterior—, no buscan sólo el sol, el ambiente, el monumento, el paisaje y la «pandereta». Buscan también la cocina. Y, como es natural, durante su estancia en tierras hispanas procuran buscarse una especie de antología del paladar, espigando en los menús tí-



picos y en los platos regionales. Todos los sondeos relacionados con la investigación acerca de las preferencias gastronómicas de extranjeros en España dan como campeona indiscutible a la «paella» para empezar, almejas a la marinera y al gusto bilbaíno se proclaman subcampeonas. Y el cochinillo asado, como sale de los hornos clásicos castellanos, ocupa el tercer lugar. Desde el punto de vista español, tenemos que proclamar que los extranjeros disfrutan de un paladar exquisito. Y si no, que hagan la prueba quienes no la hayan hecho todavía. Pidan en un solo menú «paella» para empezar, almejas a la bilbaína después y cochinillo a la segoviana como colofón. Luego, si los jugos gástricos resisten el combate, ya nos dirán.

VUELTA AL RUEDO

«Pepillo», torero cubano

Así como no es raro que surjan figuras del toreo en tierras mexicanas, venezolanas, colombianas o peruanas, sí lo es que ocurra lo mismo en tierras caribes. Por eso causó tanta extrañeza como interés saber que había llegado a España un torero cubano. Y que había llegado de una manera desusada: con una beca, como cualquier estudiante de otra carrera cualquiera, para hacerse torero en la patria de «Gallito», Belmonte y «Manolete».

Tal como suena. José Sánchez («Pepillo»)—no le faltó ni el detalle del remoquete tan

creen que la felicidad del mundo consiste en desarraigarlas todas, nivelando a los pueblos por lo bajo y encasillando a los hombres como si fueran máquinas. Es éste un prejuicio de los tiempos nuevos y también un prejuicio sudamericano. Se cree que los hombres serían felices siendo iguales, según el último modelo que viene de Rusia o de los Estados Unidos, cuando su íntima realidad, la raíz honda de su orgullo, su terco deseo de pervivir entre los otros—como es el caso de los vascos—, todo eso consiste en la necesidad de ser y de continuar siendo distinto de los otros. La igualdad es una limitación y una injusticia para quienes, a fuer de cultivar las características que los distinguen de los otros, han logrado a través de los siglos formarse una personalidad, que es su razón más fuerte de vivir. La libertad no es otra cosa que la oportunidad de ser como se es, que es como se desea seguir siendo. No consiste en el derecho a votar, como dije, o en la facultad de escoger entre posibilidades diferentes, puesto que—para los vascos—el individuo no se concibe aislado sino como miembro de una familia, vecino de un pueblo y ciudadano de una nación, cuya voz no tiene valor por sí misma sino en cuanto representa aquellos esenciales valores. Ni desea el vasco escoger entre términos diferentes, sino continuar dentro de su esquema vital, con sus tradiciones, su religión, su lengua, sus costumbres, que él prefiere a todos los esquemas posibles. No porque su concepción del mundo sea mejor que la de los otros, sino porque es la suya.

Para quienes duden de la capacidad de adaptación de un pueblo antiguo a la vida moderna, ahí está la rápida transformación que han logrado los vascos cuando de un conjunto de aldeas de pescadores y caseríos aldeanos sacaron los hormigueros fabriles de Bilbao y San Sebastián, que son los más florecientes de España. Porque la máxima diferenciación es compatible con la nivelación forzosa que impone la fábrica, siempre que ésta no haga del hombre ese ser anodino y mecánico que es el obrero de las ciudades norteamericanas. El problema de la vida moderna consiste en defender al ciudadano de la esquematización y la esterilización de la fábrica, para lo cual es menester que antes que en la máquina el hombre se interese en la vida, antes que en el proceso en el fin y primero que en los medios de producción en los bienes que éstos procuran.

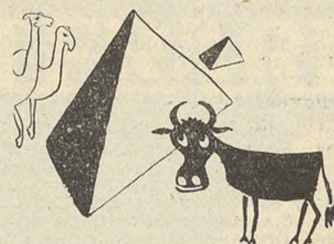
tradicional en los toreros—fué becario en España para estudiar tauromaquia. Le concedió la subvención un ministro habanero, que, al ser sustituído en su cargo, dejó a «Pepillo» en el aire. Pero acudió a resolver la situación al Instituto de Cultura Hispánica, concediéndole un puesto por tres meses en uno de los Colegios Mayores madrileños como un estudiante más.

En ese tiempo, «Pepillo» salió dos veces a torear en placitas de pueblos castellanos, donde se prueban y se «examinan» los aspirantes a la gloria tauromáquica. Y el torerillo cubano demostró valor y arte—además de una singular técnica de matar toros utilizando la mano izquierda—, hasta el punto de ser premiado con orejas en las dos tardes.

«Pepillo», nieto de un coronel español—andaluz, por más señas—, lleva sangre taurina del meridiano español más saleroso, que, mezclada a la antillana, quizá pueda producir un producto torero de características originales y distintas a las clásicas, y hacer buena la letrilla de aquel antiguo danzón que decía: «Allá en La Habana—pasan las mismas cosas que aquí en España...»

Los egipcios dicen «¡Olé!»

La inmensa popularidad que está alcanzando en el mundo la viril y emocionante fiesta de los toros y los toreros, le abre cada día un meridiano nuevo en los puntos más insospechados de la geografía. Ultimamente, el empresario griego señor Papayanu,



que se sintió prendido hace diez años por la fuerza emocional del espectáculo taurino, en su primer viaje de turismo por España, se decidió a organizar corridas de toros en el Oriente Medio. Y se muestra realmente entusiasmado por los espléndidos resultados artísticos y económicos que le ha reportado su idea.

Donde el éxito sobrepasó todos los cálculos y las más optimistas esperanzas fué en tierras egipcias. Allí, a trescientas pesetas las barreras y a doscientas los tendidos, se abarrotó todas las tardes la improvisada plaza portátil del señor Papayanu para ver las hazañas tauromáquicas de «Pedrucho de Eibar» y los novilleros que le acompañan.

A la sombra de las pirámides seculares, la vieja fiesta española del valor y el primor retoñó con fuerza inusitada. Y quizá no tarde mucho en ser levantada por aquellas antiguas latitudes una plaza de toros auténtica, donde el arte de «Cúchares» encuentre adecuado y normal escenario para su pleno desarrollo.

MVNDO HISPANICO



MVNDO HISPANICO

- La revista para todos.
- Los mejores reportajes gráficos.
- La mejor información de España y de Hispanoamérica.
- Páginas a todo color.
- Actualidad.
- Modas.
- Narraciones.
- Las ciudades. Las costumbres. El paisaje.
- Publicación mensual.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España: un año, **160** ptas.; dos años, **270** ptas. Otros países: un año, **US $5**; dos años, **US $8,50**; tres años, **US $12**.

CORREO LITERARIO

- Una revista literaria popular, toda ella editada en huecograbado.
- Crítica literaria, entrevistas, actividad de los escritores en el mundo.
- Narraciones completas.
- El arte y los artistas.
- Crónicas de la vida literaria.
- Teatro.
- Cine.
- Humor.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España: un año, **100** ptas. Otros países: **US $3**.



CORREO LITERARIO

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID
AGOSTO, 1954
56

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

- La revista que pulsa la cultura de nuestro tiempo.
- La literatura.
- La poesía y el arte.
- La filosofía y la ciencia.
- Noticiario hispanoamericano y mundial.
- Crítica y glosas.
- Los mejores escritores y los mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España: un año, **160** ptas.; dos años, **270** ptas. Otros países: un año, **US $5**; dos años, **US $8,50**; tres años, **US $12**.

Para suscribirse a cualquiera de estas tres revistas: Alcalá Galiano, 4. - Madrid



ENAMORADA DE ESPAÑA

Desde aquel día en que por vez primera puso pie—breve y lindo pie como el de la morena que pisaba relicarios con música de Padilla—en tierra española, la gentil Ava Gardner quedó prendada de España. Y siempre, a partir de entonces, cruza la frontera hispana en cuanto las cámaras tomavistas le conceden el menor descanso. En España pasa sus vacaciones y sus «escapadas» entre película y película. De España acaba de decir en Sudamérica, públicamente, que era el mejor país del mundo. Y que en España quisiera vivir, como una española más, para siempre. (Foto Sara de Hostos.)